

El Club del Domino



EL CLUB DEL DOMINO

Scarlett Pastor

© 2018

1ª edición

ISBN—13:

978—1727695540

ISBN—10:

1727695542

Impreso en España / Printed in Spain

Impreso por

CAPITULO.

—¿Quieres contármelo?

Asintió.

—Si prefieres esperar, lo entenderé.

—No.

Aguardé unos minutos. Ella me miró de refilón, insegura. Había algo en sus movimientos que me hacía pensar que por fin quería confiar en mí. No insistí. Miraba a través de la ventana. A la calle. La mirada perdida. La expresión ausente. Con esos grandes ojos marrones sumergidos en algún recuerdo que le pertenecía sólo a ella y que hasta ahora no había querido compartir con nadie.

Yo procuraba no fijarme en lo que hacía. Jugeteaba con mi bolígrafo sobre el informe que tenía delante. Por aquella época mi profesión me parecía vacía y sin sentido. Una manera de ganar dinero como otra cualquiera. Hacía ya mucho que no quería recordar porqué estudié psicología. Me había acomodado en la tranquilidad económica que dan los pacientes de clase media —alta, cuyos problemas en la mayoría de los casos eran insignificantes y que llegaban a mí porque tener un psicoterapeuta era considerada como la moda del momento.

Había terminado la carrera hacía ya bastante tiempo. Recuerdo que mi madre me preguntó en numerosas ocasiones porqué quería estudiar una carrera en la que la gente vendría a mí a contarme sus problemas. Me decía que si me daba cuenta de que cargaría con el peso del mundo sobre mis hombros. Que tenía miedo de que todo lo que me contaran mis pacientes me afectara hasta el punto de que sería yo la que necesitaría ayuda. Yo le contestaba, inocente, que necesitaba hacer algo con verdadero significado. Algo que marcara una diferencia en la vida de las personas. Que les ayudara a sentirse mejor.

Mi madre me miraba con cariño, negando en silencio con la cabeza, seguramente pensando en porqué su hija no podía tener los pies en el suelo. Que

porqué tenía que ser tan inocente y querer cambiar el mundo, en lugar de dedicarse a cualquier otra profesión que le asegurara un buen futuro.

—Era su primer vuelo, ¿sabe? —dijo de improviso, mirándome a los ojos. Esta vez fui yo la que asintió —su primera gran aventura —puso especial énfasis en lo de “gran”. Lo anoté. Quizás fuera importante—. Su primera gran despedida —bajó la voz y volvió a ausentarse de aquella habitación, quizás intentando recuperar en su mente lo que aquel viaje significó para ella.

Se había vuelto a sentar, con las rodillas pegadas al pecho, como hacía siempre. Su cuerpo, delgado y fibroso, destacaba por debajo de la ropa holgada que llevaba. Las manos, de largos dedos y uñas cuidadosamente arregladas, se entrelazaban a la altura de la barbilla, mientras se movía casi imperceptiblemente de atrás hacia delante. De tanto en tanto, con una de ellas se atusaba un mechón que caía de la coleta que recogía su pelo y lo enroscaba entre sus dedos una y otra vez. Me di cuenta de que era un acto impulsivo, no premeditado. Quizás aquello la relajara. Esto también lo anoté.

Al poco tiempo se levantó de nuevo y la observé mientras atravesaba la habitación en dirección a la ventana. Se apoyó en el marco y volvió a mirar hacia fuera. Llovía. El día había amanecido gris y, en pleno noviembre, la lluvia no había resistido la tentación de acariciar el suelo de la ciudad, limpiando las calles de contaminación y mugre. La temperatura en la habitación era confortable. El aire acondicionado que colgaba de la pared cercana a mi mesa se encargaba de ello.

Mientras respiraba cerca del cristal, un halo de vapor de agua exhalado de su cuerpo lo empañaba y, distraída, comenzó a dibujar una D.

—¿En qué piensas? —pregunté, instándola a hablar, como hacía siempre.

—En él.

—¿Quién? ¿D?

—Sí. Daniel. Le echo de menos a pesar de todo —dijo en voz baja, mientras dibujaba un corazón rodeando la D y lo borraba con la manga de su jersey a los pocos segundos. No volví a preguntar. Di por supuesto que en su debido momento me lo contaría.

Comenzó su relato casi sin darme cuenta. Como hablando para sí misma. Como recordando paso a paso. Poco a poco. Aquello no me preocupó. Lo esperaba. Lo que no esperaba es que me lo contara en tercera persona. Como si aquello fuera una historia que hubiera leído en algún libro. No queriendo implicarse en ella. Algo anónimo y totalmente ajeno a su vida.

Mientras esperaban la salida del avión que los llevaría de camino a lo que en un principio apuntaba a ser un futuro mejor, su cabeza daba vueltas a los acontecimientos del último mes.

—¿Te vienes o te vienes?! —preguntó Daniel aquella tarde en el apartamento que ella había alquilado hacía poco tiempo, buscando un cambio en su vida. Un pequeño loft muy luminoso, con grandes ventanales, acomodado con varios muebles usados y en el que, después de mucho tiempo, conseguía encontrarse tranquila, decidiendo por sí misma las directrices de lo que pretendía tener en su vida.

—¿Tengo otra opción? —contestó ella preguntando a su vez. Acababa de mudarse y aquello no la entusiasmaba. Pero él llevaba semanas hablándole del tema. Semanas insistiendo en lo mismo una y otra vez.

—No.

—No es tan sencillo —intentaba excusarse, aun sabiendo en el fondo que realmente aquello era lo que necesitaba. Marcharse de su ciudad. Dejar atrás los trabajos mal pagados, los interminables problemas que la falta de dinero conllevaba y las pocas posibilidades de avanzar hacia ningún lado. Ella también estaba cansada de cómo había sido su vida en los últimos tiempos. Pero no había contemplado la idea de dejar el país. Ella pensaba más bien en mudarse a cualquier otra ciudad.

—Si lo es. Y lo sabes —continuaba él—. La hermana de Eva está allí y nos puede buscar un sitio donde vivir.

—Si, claro —le cortó— ¡Compartiendo piso, Daniel!

—Hasta que consigamos trabajo y un sitio mejor, sí. Pero yo aquí no aguanto más. Estoy harto. ¡Aquí no hay futuro! —comenzó a pasear de un lado al otro del salón, mirando de vez en cuando hacia afuera. Salió al balcón y volvió a entrar a los pocos minutos. La miró a los ojos y volvió a insistir—. No podemos quedarnos de brazos cruzados para siempre y tampoco podemos depender indefinidamente de la familia. Tenemos muy poco ahorrado y si pretendemos tener una vida juntos, necesitamos independencia económica. Necesitamos ahorrar, comprarnos un piso. Necesitamos viajar. Poder disfrutar de una cena sin pensar en lo que nos cuesta —se pasó la mano por el pelo, cerrando los ojos—. Tener una vida como la gente normal. ¡No sólo sobrevivir, maldita sea!

La conversación duró un rato y en su cabeza se entremezclaban las imágenes de todo lo que para ella tenía de malo en su vida y de todo lo

supuestamente bueno que le pasaría en aquel prometedor futuro. Sabía que él tenía razón. Sabía que si querían estar juntos, necesitaban hacer algo. Pero le daba miedo la incertidumbre que conllevaba aquella decisión. Los convencionalismos inculcados en su cabeza por la familia durante tantos años luchaban contra su idea de lanzarse al agua y dejarse llevar por la corriente. No le apetecía especialmente la vida que se daba por supuesta para ella: marido, hijos, piso, un trabajo que te de para comer y vacaciones en la playa o en el pueblo una vez al año.

Sin tenerlas todas consigo, pero arriesgándose por primera vez desde que recordaba, se levantó de la silla donde estaba bebiéndose un té y soltó de repente:

—¡Está bien! ¿Quieres irte? ¡Pues vayámonos!

El anuncio de los vuelos la devolvió a la realidad del aeropuerto. Ya habían facturado las maletas y sus padres hablaban entre sí, con caras de pocos amigos ellos, con lágrimas en los ojos ellas. Su decisión no fue bien recibida en casa, como era de esperar. Primero, incredulidad, al no pensar que tan alocado plan fuera en serio; ira más tarde, al darse cuenta que no había mucho que ellos pudieran objetar al respecto; resignación y pena, finalmente, cuando ya tenían los billetes comprados y poco podían opinar ante una decisión como aquella, tomada por otra parte, por dos personas adultas.

Y allí estaba por fin su vuelo hacia donde, por tiempo indefinido, sería su nuevo hogar: Londres. El haber estudiado tres años de inglés los hizo creer que se comerían el mundo. ¡Qué equivocados estaban! ¡Pero qué ilusos!

Subieron sin muchas ganas a la planta superior del aeropuerto, a la zona de embarque, provistos tan sólo de un par de mochilas y unas chaquetas, sus pocos ahorros y muchas dudas. Con lágrimas en los ojos, ella les repetía a sus padres que sólo sería por unos meses. Que aprenderían más inglés, ahorrarían algo de dinero trabajando y se volverían para comenzar aquella supuesta vida que se esperaba de ella.

De repente se calló. Una lágrima rodaba solitaria por su mejilla, ajena a todo. Sólo una lágrima. Me levanté y le acerqué un pañuelo de papel de un paquete que siempre guardaba en el cajón superior de mi mesa, para este tipo

de situaciones. No es que lo usara muy a menudo. Mis pacientes no eran de los de lágrima fácil. Y sus vidas distaban mucho de ser complicadas, no necesitando desahogarse de aquel modo. Cris alargó la mano con intención de cogerlo, pero finalmente no lo hizo. Con el dorso, la hizo desaparecer.

—¿Sabe lo que mejor recordaba de aquel día? —preguntó, sin esperar realmente una respuesta por mi parte, mientras yo volvía a sentarme tras mi mesa —los abrazos. Los besos de despedida —su boca se torció en lo que pretendía ser una sonrisa —sonreír cuando estaba muerta de miedo. Decirles adiós a todos tras el arco de seguridad, mientras los veía desaparecer en la distancia.

—¿A sus padres? —asintió.

—Sí. Le decían adiós con la mano mientras se marchaban. Mientras bajaban las escaleras mecánicas.

—¿Cómo se sintió? —pregunté premeditadamente en tercera persona, evitando así que se sintiera incómoda.

—Sola —susurró casi para sí.

La espera se hizo interminable. Era la primera vez que subiría en avión y el mero hecho de pensar que estaría a tanta altura y que cualquier cosa podría hacerles caer, la aterraba. No el hecho en sí de morir, al fin y al cabo, todo el mundo se muere. Era más bien el esperar una muerte segura mientras el aparato se estrellaba. Recordar su vida mientras esperaba el golpe final de la caída, que seguro que se le haría interminable.

Conforme entraban a la plataforma de acceso al avión, su pulso comenzó a acelerarse, el sudor recorría su espalda y tuvo que cogerle de la mano para poder continuar andando. El la miró y sonrió.

—¿No me dirás que tienes miedo? —preguntó, riéndose —si no te vas a enterar, ya verás.

Pero su corazón continuó a un ritmo frenético, sin contar con ella.

—Daniel —le dijo cuando quedaban apenas unos días para que saliera su vuelo— ¿tú estás seguro de esto?

—Claro que sí —replicó—. ahora no me digas que tú no, porque ya tenemos los billetes comprados y la tal Sandra nos espera. ¡Y no han sido precisamente baratos!

—No es eso —intentó argumentar —es que no sé en qué vamos a trabajar,

ni si nos entenderemos con los ingleses.

—Pues trabajaremos en lo que salga. Eva nos ha buscado un par de agencias de trabajo temporal y podemos empezar de camareros, como todo el mundo —tomó aire un par de veces, tampoco queriendo darle más vueltas al tema—. Y luego... ¡pues ya se verá!

El continuó haciendo algo con unos papeles que había sacado de Internet sobre cómo darse de alta al llegar en el consulado o la embajada, cómo funcionaba el sistema laboral en Inglaterra y cómo solicitar ayudas en caso de no encontrar trabajo o de perderlo. Ella se quedó sentada en el único sofá con que contaba el apartamento, con una taza humeante de té cogida con ambas manos, mirando a lo lejos a través del ventanal y pensando en las opciones con las que contaban. Ambos habían estudiado, pero la situación en el país, como a la mayoría de la gente que conocían, no les había dado la oportunidad de trabajar en otra cosa que no fueran empleos mal pagados, la mayoría de las veces temporales y también la mayoría de ellos sin contrato.

Ella había trabajado antes como camarera en un restaurante y la visión de ese futuro maravilloso no la atraía para nada. Muchas horas de trabajo duro por un mísero sueldo, sin contar con las obligadas horas extra no pagadas y la sensación de rabia e impotencia que conocía muy bien, al ver a la gente a la que servía pasar una agradable velada que ella no podía disfrutar.

Y luego estaban las otras interrogantes, esas que le martilleaban la cabeza cuando pensaba en su nueva vida: ¿pero qué diablos estoy haciendo? ¿Y si nos metemos en un barrio de esos en que no puedes salir a la calle por miedo a que te roben, o a algo peor? ¿Y si no conseguimos hacernos entender? ¿Y si el poco dinero que llevamos no es suficiente y tenemos que comer sólo hamburguesas?

Una pequeña sacudida la sacó del pasado, levantando el polvo de sus recuerdos y devolviéndola al presente. El avión comenzó a moverse despacio. Una azafata sonriente les iba explicando, con movimientos mecánicos, casi robotizados, qué hacer en caso de emergencia, con tan pocas ganas como ella de que aquellos consejos debieran usarse durante aquel vuelo. Al poco tiempo se encontraban con los cinturones bien atados y los respaldos de los asientos rectos, rodando a toda velocidad por la pista.

El capitán aceleró y un rugido ensordecedor salió de los motores, dándoles tanto impulso que su espalda se pegó contra el asiento y el pánico se apoderó de ella. Se cogió con fuerza de la mano de Daniel, como si le

fuera la vida en ello. Le faltaba el aire y el corazón le golpeaba dolorosamente el pecho, desesperado por salir de allí. El aparato comenzó a subir el morro a los pocos segundos y el estómago le dio un vuelco y le hizo creer que no podrían elevarse y que se estrellarían contra el suelo.

—Venga, chica —rió él, intentando tranquilizarla —pero si esto es como subir en una montaña rusa.

—¿Cuándo he subido yo a una montaña rusa, Daniel? —consiguió articular, no sin dificultad, mientras el morro continuaba subiendo y veía a los pasajeros de las primeras filas allá en lo alto.

La ascensión le pareció interminable, pero finalmente el aparato se estabilizó y al poco tiempo una señal encima de sus cabezas les informó que podían quitarse los cinturones.

—¿Ves? —continuó Daniel con las risas —ya está. No era para tanto, ¿no?

—Para mí si lo es —replicó ella molesta y todavía aterrada por la experiencia.

—Suéltame la mano, mujer —le pidió —que casi no la siento.

Volvió a callar. Aquello parecía que iba a durar más de lo que había pensado en un principio. Hacía ya casi dos meses desde que apareció en la consulta. En un primer momento pensó que sería lo típico a lo que estaba acostumbrada desde hacía tanto tiempo. Un par de sesiones. En alguna que otra ocasión un par de lágrimas, dos párrafos para el expediente y listo para archivar.

Pero Cris no venía por propia voluntad, sino prácticamente obligada por su familia. Cuando habló con su madre, casi le suplicó.

—Por favor, haga que sea la misma —comenzó—. Desde que volvió se ha aislado del mundo.

—No se preocupe Conchita —intenté animarla. Su voz sonaba desesperada —que seguro que no es nada.

—Espero que tenga razón, doctora. Entre todos hemos intentado que salga de casa, que haga cosas nuevas, que se mueva —la mujer comenzó a sollozar —pero no hace caso. Se empeña en encerrarse en su habitación durante horas. Y cuando no está en su habitación, se sienta delante de la televisión sin hacer nada. Ni siquiera parece que la esté viendo. No cambia de canal ni busca nada

en concreto para ver. Sólo la enchufa, se sienta delante y deja pasar el tiempo.

—¿Ella quiere venir?

—Ni quiere, ni no —dijo.

—¿Perdón?

—Sólo dice: si tú quieres mamá, iré. Y vuelve a mirar la televisión, como si la conversación no fuera con ella. Es lo único que hace —volvió a insistir Conchita, visiblemente preocupada—. Ver la televisión y dormir. Y volver a la maldita televisión. Ni siquiera llora. O se enfada. O me grita cuando yo le digo que se levante y que salga de casa. ¡Que espavile de una vez! Y eso no es normal, ¿verdad doctora? —me interrogó, esperando que le diera unas esperanzas, que desgraciadamente yo no podía darle.

—No tiene porqué ser malo, Conchita. Usted dígame que venga y ya veremos —mentí, haciendo lo posible por tranquilizarla.

Cuando la vi aparecer por la puerta, no conseguí hacerme con una primera impresión que me llevara a decidirme por dónde empezar. Parecía una chica normal, quizás unos pocos años menor que yo. Era alta, morena y muy atractiva, y entraba en mi despacho con paso decidido. En ese primer instante me pareció que su madre había sacado las cosas de quicio. Que su hija no tenía ningún problema. Que quizás lo que le ocurría era que pertenecía a la maldita Generación NiNi de la que tanto se oía hablar por aquella época. Jóvenes que no querían trabajar ni estudiar y que se pasaban el día en casa con los videojuegos, o fuera con los amigos, vagueando en cualquier parque.

Pero tras aquel primer momento, al mirarla detenidamente, sus ojos, inexpresivos y como perdidos en la nada, me pusieron sobre aviso. Algo había ahí. Algo dentro de su cabeza que debía averiguar. Fue más que nada una intuición, nada concreto, pero decidí instintivamente que aquella chica no estaba bien. Solía fiarme muy a menudo de las primeras impresiones y de mis intuiciones, y en aquella ocasión tampoco me equivoqué.

—Hola Cristina —comencé—, encantada de conocerte. Pasa y siéntate, por favor —ella ni me miró. Pasó de largo, rozándome con los flecos de su pañuelo en la cara—. ¡Vaya, pues qué bien! —pensé. La verdad es que no supe qué mas pensar tras aquella entrada en mi despacho. No se me ocurrió nada mejor.

Las primeras sesiones transcurrieron muy despacio. Quizás demasiado. Yo intentaba romper el hielo y ella prácticamente me ignoraba. Yo hablaba y hablaba sobre cosas banales. Sobre el tiempo. Sobre la ropa que llevaba en aquel determinado día. Sobre cualquier cosa que me hiciera llegar a ella.

Cualquier tema que imaginé que le interesaría a una chica joven. Pero Cris, como me dijo que prefería que la llamaran en una de las pocas veces que se dirigió a mí en esos dos meses, normalmente se limitaba a contestar con monosílabos o frases cortas, pero sobre todo pasaba grandes espacios de tiempo junto a la ventana, con la mirada ausente.

Quizás recordara aquello que la hizo desprenderse de la realidad, al igual que las gotas de lluvia que aquel día se desprendían de las nubes que cubrían por entero Madrid. Quizás dejaba pasar el tiempo para contentar a su madre y que no la molestara con preguntas o la instara a salir de casa.

En cualquier caso, aquel día yo esperaba más de lo mismo. Silencio. Silencio e indiferencia. Que ella comenzara por fin su historia me alegró, pero que la contara en tercera persona, me desconcertó y al mismo tiempo me preocupó. Al escucharla, tenía la sensación de estar escuchando uno de esos audiolibros que las personas ciegas suelen escuchar. Las palabras salían de su boca con fluidez, hilvanando en una fina puntilla una historia que llevaba acumulando en su cabeza durante mucho tiempo. Me provocó una sensación extraña al principio. Sabía lo que necesitaba decir y sabía cómo decirlo. Era culta y tenía las ideas claras. Pero su mente se negaba a relacionar a sus personajes con su propia vida.

—Huye de la realidad, creando personajes que la mantienen fuera de ella —apunté.

—Disociación. Distanciamiento de la realidad. ¿Mecanismo de defensa por un episodio de estrés prolongado? ¿Posible pérdida de la realidad? ¿Psicosis? —continué anotando y rodeé todas estas preguntas con un amplio círculo. Debía volver sobre ello más tarde. Si se trataba de un caso de pérdida de realidad o psicosis debía desviarla a un psiquiatra para que le diera la medicación adecuada. Aunque aun era muy pronto para tomar decisión alguna. En aquel momento ni se me hubiera pasado por la cabeza que Cristina tenía muchas razones para estar en el estado en que se encontraba.

Llegaron de noche. El vuelo, dentro de lo que cabe, fue tranquilo. No hubo turbulencias y dio gracias por ello. Con el pánico por el aterrizaje todavía reflejado en la cara, salieron a la terminal. Hacía frío, como esperaba. Tomaron el metro, que los dejó en Liverpool Street Station y desde allí, un taxi. Sus primeras frases en inglés fueron para intentar explicar al taxista la dirección de su futuro alojamiento.

Como pronto se dieron cuenta, llovía. En Londres, la lluvia era una suerte de manto deshilachado que caía sobre las calles sin hacer ruido. Agua fina y fresca que desfiguraba la cara de las personas. Que mojaba, pero no empapaba. Que daba al aire consistencia. Que los envolvía como en una gasa semitransparente.

La noche era muy oscura, o al menos esa era la impresión que le daba cuando miraba hacia afuera del taxi y veía las escasas luces de las calles crear sombras fantasmagóricas en las esquinas y en los portales. Farolas de luz amarillenta y ténue que no conseguían iluminar bien los rincones. Y los faros de algún que otro coche salpicando de blanco por unos segundos las paredes de los edificios.

No se veía a nadie. Sólo eran las once y las calles estaban desiertas. Más tarde supo que los horarios en Inglaterra no eran como los de España. Que allí cenaría a las seis de la tarde y que a las once de la noche la mayoría de la gente ya estaría durmiendo desde hacía tiempo.

—Are you sure this is the correct address? —preguntó el taxista tras detenerse un momento y buscar de nuevo en su mapa.

—¿Ar yu qué? —pregunté de repente, sin entender una palabra —perdona Cris, pero mi inglés es horrible—. Ella se calló en seco y me miró con ira en los ojos.

—¡Que si estaban seguros de la dirección! —lo dijo casi chillando, en un arrebató que no cuadraba con la imagen retraída y tranquila que había fraguado de ella en todo ese tiempo. Imaginé que había cortado, sin pretenderlo realmente, el hilo de su relato, y que eso la hizo regresar sin querer al despacho. Había sido una pregunta sincera y espontánea por mi parte, pero intuí que se lo habría tomado como un signo de que me importaba muy poco lo que estaba contándome en aquellos momentos. Se levantó de golpe, abrió la puerta y salió corriendo. No me dio tiempo a darle explicaciones. Tan solo se levantó y se fue.

—¡Cris! —me levanté yo a mi vez y la llamé desde la puerta— ¡espera, mujer!

Pero no me hizo el menor caso. Desapareció de mi vista en cuestión de segundos. Me volví y me acerqué a la ventana, abriéndola de par en par unos minutos para que el aire fresco que había traído la lluvia despejara la

atmósfera cargada de la habitación, que el aire acondicionado no conseguía renovar. Marina, mi secretaria, se asomó a la puerta al haber presenciado la escena, enarcando una ceja, con expresión interrogante.

—Mejor no preguntes —le dije como única explicación, haciéndole un gesto para que me dejara sola un rato.

Pasé el resto de la tarde distraída. Dibujando garabatos en un sobre vacío que había llegado a mis manos, aunque no recordaba muy bien de dónde había salido. Le daba vueltas a lo sucedido. Si volvía a verla, su caso tenía visos de ser muy interesante. Era la primera paciente que había tenido hasta ahora que se abstraía de aquella manera de la realidad. Creaba un mundo imaginario con sus propias experiencias, en el que no había lugar para la fantasía, pero en el que tampoco entraba del todo en la realidad.

Por fin, después de dos meses infructuosos, había conseguido que me contara su historia, y yo iba y la liaba por una estúpida pregunta. Realmente, mi Inglés era prácticamente nulo, ya que en la carrera había elegido Francés. Tomé nota en mi agenda de ponerle remedio y sacar tiempo para estudiar, aunque fueran sólo clases particulares o por Skype un par de veces por semana. Al fin y al cabo, el inglés era el idioma de los negocios y quien sabe, quizás algún día podía tratar a gente extranjera afincada en España.

Estuve toda la tarde haciendo conjeturas sobre todo lo sucedido. A última hora, más por curiosidad que por sentirme culpable por haber hecho algo que no debía intencionadamente, llamé a su madre para confirmar que todo estaba bien y que se había marchado a casa. Lo que menos necesitaba era que una joven que venía a mi consulta cometiera alguna tontería, como intentar llamar la atención intentando suicidarse.

—¿Conchita? —pregunté a la voz que cogió el auricular al otro lado de la línea. Pregunta obvia, por cierto, ya que la reconocí al instante.

—¿Sí?

—Soy Celia.

—¿Celia?— dudó.

—La psicóloga.

—¡Ah!, ¡sí!, doctora —asintió por fin —dígame, dígame.

—Conchita... —no sabía cómo preguntarle si había llegado ya Cris a casa y no asustarla en vano.

—¿Qué le ha hecho usted? —me cortó —lleva toda la tarde encerrada en su habitación.

—Nada, mujer —la tranquilicé, haciendo yo otro tanto al saber que todo

iba bien —hemos estado hablando. A veces pasa. Después de alguna de las sesiones, igual necesitará tomarse su tiempo. No se preocupe.

—¡Aja! —la oí asentir.

—Yo la llamaba para que le dijera que el jueves que viene me va a ser imposible verla —mentí —que aplazamos la visita para el viernes —no se me ocurrió otra excusa mejor.

—Si. Descuide. Yo le doy recado. Adiós.

Me colgó. Me dejó con el auricular todavía pegado a la oreja y por lo visto, con una cara de boba de mucho cuidado, porque Marina comenzó a reírse conforme entraba por la puerta.

—Ja, ja, ja... Pero, ¿qué te pasa? Pareces una muñeca de esas de porcelana que tiene las articulaciones fijas. Ja, ja, ja... —volvió a reír, divertida —¡la pepona telefonista! —se burló.

—¿Qué? —sacudí mi cabeza, intentando prestar atención a lo que me decía, pero con la mente puesta en ningún lado en concreto.

—¡Ey!, ¡Celia! —me llamó haciendo gestos con las manos para que la mirara— ¡Tierra llamando a Celia! ¡Responda! —continuó con la broma.

—¡Nada, tontaina! —repliqué por fin, sonriendo sin poder evitarlo. Marina hacía gestos exagerados con las manos cerca de mi cara y cruzaba los ojos al mismo tiempo —que me acaban de dejar con la palabra en la boca. He llamado a la madre de Cris y me ha colgado el teléfono. Me ha dejado literalmente colgada —volví a sonreír.

—¿La paciente de esta tarde? —asentí— ¿La que ha salido de aquí como una exhalación? —volví a asentir— . Vaya. ¿Todo bien? —preguntó.

—Sí, sí. Es sólo que no esperaba una reacción así de esta chica —no me gustaba hablar de los pacientes con ella, por eso de la confidencialidad, pero hacía mucho tiempo que un paciente no conseguía hacerme pensar —espero que vuelva, la verdad. Necesita ayuda. Aunque todavía no tengo muy claro de qué tipo ni cómo voy a dársela.

—Vale, lo que tú digas —dijo distraída y miró el reloj —¿me lo cuentas tomándonos un café? —yo a mi vez volví la cabeza hacia el reloj de sobremesa que tenía en una mesita auxiliar de mi escritorio y que utilizaba para, discretamente, no dejar que pasara más tiempo del debido en cada sesión.

—No. Hoy no. Me marcho a casa, estoy bastante cansada.

—Recuerda que mañana tienes el curso.

—¿El curso?— pregunté un poco perdida— ¡Joder! —exclamé al darme

cuenta de lo que estaba hablando —¡el curso! —Marina me miró con el ceño fruncido. No le gustaba oírme hablar así— ¡Perdónnn! —murmuré levantando ambas manos a los lados de la cabeza.

—Vale, me voy —accedió por fin—. Nos vemos ya el lunes.

—¡Buen fin de semana!

Al poco rato me encontraba deambulando por la calle. A aquellas horas de la noche hacía frío y la lluvia seguía cayendo desde primera hora de la mañana. Una bruma blanquecina cubría la capital desde hacía varios días y la temperatura había descendido tanto que la escarcha hacía acto de presencia al amanecer en los cristales de algunos coches, sobre todo en las afueras.

Tenía mi consulta en un edificio situado en una calle aledaña a la Puerta de Alcalá. Un último piso que perteneció a mis abuelos y que mis padres habían decidido cederme por un tiempo, hasta que tuviera los recursos suficientes para encontrar algo propio. De vez en cuando me gustaba subir a la terraza, donde las vistas de Madrid, por encima de los edificios que tenía alrededor, eran impresionantes. Podía ver la masa boscosa del Retiro, donde durante las tardes calurosas del verano solía pasear para despejarme la cabeza, o donde me sentaba a comer algo debajo de algún árbol, a la sombra, cuando conseguía escaparme a mediodía.

La verdad sea dicha: me había acostumbrado a la zona y no tenía intención por el momento de buscar nada nuevo, incluso pudiéndomelo permitir desde hacía ya tiempo. Aunque me guardaba mucho de comentarlo a mis padres. Ellos a su vez no hacían ningún esfuerzo por recordarme que necesitaba marcharme, con lo que todo el mundo estaba contento.

Con la cabeza aun abotargada por lo ocurrido, levanté la vista y los dos gigantes aurigas del edificio del BBVA me miraron desde lo alto. Me encantaban aquellas dos cuádrigas, mezcla de cobre, bronce, plomo y hierro. Sabía que Higinio Basterra, su creador, pretendía representar con ellas el empuje imparable que los bancos tenían a principios del siglo pasado, pero yo los veía como dos magníficos jinetes galopando sobre los cielos de Madrid. Visión excesivamente romántica, es cierto, pero encantadora de cualquier forma. Jinetes tramposos, por otro lado, porque para que pudieran verse desde la calle, había leído en algún lado, que estaban elevados por encima de los carros, sobre unas plataformas. Los miré una vez más y sonreí.

Como me sucedía en numerosas ocasiones, sin darme cuenta me había encaminado hacia la Plaza de Santa Ana, donde me gustaba tomar algo rápido

de cena antes de marcharme a casa. A apenas diez minutos de mi consulta, con sus numerosos cafés y restaurantes, el Teatro Español a un lado contrastaba con el Hotel Reina Victoria en el otro y su moderno Penthouse en el ático, donde había subido en varias ocasiones con Marina a disfrutar de una agradable copa escudriñando los tejados de Madrid.

En esas noches de soledad no deliberada, la Cervecería Alemana ocupaba en mi vida el sitio vacío de un amante al que me entregaba a sabiendas de recibir placer en los sentidos y alimento en el alma. La mesa en la que solía sentarme, de patas de hierro enroscadas y piedra de mármol negro ya desgastado por el paso de los años, pegada a la pared del fondo, estaba vacía. En aquella misma mesa quizás se sentara un día hace ya décadas una joven Ana María Matute, o un controvertido Cela. En ella me sumergía durante unos maravillosos minutos, en un merecido paraíso de soledad y quietud, entre la ruidosa algarabía de platos, comandas, risas y aromas de cocina. Desplegaba un informe, trabajaba en un libro comenzado hace años y nunca acabado, leía un periódico o simplemente, deleitaba mis sentidos disfrutando de la vista de los cansados turistas que pugnaban entre sí por tomar algo.

Aquella noche no dormí. Cuando llegué a casa me senté en el sofá del salón y me preparé una infusión relajante. Pero el sueño no llegaba. Había algo en mi cabeza que no me dejaba descansar. Algo que se iba formando despacio en algún rincón. Algo que consiguió quitarme el sueño. Pasé casi toda la noche sentada allí, alumbrada por una lámpara de pie que tenía cerca, embobada, mirando al infinito, dejando vagar mi mente por territorios indefinidos, pensando en todo lo que Cris me había contado hasta ahora y haciendo cábalas sobre lo que me contaría después. Si volvía.

Así recibí al amanecer. Y así lo recibiría en numerosas ocasiones después de aquella.

CAPITULO.

La primera noche la pasó llorando. Aun estando acompañada por Daniel, no pudo evitar la añoranza. A nada en especial y a todo. A saber que no vería a su familia durante algún tiempo y a la incertidumbre de un futuro quizás no demasiado prometedor. A su casa, su clima, sus amigos y su vida, que ahora no se le antojaba tan mala. A haberse equivocado. A no haber tomado la decisión correcta. A no haber buscado más alternativas.

Acababa de llegar a un lugar nuevo y desconocido. De noche. Con la lluvia todavía resbalándole por el pelo y con la ropa húmeda e incómoda. Se habían presentado a la que sería su casera y compañera de piso por una temporada todavía sin definir y tras unos minutos en la casa, ella se había dado cuenta de que ese sería su mundo durante los siguientes meses. La realidad la había golpeado fuerte en la cara y ella se había dejado golpear.

La llegada del día tras una noche inquieta en la que apenas puedo dormir, no la hizo sentir mejor. El cielo gris y la persistente lluvia se empeñaban en no dejarla ver con claridad su situación. Había ordenado en el armario la poca ropa que llevaban, había colocado los libros y las revistas en una pequeña estantería situada en una de las paredes de la habitación y Sandra les había indicado dónde podían encontrar una tienda de barrio en la que hacer unas pocas compras con las que pasar los siguientes días. Su nueva casera también les explicó cómo pedir una tarjeta de transporte público para poder moverse por la ciudad. No hicieron mucho más. Intentaron ver algo la televisión, aunque tan sólo consiguieron entender alguna que otra palabra suelta y supieron el contenido de lo que veían por las imágenes que aparecían en la pantalla.

Tan sólo al final de la tarde dieron un pequeño paseo por los alrededores para hacerse una idea de dónde vivirían. Como el día anterior, a las siete de la tarde ya había poca gente por la calle. Las escasas personas que veían andaban con paso rápido, deseosas de llegar a casa. Unas pocas se encaminaban a un pub que vieron cerca de la estación de tren. Al pasar cerca de la puerta, el barullo de frases incompensibles para ellos, el ruido de la música de fondo y el olor a cerveza mezclado con el de la madera que veían en suelo y paredes, la mareó.

Allí pronto se darían cuenta de que no habrían cañas y tapas como en España. Que para encontrar una discoteca para bailar hasta las tantas de la

noche tendrían que acercarse al centro, al cual sólo podrían llegar tras más de media hora de tren o autobús. Y que no podrían invitar a los amigos a hacer ninguna fiesta en casa como solían hacer en su apartamento, porque aquella casa ni siquiera era sólo suya.

Y eso fue todo. Su primer día en Londres. Su primer día en una de las grandes capitales del mundo.

Con el paso de los días se dio cuenta, sin embargo, que en otras circunstancias aquella casa habría sido el lugar perfecto para comenzar una vida nueva. Tenía tres plantas, la última de las cuales disponía de una entrada independiente y estaba habitada por una madre soltera y su bebé de pocos meses. La planta baja, más parecida a un semisótano, en la que se encontraba su habitación, disponía de un amplio jardín en el que un imponente árbol había enraizado y una simpática ardilla correteaba de tanto en tanto, especialmente en los días de sol. La primera planta era la de uso comunal, salvo la habitación de Sandra, su casera.

Afortunadamente con ella enseguida entablaron buena relación. Sandra era una señora ya entrada en años que hasta hacía pocos había estado casada con un conductor de autobús de origen español, al que un desafortunado accidente lo había dejado en una silla de ruedas y al que tuvo que dedicarse por completo durante mucho tiempo, teniendo que dejar su trabajo como recepcionista en una firma de abogados. Al morirse él, la pensión de viudedad junto con lo poco que recibía por la suya le llegaba lo justo para pasar el mes y se vio obligada a alquilar las otras dos habitaciones con que contaba la casa para poder sobrevivir. Aunque durante un tiempo nadie ocupó la que quedaba libre.

Al haber estado casada con “Su Manolo”, como le gustaba llamar a su difunto marido, durante más de treintaycinco años, su español era bastante bueno y no tuvieron problemas para entenderse con ella. Era una mujer menuda, de pelo ceniciento, que gustaba de llevar siempre muy corto porque decía que la hacía parecer moderna y con un carácter abierto y cariñoso, que en parte mitigó su soledad. Sandra y ella pasaban tiempo charlando en la cocina de su juventud o de la cantidad de viajes que habían hecho a España.

—Hija —solía decirle con cariño pero con tristeza—. aprovecha lo que puedas ahora y no dejes escapar tu juventud. Mírame a mí. Mi Manolo y yo queríamos retirarnos en tu tierra, en algún pueblecito en la costa en el que dar largos paseos por la playa y tomar el sol en la porchada de algún

bungalow, y ahora...

—*Vamos Sandra —contestaba ella, intentando animarla—. ¡Que estás hecha una chavala! Todavía tienes tiempo para encontrar algún guapo español que tenga un bungalow en la playa y te lleve para allá. Sólo tienes que salir mas y disfrutar.*

Y ambas reían y tomaban café y no té. Otra de las costumbres de “Su Manolo”.

—Hace un día bonito, ¿verdad? —me preguntó de improviso mirando por la ventana, como de costumbre.

—Sí, mucho —respondí —ya era hora de que el tiempo nos diera un respiro.

Apareció a las dos semanas en mi consulta, como si nada hubiera ocurrido. Noté que algo había cambiado. Algo muy sutil se hacía patente en su mirada. No sé. Un destello. Una minúscula brizna de claridad que me hizo pensar que íbamos por el buen camino. No la agobié. No quería perder aquel atisbo de confianza que me transmitían sus ojos. La dejé hablar sin preguntar. Quizás necesitara sólo eso, alguien con quien hablar. Un extraño imparcial al que poder contar sus temores, sus recuerdos y también sus miserias. Alguien que estuviera acostumbrado a escuchar.

—Sus primeras semanas fueron muy duras —dijo sentada en el mismo sillón y con la misma postura recogida que la primera vez.

—Imagino que sí. Todo sería nuevo para ellos —me miró durante un momento y asintió.

—Les costaba mucho hacerse con los diferentes acentos de la gente —continuó—. Estaban seguros de que a ellos les entendía todo el mundo, pero al contrario era tan difícil...— dejó arrastrar el sonido de la última sílaba como el viajero que arrastra los pies a unos pocos metros de volver a casa, agotado por el cansancio.

Esta vez fui yo la que asentí. De vez en cuando, con estudiado disimulo, anotaba impresiones, gestos, frases sueltas que creía importantes en su expediente. Aunque, otras veces, mientras la escuchaba, dibujaba tonterías sobre lo escrito, subrayando una y otra vez alguna palabra, añadiendo algún corazón por aquí o alguna florecilla por allá. Estaba concentrada en la historia que ella me contaba. A veces incluso parecía que veía en mi cabeza lo que ella

narraba. Que formaba una historia en mi mente como cuando lees un libro que te engancha y con tu imaginación estás viendo lo que lees.

Podía ver a Sandra, delgada, bajita, con arrugas en la cara y su pelo cortado a cepillo mientras hablaba en la cocina. La casa la imaginaba de ladrillo rojo, antigua, con moqueta en las habitaciones y grandes ventanales al exterior. Incluso a veces me sorprendía a mi misma imaginando como sería Daniel. Lo imaginaba alto y guapo. Al verla a ella me daba cuenta de que no podía ser de otro modo.

Aquello era fascinante por ser nuevo para mí. El interés que los demás pacientes me hacían sentir era prácticamente nulo. A muchos incluso, aun arriesgándome a no parecer profesional, debo confesar que casi no me interesaban. Muy pocos de mis pacientes tenían problemas verdaderamente serios y los pocos que los tenían apenas se comunicaban conmigo para intentar solucionarlos, con lo que las sesiones eran más parecidas a monólogos. Cris me había lanzado un reto. Me había tentado con lo que tenía que contarme. Y yo me había dejado tentar. Como ella misma había dicho: *La realidad la había golpeado fuerte en la cara y ella se había dejado golpear.*

Encontraron trabajo a las pocas semanas. Como la gran mayoría de inmigrantes, trabajar de camarero o de empleada de hotel, haciendo camas y limpiando habitaciones era a lo único que podían aspirar, con su inglés limitado y sus escasos recursos. Las agencias de trabajo temporal no pagaban mal por unas horas en algún edificio de oficinas o para eventos puntuales en hoteles o clubes elitistas.

Durante las primeras semanas trabajaron en una firma de abogados de reconocido prestigio mundial, en un par de hoteles céntricos de turistas ocasionales y en varias empresas privadas, encargándose de preparar los almuerzos de trabajo y el café y las bebidas. Procuraban acercarse a otros compañeros españoles o italianos a los que preguntarles cuando no entendían qué debían de hacer, lo cual al principio pasaba con mucha frecuencia. Pero al estar acostumbrados a trabajar de camareros en España, las agencias los comenzaron a llamar a menudo ya que eran rápidos y eficientes, y las personas encargadas del catering en las empresas en las que iban los solicitaban de nuevo una y otra vez.

Contra todo pronóstico comenzaron a ahorrar al poco tiempo. El tener que compartir piso hacía que la mayoría de sus gastos se centraran en el

transporte y la comida, la cual, al contrario de lo que hubieran imaginado, en los mercadillos de su barrio era considerablemente barata. En aquellos mercadillos sin embargo compraban tan sólo la fruta y la verdura. La carne y el pescado lo tuvieron que comprar más ocasionalmente y en los supermercados, en los que las condiciones higiénicas eran más parecidas a las que estaban acostumbrados, pero el precio también era mayor.

En los mercadillos la mercancía permanecía expuesta al aire, no en cámaras como era de esperar. Al ver las moscas cerca de la carne o las gotas de agua del hielo del pescado que se deshacía por el calor cayendo al suelo junto a ellos, ella se negó en redondo en comprar nada que no fuera de origen vegetal. No estaba dispuesta a enfermarse.

—Por Dios, Daniel —le dijo la primera vez que intentaron comprar algo de pollo o de cerdo—. ¡Pero qué asco! ¿Cómo se puede tener la carne así, con las moscas rondando?

En aquel momento, el dueño del puesto cogió con las manos un costillar que ella creyó de cerdo y colocándolo en una piedra de cortar ennegrecida por el uso, comenzó a darle hachazos para sacar unas costillas. Daniel rió en voz alta y acercándosele al oído le dijo divertido:

—¿Estás seguro de que es de cerdo? Sandra dice que un par de personas han desaparecido recientemente en el barrio...

—¡Cállate, loco! —le espetó dándole un manotazo en el brazo—. ¡Que ascoooooo!

—Mujer, si tanta gente compra será porque no hay peligro—. siguieron riendo por la ocurrencia.

Aquellos fueron buenos tiempos.

Se calló y se dibujó una sonrisa en sus labios, algo que no le había visto hasta entonces. Seguro que recordar aquello la hizo revivir buenos momentos. No dije nada, pero aproveché para mirar el reloj. Ya había pasado la hora.

—¿Tengo que marcharme ya? —me preguntó.

—Me temo que sí, Cris —muy a mi pesar tenía un paciente a continuación que me había pedido cita en el último momento—. Ojalá pudiéramos continuar —dije sinceramente —pero tengo otra cita ahora —ella asintió—. Pero me gustaría que quedáramos para la semana que viene si te apetece —volvió a asentir— ¿qué tal el lunes?

—Bien.

—Si quieres mejor otro día...

—No.

Volvió a las respuestas cortas, contundentes, que me dejaban un poco fuera de combate, con un regusto amargo en la boca, porque no lograba averiguar si le parecía bien o le daba lo mismo. Sin entonación, sin emoción alguna. Monosílabos a la hora de lidiar con el mundo real, en contraste con la fluidez de su lenguaje cuando contaba su historia.

—¡Adiós!

Y salió por la puerta igual que entró. Me dejó allí sentada, pensando durante unos segundos si no lo habría soñado todo, si de verdad había estado allí aquella tarde. Tras otra hora, esta vez interminable, escuchando como una adolescente cursi e insufrible me contaba lo desdichada que le parecía su vida porque no lograba tomar decisiones según ella trascendentales, como por ejemplo si comprarse o no el último modelo de Prada, finalmente me quedé sola.

Esta vez acepté encantada la propuesta de Marina de tomarnos un buen café. Eran casi las nueve y media cuando nos dirigimos a un Starbucks cercano a la consulta y nos pedimos dos calientes y aromáticos cappuccinos. Nos acomodamos en sendos butacones amplios y mullidos junto a la ventana del establecimiento desde donde veíamos pasar a la gente caminando.

—Hoy estoy agotada —comenté mientras hacía rotar mi dolorido cuello de un lado a otro, intentando en vano relajar mis cervicales.

—Se te nota.

—Y eso que no he hecho nada especial.

—¿Oír los lamentos de tus pacientes no te parece nada especial? —me miró extrañada—. Si yo me pasara el día escuchando tanta palabrería me volvería loca.

—Tampoco es para tanto, mujer. Tanto como lamentos...

—¡Quita, quita! Yo sería incapaz de escuchar los problemas de los demás un día detrás del otro y no salir corriendo o darme cabezazos contra la pared por la depresión. ¡No me faltaba nada más que eso! Uff. Menudo dolor de cabeza nada más de pensarlo —cruzó los dedos delante de ella haciendo una cruz en plan cómico—. ¡Lagarto, lagarto!

—Por eso yo soy la psicóloga y tú mi secretaria —sonreí divertida.

Marina siempre conseguía hacerme reír. Recuerdo que me cayó bien desde

el primer momento. Desde que la estaba entrevistando para la consulta. Me la había recomendado una amiga que teníamos en común. Me la había descrito como buena trabajadora, responsable, abierta y muy servicial.

—Celia, te lo digo en serio —yo la miraba con una sonrisa socarrona.

—Venga Raquel —me mofaba yo—. ¡No será para tanto!

—Que sí, mujer —insistía—. La conozco desde la universidad. Siempre fue una chica muy espabilada. La pena es que no pudiera terminar la carrera. Problemas de dinero, creo. Sólo sé que se puso enseguida a trabajar. Es una lástima, porque estaba en Administración de Empresas y yo siempre he creído que tendría un futuro brillante.

—¿Administración de Empresas? —repetí incrédula—. Raquel, ¡que yo no puedo pagar un sueldazo a nadie! Sólo necesito a alguien para recepción y llevar un poco la administración. No puedo hacerlo todo sola.

—Tranquila. Está en el paro. Ha tenido una temporada muy mala. Le hicieron un ERE en la última empresa en la que estuvo y a partir de ahí nadie la ha querido contratar.

—¡Menudo marrón! —solté yo al pensar en lo mal que debería de sentirse alguien al ser echado a la calle a sabiendas de que en un par de días los dueños abrirían la misma empresa con otro nombre en cualquier otro lado y contratarían a gente por la mitad del sueldo.

—Sí. Lo está pasando mal —Raquel insistió—. Tampoco te digo que la contrates. Sólo que la entrevistes. Y oye. Si sale bien, perfecto. Y si no, perfecto también.

—Tú y tus frasecitas de autoayuda —reí—. ¡Vale! Dame el teléfono y dile que se pase el viernes por la consulta y ya veremos.

De eso hacían ya casi seis años. Raquel tuvo razón. Desde que entró en la consulta me cayó bien. Era simpática y abierta, conforme me la había descrito. Al mismo tiempo daba la sensación de ser una persona centrada, madura y profesional. Lo cierto es que cuando salió por la puerta, tras casi dos horas, estaba convencida de que la iba a contratar y no concerté más entrevistas con otros candidatos cuyos currículums eran más completos.

Al poco tiempo y a pesar de ser mi empleada, cuando salíamos por la puerta de la oficina, a Marina la empecé a considerar como mi amiga. Teníamos muchísimas cosas en común y pasábamos tanto tiempo juntas que había veces que la trataba casi como a alguien más de la familia. Venía a casa

por Navidades porque sus padres vivían en el Norte de España y por lo poco que me dijo de ellos, jamás se llevaron bien. Aunque yo no insistía en ese tema, al ver su reacción cuando le preguntaba. Mis padres se alegraban de que yo tuviera por fin a una amiga de verdad con la que salir, ya que según ellos, me pasaba las horas muertas encerrada en esas cuatro paredes de la consulta que eran como una cárcel, y la solían invitar los fines de semana a comer hasta que yo me hice con mi propio apartamento.

Sentadas en el Starbucks, durante unos momentos miramos a la gente andar de un lado para otro de la acera para relajarnos. Era la hora punta. Todos parecían con ganas de llegar pronto a casa. Pero el ir y venir de la gente estando nosotras sentadas mirándolos, casi nos hipnotizaba, dejándonos en un estado de relajación muy agradable. Dejabas la mente en blanco por unos minutos la mayoría de las veces. Y aquella no fue una excepción.

—Oye, finalmente no me contaste qué tal te fue el curso.

—Bien —me miró perpleja.

—Vaya ¡menudo entusiasmo!

—Ya sabes, otro divertidíiiiisimo curso sobre las adicciones de los adolescentes a las nuevas tecnologías. Internet, móviles... todo eso —continué mirando hacia afuera, distraída con las caras de la gente, imaginando adónde se dirigiría cada uno.

—Sí, sí, ya veo, ya —ella también miró.

Las luces de la calle fueron encendiéndose poco a poco. Primero un pequeño destello y luego una luminosidad que iba creciendo poco a poco hasta fundirse con las luces de los numerosos escaparates que se asomaban a las aceras. No podía ver el cielo, los edificios eran demasiado altos, pero las tonalidades anaranjadas de los rayos de sol que se reflejaban en los cristales de las últimas plantas consiguieron terminar de relajarme. Me quedé embobada viendo como aquel reflejo daba contra las cortinas inmaculadamente blancas de una de las ventanas, que se movían al compás del aire que entraba por ella, dando la impresión de estar confeccionadas con arena.

—Celia —Marina me devolvió al suelo de nuevo— ¿puedo saber qué te sucede?

—¿Qué? —no sé si había entendido la pregunta, la verdad.

—¿!Que qué narices te pasa!?! —soltó, alzando la voz. Yo la miré sorprendida, no solía tener ese tipo de arrebatos —. Perdona —rectificó enseguida —es que no estás como siempre. Cada vez que esa chica entra por

la puerta, te ausentas. Es como si te quedaras en Babia. Tú ya me entiendes.

—Pues la verdad es que no —me llamó la atención su comentario, porque sabía que en cierto modo era verdad.

—¡Claro que me entiendes! Y perfectamente —me miró molesta—. Yo no soy psicóloga y no te lo sé explicar, para eso ya estás tú.

—¡Vale! —no pude contener la risa —pero no te enfades mujer —se la veía tan enfadada por aquella tontería que no pude evitarlo. Las dos comenzamos a reír.

—Pero, ¡qué mala leche tienes a veces! —me reprendió.

—Perdona, en serio —me disculpé yo —es que sé que tienes razón. No sé qué me pasa con Cris. Estoy tan acostumbrada a los pacientes que realmente no tienen nada pero que vienen a mí porque es como una moda eso de ir al psicoterapeuta... ya sabes, como en las películas —hice un gesto “amanerado” con la mano —es tan “chic” —volvimos a reír. Lo que acababa de decir quedaba demasiado cursi como para no tomarlo a guasa.

—Vamos, Celia —me pidió —hablo en serio.

—Lo sé.

—Hacía al menos dos semanas que no te oía reír —recordó —desde que salió de la consulta aquella tarde y no volvió a aparecer hasta hoy.

—Es que no sé que es, Marina —reconocí por fin—. Es como si algo se hubiera encendido de repente en mi cabeza. Como si alguien le hubiera dado a un interruptor que me ha hecho recordar porqué me saqué la carrera. Estaba tan cansada de casos sin sentido. De gente que no necesita mi ayuda. De cursos aburridos en los que te das cuenta de que las personas necesitan algo diferente para poder seguir adelante...

—¡Vale, vale! —me interrumpió —que si lo sé no te pregunto nada. A ver si va a ser verdad lo que te he dicho y ahora vas a coger tú una depresión.

—Tranquila, ¡que va a ser que no! —me reí de nuevo y apuré mi café—. Bueno, me marcho ya a ver si me doy un bañito con mucha espuma y agua calentita y me meto en la cama a descansar.

Me incliné sobre su butacón para despedirme y lo vi. O lo creí ver. Justo al otro lado de la calle. Una silueta delgada apoyada en la pared, en la sombra que se formaba tras unos contenedores de reciclaje que habían en la acera de enfrente. Una silueta que, sin embargo, me resultó extrañamente familiar, aunque sólo fue un momento. Supe que me estaba observando, aunque sólo la viera durante unos segundos. Para no caerme me apoyé en la pared y cuando volví a alzar la mirada, ya no estaba. En aquel momento no le di importancia,

y más tarde me arrepentiría de no haberlo hecho.

CAPITULO.

Durante las siguientes semanas averigüé por su historia, que pasaron casi dos años compartiendo piso con Sandra, a la que habían tomado aprecio y cuya relación comenzó a deteriorarse cuando tuvo un pequeño hictus y su hija tuvo que ir a cuidarla. Según me contaba, las discusiones con ella desde entonces fueron continuas, ya que todo le molestaba. Se quejaba de que armaban mucho ruido porque veían la televisión hasta tarde. O que no les importaba el estado en que se encontraba su madre porque de vez en cuando invitaban a algún compañero de la academia a la que se habían apuntado para mejorar su inglés a estudiar a casa.

Ella continuaba abriéndose poco a poco a mí. Con cada sesión, su postura en el sillón iba cambiando, se hacía más abierta, más receptiva y confiada. Su forma de hablar se iba volviendo tranquila, suave y relajada. E incluso en algunas ocasiones, personalizó la historia, utilizando un “yo” o un “mío”. Todos estos cambios eran minuciosamente apuntados en su expediente, que iba creciendo con rapidez.

Las sesiones, que en un principio llevábamos a cabo una vez cada quince días, a los pocos meses pasaron a ser semanales. Yo sabía que la economía de la familia de Cris no podía permitirse tantas sesiones, pero gracias a las consultas extra que llegaron de un par de pacientes más acomodados, dejé de solicitarle a Conchita el pago. Sin saber muy bien porqué había hecho de Cris

algo personal. Sabía que aquella no era una actitud muy profesional, pero necesitaba ayudar a aquella muchacha que en ocasiones se mostraba fría y distante, en ocasiones triste y desesperada y en ocasiones apática. Me había propuesto ayudarla. Ella había conseguido que casi me obsesionara y eso no era bueno. Ni para mí, ni para ella. Aunque en aquel momento no lo supiera ver.

Tras su historia de ese día, bajó la cabeza y no pregunté más. Con ella había aprendido a dejarla expresarse a su manera. Con sus parones en la narración. Con sus repentinos ataques de ira, insignificantes sin embargo, ya que duraban apenas unos segundos hasta que volvía a recobrar el control de su mente. Y finalmente, con alguna que otra lágrima derramada aquí o allá, al recordar pasajes tristes o dolorosos.

Lo que dijo al final de la sesión me dejó preocupada. La narración daba pie a pensar que las cosas con Daniel no acabaron bien. Ahora que lo pensaba con tranquilidad, acababa de darme cuenta que, salvo en su historia, no había hablado de él. Sólo aquella mañana en que dibujó una D en el cristal empañado. ¿Cómo no había caído? ¿Había estado tan absorta en lo que ella me contaba que no había querido preguntarle por él? Me reprendí mentalmente por aquello.

—Cris —comencé, no sabiendo muy bien cómo preguntarle sin que saliera corriendo como aquel día— ¿y Daniel? —noté un movimiento en ella. Un sutil respingo que hizo que enderezara la columna, apoyada en el respaldo del sillón.

—No sé —vuelta a las respuestas cortas.

—¿No sabes? —quería indagar un poco más y saber hasta dónde me dejaba llegar.

—No.

—Pero, ¿volvió con ella? —sacudió la cabeza, negando, sin levantar la vista. Quería eludir el tema y yo lo sabía, pero no la dejé— ¿se quedó allí? ¿Se despidió de ella?

—No quiero hablar de eso —hizo ademán de levantarse para salir de allí.

—¡Vale!, ¡Tranquila! no insisto. No quiero que te vayas, pero tienes que hablar de él tarde o temprano, lo entiendes, ¿verdad? —ella asintió levemente y volvió a relajarse. Sabía perfectamente que en algún momento debería enfrentarse a lo que quiera que hubiera pasado con Daniel. Pero me dí perfecta cuenta de que no estaba lista. Que quizás necesitaba seguir con la narración hasta que él volviera a aparecer.

La tarde terminó con algunos detalles sobre el lugar donde vivieron y las cosas que solían hacer. Casi ni le presté atención. Estaba más concentrada en escribir algunas notas en su expediente sobre aquella reacción. Definitivamente había pasado algo con él. Aunque todavía no sabía el qué, preferí dejar pasar un tiempo antes de insistir. Debía ser cauta si no quería volver a perder su confianza. Pero, ¿qué podía hacer?

Salí de la consulta aquella noche bastante tarde. Aun siendo tan bulliciosa, la ciudad a aquellas horas estaba casi desierta. Las luces de los escaparates comenzaban a apagarse y tan sólo algún que otro coche pasaba a toda prisa de vez en cuando y un par de taxis aminoraron la marcha al acercarse a mi lado esperando un gesto que les proporcionara la última carrera de la noche.

A veces me costaba acostumbrarme a la soledad de las calles a ciertas horas de un día laboral cuando se trataba de la capital de un país. Las calles principales como la Gran Vía o las plazas más conocidas, como la Plaza Mayor o la de Santa Ana, e incluso barrios como La Latina seguirían bulliciosos hasta altas horas de la madrugada. Pero las calles aledañas irían poco a poco silenciándose, poco a poco apagándose hasta que tan sólo los habitantes del barrio o los vehículos que las atravesaban fueran sus nocturnos moradores.

Yo vivía relativamente cerca. Por fortuna, desde que abrí la consulta conseguí un pequeño estudio a pocas calles de allí. Apenas cuarenta y cinco metros cuadrados en los que convivíamos mis tres plantas y yo. Sin embargo aquel diminuto apartamento, a mi edad y ya cansada de seguir viviendo con los padres, me proporcionó una ansiada liberación. No es que mis padres me hubieran pedido que me marchara, ni que hubieran puesto normas que debiera seguir si quería continuar viviendo en su casa. No fue aquello lo que me decidió a buscar otro sitio donde vivir. Tampoco fue la necesidad de encontrar un marido y fundar una familia. Defenitivamente no.

Fue más el ansia de emancipación. El verme con treinta años viviendo en una habitación que todavía parecía de quinceañera. El querer demostrarme a mí misma que ya era lo suficientemente adulta y responsable como para poder salir adelante y labrarme un futuro. Tras las primeras semanas me di cuenta de que aquella había sido la mejor decisión que había tomado en mucho tiempo y me ayudó a continuar y a sentirme más segura. Me ayudó a terminar de madurar.

Torcí la esquina de mi calle y me percaté de que había menos luz de la habitual. ¡Qué extraño! —pensé—. miré hacia arriba por inercia buscando la

causa. Allí estaba. Dos farolas fundidas a ambos lados de la calle justo donde se encontraba mi portal. Un escalofrío recorrió mi espalda y durante un segundo mi cabeza me advirtió de que algo no marchaba bien. Una extraña sensación de “dejavieu” justo un momento antes de notar a alguien dándome un empujón por la espalda que me pilló tan desprevenida, aun habiéndolo intuido, que de un traspies me fui de bruces contra el suelo.

Pensé que notaría un tirón y que el bolso volaría, pero no fue así. Mi agresor se limitó a tirarme al suelo con el consiguiente desparrame de los documentos que llevaba en la mano. Miré hacia delante y vi una figura atravesar la calle y desaparecer en la oscuridad. Por un momento me quedé allí, con las rodillas clavadas al suelo y las manos temblando. Como pude me levanté, recogí mi bolso y los folios que habían caído a la acera y subí a casa.

Cuando abrí la puerta y encendí la luz, todo lo que hacía unos momentos había recogido y que llevaba como podía en las manos se me deslizó hacia el suelo y por un momento incluso, creo que llegué a perder el conocimiento ya que lo siguiente que noté fue mi espalda golpearse contra la pared del minúsculo recibidor y mis piernas, doloridas, doblarse rápidamente hasta quedarme sentada en el suelo, atónita ante lo que veía y aterrada por lo que me acababa de suceder.

—¿Necesita que la acerquemos a urgencias?

—No.

—¿Está segura de que no se ha golpeado la cabeza?

—Sí.

—Déjeme que le tome la tensión, está muy pálida.

—Bien —conseguí decirle al insistente enfermero que se empeñaba desde hacía un rato en comprobar mis signos vitales.

—¿Señorita Armando?

—¿!Qué!? —contesté como un autómata al oír que me llamaban por la espalda. Alguien se acercaba al sofá donde había conseguido hacer un hueco para poder sentarme.

—Agente Rivera —me tendió la mano esbozando una sonrisa— ¿qué tal se encuentra?

—Bueno —contesté sin muchas ganas— ¿usted que cree?

—Ya me hago cargo —parecía sincero al hablar—. Pero como ya se puede imaginar, necesito hacerle algunas preguntas —asentí mientras miraba el desbarajuste reinante en el suelo e intentaba centrarme— ¿sabe si se han llevado algo?

—¿Qué se van a llevar si no tengo nada de valor en casa? —contesté irónica y más alto de lo que hubiera querido. Todavía no sé de dónde salió aquel tono tan cínico, pero el me miró con expresión seria—. Perdón —me disculpé, intentando sacar fuerzas de donde no habían— es que, si se han dejado la tele de plasma, el dvd y el portátil —señalé con la barbilla hacia una pequeña mesita auxiliar que todavía estaba en pie —no sé qué más se podrían querer llevar.

—Desde luego, tiene razón —concedió él—. Aun así necesito que me cuente con el máximo detalle posible lo que ha pasado.

Traté de hacer lo que me había pedido. Le relaté lo ocurrido desde que dejé la oficina, hacía ya tres horas. La oscuridad de la calle, el empujón y el descubrimiento de mi pequeño apartamento completamente destrozado. Recuerdo darme cuenta de que le hablaba sin ningún tono en la voz. Sin miedo, ni rabia, ni dolor. Una letanía monocorde que subía desde mi garganta y que no me hacía sentir nada. Mi mente daba fe de lo sucedido, mi voz lo relataba, pero yo no sentía absolutamente nada. Intuí que más tarde me llegaría todo de golpe y que no me iba a gustar, pero en aquel instante descarté ese pensamiento.

Los voluntarios del SAMUR habían tardado poco en llegar. Hubo el revuelo esperado en la escalera y varios vecinos bajaron a ver qué había pasado. Al enterarse de lo sucedido más de uno se ofreció a hacerme la socorrida tila para aplacar los nervios. Yo me dejé hacer casi sin querer. Me dejaba manejar como sumida en un extraño sueño en el que todo el mundo gritaba y andaba de un lado para otro en el salón mientras yo permanecía sentada con la mente en blanco. Era una sensación plácida y desagradable al mismo tiempo. Como flotar en la superficie del mar, con los oídos por debajo del agua. Taponados, pero a la vez abiertos a los murmullos de las olas y tu respiración.

Desde el sofá tenía una amplia perspectiva del salón. Muchos de mis libros estaban desparramados y tirados por todas partes, como si alguien hubiera estado buscando algo detrás de las estanterías. Las sillas aparecieron en el otro lado de la habitación. Los cuadros, jarrones, e incluso fotografías de mi familia estaban hechas añicos.

La cocina y el dormitorio no habían corrido mejor suerte. Toda la vajilla y cristalería que mi madre me había regalado cuando me mudé estaba en el suelo, destrozada. Como si el ladrón se hubiera entretenido en sacarla de los armarios y tirar los platos uno a uno al suelo como en una boda griega. No

entendía cómo los vecinos no habían bajado antes al oír el estruendo. Quedaban enteros unos vasos de diario, varios platos astillados y el microhondas.

En la habitación, mi ropa estaba esparcida por todos lados, mucha de ella hecha jirones, completamente destrozada, como cortada con un cutter o unas tijeras. El colchón y las almohadas habían corrido la misma suerte. Casi todo lo que poseía había quedado inservible. Mi piso parecía el escenario de una de aquellas series de policías en las que los malos buscaban en el apartamento del chico de la película el USB con la información que los delataría.

—¿Podría describir a quien la empujó? —me preguntó, aunque no conseguía hacerle demasiado caso, me dolían las rodillas y una horrible migraña se iba apoderando de mi cabeza —señorita Armando... —me llamó.

—Celia —contesté yo por impulso. No me gustaba que la gente me llamara por mi apellido. Era, a mi entender, un comportamiento demasiado impersonal.

—Está bien, Celia —remarcó mi nombre con cierto soniquete— ¿recuerda algo de su agresor?

—No, no lo pude ver bien. Ya le he dicho que hay dos farolas apagadas ahí abajo.

—Quizás la silueta... —sugirió— ¿delgado? ¿grueso?

—Delgado —contesté tras una breve pausa que me sirvió para rebuscar en mi memoria inmediata—. no demasiado alto —me di cuenta de que tenía la forma de aquella silueta grabada en mi cabeza como una fotografía. Suspendida en el tiempo—. Llevaba una sudadera de deporte, o una chaqueta con capucha. Creo. Cuando se alejó la llevaba puesta. No pude ver cómo tenía el pelo.

—Ok, delgado y de estatura media —fue anotando en un pequeño bloc de tapas marrones que sacó del bolsillo de su camisa, a la manera de los detectives en las películas de cine negro—. Con chaqueta o sudadera de deporte y capucha.

—Y de manos pequeñas —solté de improviso.

—¿Perdone?

—Que noté sus manos en la espalda al empujarme y eran pequeñas —me quedé reviviendo esa sensación.

—Podía haberla empujado con los puños —propuso él.

—No. Si me hubiera dado con los puños me dolería la espalda, y no me duele —sentencié, como si estuviera acostumbrada a que la gente me empujara. Me di cuenta de mi tonto razonamiento y me callé.

—Ok —volvió a repetir—. de manos pequeñas —anotó —¿recuerda algo más?

—Lo siento, me temo que no —miré hacia el enfermero— ¿tiene un paracetamol a mano? Me duele bastante la cabeza. ¿Van a tardar mucho? —pregunté al agente.

—Ahora le doy el paracetamol —contestó el enfermero—. pero debería ir al hospital a que le hagan un escaner. Muchas veces no nos damos cuenta de que nos hemos hecho verdadero daño hasta pasado un tiempo —insistió. Yo volví a negar con la cabeza, el pobre hombre levantó los hombros resignado y el agente aprovechó para dirigirse de nuevo a mí.

—No se preocupe, están terminando —miró a su alrededor—. Parece que esto ha sido un simple intento de robo y que usted ha tenido la mala fortuna de cruzarse con el ladrón antes de que le diera tiempo a llevarse nada —se volvió de nuevo hacia mí y luego miró hacia la ventana del salón—. Quizás la viera llegar y se asustó.

—Vale —asentí yo sin ganas —lo que usted diga.

Al poco rato los agentes que pululaban por la casa como mariposas atraídas por la luz cegadora de una bombilla, fueron desapareciendo uno a uno. El pesado del enfermero, al que sin razón culpaba por querer hacer bien su trabajo, quizás aturdida por lo ocurrido, quizás molesta por toda esa gente rebuscando entre las pocas cosas que quedaban en pie, esbozó una sonrisa antes de salir por la puerta y me dijo adiós.

—Celia —me dijo el agente antes de irse —me marcho ya. Le voy a dejar una tarjeta de la comisaría por si necesita cualquier cosa. Le he apuntado mi nombre detrás por si recuerda algo más de quien le agredió y quiere llamarnos.

Yo estaba tan cansada que más tarde no recordaba si le había contestado algo. Sólo lo vi dejar algo encima de la mesa y cerrar la puerta tras de sí. Afortunadamente uno de mis vecinos, anticipándose a los acontecimientos, había llamado a un cerrajero de guardia, que había cambiado la cerradura y arreglado un poco la madera astillada de la puerta con parches aquí y allá de cinta americana.

Me quedé sola. Cerré los ojos un momento y me tapé hasta el cuello con una manta que me habían acercado del dormitorio.

De esa estremecedora noche, no recuerdo nada más.

Me despertó el timbre insistente de la puerta. Cuando abrí los ojos me di cuenta de que seguía en la misma postura en la que me había quedado la noche anterior. Mis músculos estaban completamente agarrotados, como invadidos por un sopor cansino que no los dejaba reaccionar. Otra vez el timbre de la puerta martilleando mis oídos. Con la luz que entraba por la ventana, el salón parecía haber sido destruido por la fuerza devastadora de un huracán. No había sido un sueño, eso estaba claro. Una vez más el timbre y seguidamente la voz conocida de Marina, llamándome.

—¡Espera! —grité desde donde me encontraba.

—¿Estás bien? ¿Celia? ¿Te encuentras bien?

—¡¡Que sí!! —volví a chillar, a la vez que con un esfuerzo que me pareció sobrehumano conseguí levantarme del sofá y, sorteando como pude el desbarajuste reinante en el suelo, llegué a la puerta.

—¡Celia! ¡Por Dios! ¿Qué te ha pasado? —Marina intentó abrazarme, preocupada seguramente por mi aspecto, y todo mi cuerpo se resintió.

—¡Ah! —me quejé.

—¿Qué te sucede? Me tenías muy preocupada. Llevo toda la mañana llamando a tu móvil y no contestas. Y no apareces por la oficina y he pensado lo peor y...

Todo le salió de golpe y al girar la cabeza hacia el salón se calló en seco. La voz se le quebró al ver el espectáculo dantesco que reinaba por todas partes. Sólo consiguió articular una palabra: ¡Dios!

Le expliqué lo sucedido igual que había hecho la noche anterior al policía cuyo nombre no recordaba y tras unos momentos en que reinó el silencio me di cuenta de la realidad. Como el fogonazo cegador de un flash, mi cerebro asimiló de golpe lo que había pasado. Se hizo nítido con la claridad del día. Cristalino como el agua mansa de un lago de montaña. Ya me lo temía. Ya lo había intuído y aun así me pilló de sopetón. Y sin saber muy bien porqué, comencé a llorar como una niña. La tensión acumulada se deshizo dentro de mí, al no tener la adrenalina viajando por mis venas, y comenzó a salir por mis ojos mientras mi cuerpo temblaba y se balanceaba sin control. Marina, sin dudarlo, me agarró suavemente y me abrazó. Me llevó con mimo hasta el sofá y se sentó junto a mí, acunándome como a una hermana y susurrándome que todo iba bien. Que ella estaba allí por mí.

—Tengo que llamar a Javier —recordé al rato cuando por fin conseguí serenarme. Había quedado con él para comer—. Si ha intentado localizarme

estará preocupado —me levanté a buscar el móvil pero no conseguí encontrarlo.

—Toma el mío —me dijo Marina, leyéndome el pensamiento.

Había comenzado mi relación con Javier hacía poco tiempo. Apenas unos meses. Nos habíamos visto en varias ocasiones en un pub al que Marina y yo solíamos ir de vez en cuando y una noche se acercó a mí y se presentó. Me contó que era de un pueblecito de Extremadura, que había vivido fuera unos años y que acababa de establecerse en Madrid.

No muy alto, moreno, con unos ojos de color indefinible, entre verde y gris que te cautivaban al hablar, Javier solía llevar perilla, en la que ya se podían ver algunas canas, lo que le hacía parecer mayor de lo que realmente era. De hecho, era unos años menor que yo, aunque nunca me dijo en serio cuántos menos. Sólo me decía, cuando quería reírse de mí o hacerme de rabiar, que él era el jónen y que las personas mayores como yo no entendían ciertas cosas.

Era un hombre de carácter sosegado, aunque con un punto muy atractivo de locura que sacaba en ocasiones puntuales y que enganchara. Era muy amable y cariñoso conmigo y, por el poco tiempo que llevábamos juntos, daba por sentado que nada celoso, no empeñado en controlar cualquier cosa que hiciera, no como algún que otro chico con el que había llegado a salir. Manteníamos conversaciones muy amenas sobre temas muy distintos, tanto cultos como banales. Podíamos comenzar una conversación sobre una noticia que hubiésemos leído en el periódico sobre, por ejemplo, economía, y media hora más tarde, estar hablando de los últimos fichajes del Real Madrid. Y eso también me enganchó.

—Javier, soy yo.

—¡Hola, preciosida! —saludó él al otro lado del móvil. Siempre me llamaba así— ¿qué tal?

—Bien —comencé—. Oye, ¿te puedes pasar por casa en lugar de quedar en Gino's?

—Si, claro. ¿Pasa algo?

—Mejor te lo cuento luego, ¿vale?

—Vale. Dentro de un rato nos vemos.

Trabajaba de traductor “freelance” para varias agencias lo cual le permitía una amplitud de horario que casaba a la perfección con mi ajetreada agenda.

En las últimas semanas habíamos salido bastante a menudo y más de una noche se había quedado a dormir.

Comimos los tres juntos con lo poco que quedaba en pie en mi cocina y por tercera vez tuve que contar la misma historia. Al menos Javier no se tomó la noticia como Marina. Me preguntó sereno si estaba bien y si se habían llevado algo y con tono dulce y firme a la vez se ofreció a ayudarme en lo que necesitara. Aquella actitud tan sosegada y tan segura me reconfortó y consiguió que al final de la tarde, mientras intentábamos recomponer el destrozo, termináramos haciendo bromas y agradeciendo que el ladrón hubiera huido sin pretender nada más.

—¿Qué le pasa en las rodillas? —me preguntó Cris, al darse cuenta de que no dejaba de masajearme, en un vano intento porque me dejaran de doler.

—Me caí.

—¿Por eso no apareció anteayer? —insistió. Estaba claro que no me contaría nada más hoy.

—Si —esta vez fui yo la escueta. Recordar lo que sucedió me dejaba todavía un poco fuera de juego—. Marina me comentó que te dejó recado para que no vinieras.

—Lo hizo. Mi madre me avisó. ¿Cómo se cayó? —me dio la impresión de que tenía que contestarle o no dejaría de preguntar.

—Hacemos una cosa —le propuse —yo te cuento lo que pasó y tu me cuentas algo de Daniel —no sabía si aquella jugada me saldría bien, pero estaba cansándome de que ella marcara las normas.

—¿Cómo que?

—No sé, ya veremos. Lo que se me ocurra.

—Está bien.

—Salí de la consulta y cuando me acercaba al portal de mi casa me atacaron —lo dejé ahí, en el aire, a propósito.

—¿Con pistola y eso? —preguntó ella.

—Ahora me toca a mí, ¿recuerdas? —la miré fijamente a los ojos, esperando una reacción que no llegó y no volvió a hablar—. ¿Cómo es Daniel? —empecé con algo banal —describémelo.

—Moreno, guapo, ojos pardos, más alto que yo. ¿La atacaron con una pistola? —volvió a intentarlo.

—No, me dieron un empujón y caí de bruces contra el suelo y por eso me duelen tanto las rodillas. Aunque lo peor vino después —intencionadamente quería dejarla con la curiosidad en la mente— ¿y su personalidad? ¿Era

divertido, simpático, o introvertido?

—No me gusta este juego que acaba de inventarse —refunfuñó.

—Bueno, pues entonces dejémoslo —hice ademán de cerrar el expediente.

—No. Sigamos —extrañamente aceptó continuar—. Al principio, antes de irnos a Londres, era muy majo, muy simpático y le gustaba mucho divertirse. Pero luego fue cuando cambió —lo dejó ahí premeditadamente. La miré e intenté adivinar que pensaba. Y me di cuenta de que era más lista de lo que parecía, y que ella también pensaba jugar—. ¿Qué pasó después de que la empujaron? ¿Le robaron el bolso? ¿Intentaron pegarle?

—No. Subí a casa y cuando abrí la puerta estaba todo patas arriba. El que me atacó acababa de intentar robarme. ¿Cuándo cambió Daniel? —ahí estaba la pregunta clave que hizo saltar de nuevo el resorte de su espalda que hacía que inconscientemente diera un respingo.

—Pues —titubeó. Pensaba en si debía decírmelo o no—. Poco después de entrar a trabajar en el Hospital—. me dejó tal cual—. Tengo que marcharme ya. Es tarde.

—Vale, ¡adiós! —no pensaba decirle nada más. No me apetecía.

Aquella noche, tras salir de la consulta volví a quedar con Javier. A Marina no le hacía gracia que saliera con él, pero yo lo achacaba a un ataque pasajero de celos, ya que desde que estaba con él, nuestras salidas evidentemente se habían espaciado un poco, aunque yo procuraba quedar con los dos de vez en cuando para no herirla. Era una buena amiga que me había ayudado en muchas ocasiones y que no pensaba dejar de lado.

—¿Te encuentras mejor? —me preguntó mientras cenábamos en un restaurante muy coqueto de comida vegetariana que habíamos encontrado hacía poco justo detrás del edificio del Congreso.

—Sí, más o menos. No se me termina de ir de la cabeza, pero supongo que ya se me pasará.

—¿Qué podían querer?

—No tengo la más remota idea —comencé a jugar con el chocolate caliente de la cobertura de aquel pedazo de tarta de requesón y coco que acababan de traerme.

—¿Qué te ha dicho la policía? ¿Están haciendo algo? —me quitó la cuchara de la mano y entrelazó sus dedos con los míos sabiendo que me

relajaría. Instantáneamente comenzó a acariciarme la palma de la mano con el dedo, como hacía siempre y un agradable cosquilleo fue bajando por mi espalda hasta la confluencia de mis muslos. Javier tenía ese efecto en mí. Esa era otra de las cosas que me enganchaban de él. El sexo era salvaje, morboso, casi prohibido.

—Que yo sepa no —le sonreí porque sabía lo que estaba haciendo. Y me gustaba—. Desde que vinieron no me han vuelto a llamar. Y yo tampoco lo he hecho, así que supongo que lo archivarán. Como me dijo el agente, fue un intento de robo frustrado.

—¿Has vuelto a repasar la casa? ¿Seguro que no te falta nada? —bajó el brazo, llevándose mi mano con él, hasta dejarla apoyada en su rodilla, sin dejar de acariciármela.

—No —mi respiración se aceleró un poco. El contacto con su pierna y las caricias en la palma, estaban consiguiendo relajarme de verdad. Pero a la vez estaban excitándome—. Se dejaron todo lo que podía tener algún valor, incluido el portátil.

—¿Y algo del trabajo?

—¿Cómo qué? —pregunté intrigada, olvidándome durante un momento de su contacto. En eso no había caído.

—No sé. ¿Qué utilizas que sea confidencial? ¿Informes? ¿Cintas? —me quedé pensativa. Al mismo tiempo que me hablaba movía la mano hacia arriba de su muslo, sin dejar de dedicarle atenciones a la mía que ahora dejó libre, acariciándome los nudillos.

—Eso no —respondí mientras la camarera nos traía el café italiano que acabábamos de pedir. Le sonreí un poco cohibida por lo que sucedía por debajo de la mesa. Afortunadamente el mantel blanco nos cubría hasta debajo de las rodillas—. Las cintas las guardo en la caja fuerte que tengo en la consulta y salvo algún que otro informe que traigo a casa de vez en cuando, no tengo nada más.

—¿Tienes caja fuerte en la oficina? —preguntó con sonrisa pícaro— ¿y qué guardas? ¿Algo interesante? ¿Secretos indesvelables?

—Todo es confidencial, ya lo sabes. Todo es indesvelable —le devolví la sonrisa, había conseguido relajarme del todo—. El único expediente que tengo ahora en casa es el de Cris —recordé en voz alta—. Una paciente que estoy tratando ahora.

—¿Y es algo que alguien deseara robar? —volvió a insistir —igual esa persona te está dando información que alguien necesita y no te lo ha dicho. O

alomejor es una espía rusa afincada en España que se ha infiltrado como tu paciente y te dejará un microchip con información Top Secret de su gobierno....

—¡Pero qué bobo que eres a veces, Javier! —al fin conseguí reírme a carcajadas. El me sonrió aleteando sus largas pestañas de forma cómica.

—Pues entonces supongo que hay que dejarlo en manos de la policía. Aunque dudo que consigan mucho. No se me ocurre nada más. Bueno..., sí se me ocurre algo —dijo casi en un susurro, acercándose a mi oído mientras arrastraba mi mano el resto del camino hasta su entrepierna y la posaba en la erección que apretaba sus pantalones—. Y es algo muy placentero, te lo aseguro.

—No lo pongo en duda —tuve que reprimirme para no jadear. Se acercó a mi boca y dejó la suya a unos milímetros, con intención de excitarme todavía más—. Quizás sería mejor que nos fuéramos —le susurré yo a mi vez mientras acariciaba con disimulo lo que él me había mostrado por debajo de la mesa—. Voy al servicio y vuelvo enseguida. Si no, no creo que puedas salir de aquí sin llamar la atención —volvía a reír al ver su cara de circunstancias.

CAPITULO.

Las semanas siguientes pasaron deprisa. La conversación con Cris se había estancado y no conseguía de ninguna forma volverla a llevar a mi terreno. Llevábamos casi seis meses de terapia y pensé que quizás necesitaríamos un descanso. Para las dos. Cancelé las siguientes sesiones y me

excusé con unas vacaciones que tenía ya reservadas con antelación y que no quería cancelar. Ella, como siempre, no se inmutó. Con su expresión inocua, sólo dijo una palabra: bien. Y ya está. Solucionado.

Las Navidades habían pasado hacía ya mucho, pero todavía recordaba la voz de preocupación de mis padres al contarle lo sucedido con el piso. No les dí muchos detalles porque se habían ido una temporada al pueblo y no quería preocuparlos de más ni que vinieran a verme y se empeñaran en que volviera a vivir con ellos. Los conocía bien y me sobreprotejerían, como siempre. Al fin y al cabo yo era hija única y había nacido cuando ya no esperaban tener descendencia. Según mi madre, yo fui “un maravilloso desliz en una noche de tormenta”.

En el pueblo tenían una casa y ahora que ya estaban jubilados, pasaban largas temporadas allí, en las que paseaban y disfrutaban de un merecido descanso tras una vida de trabajo duro. Mi madre se sentaba en la entrada junto con las vecinas de toda la vida para hacer manteles y colchas de encaje de bolillos que luego me regalaba.

— “Para el ajuar” —se empeñaba siempre en decirme.

—Mamáaaa —me quejaba yo, también como siempre.

—¡Celia Armando! —me reprendía siempre con el nombre completo—.

Alguna vez tendrás que casarte, digo yo.

—No cuentes con ello —susurraba para mí.

Mi padre pululaba de vez en cuando por el bar de la plaza para jugar al dominó, pero sobre todo le gustaba juntarse con un par de amigos para disputar partidas de petanca que lo mantenían ágil.

Yo por mi parte aproveché el tiempo de aquella pausa en la consulta para descansar, hacer algo de ejercicio y ponerme al día con las nuevas publicaciones sobre psicología clínica que habían salido al mercado. Javier me propuso una prometedor semana en la sierra y acepté encantada. Aquello era justo lo que necesitaba. Según me explicó, un amigo suyo le dejaba las llaves de una pequeña cabaña que tenía cerca del puerto de Canencia cada vez que se iba de viaje y justo hacía un par de días que se había marchado. El clima acompañaba, el sol comenzaba a calentar y la montaña estaba exuberante de vegetación tras un invierno lluvioso y frío.

Necesitaba aquel descanso en el plano físico, pero sobretodo necesitaba aquel descanso en el plano emocional. El caso de Cris estaba convirtiéndose en una obsesión. Seguía habiendo algo por debajo de aquella historia que no me contaba y había veces que llegaba a exasperarme intentando entrar en su

cabeza. O ella estaba realmente mal o era extremadamente lista y estaba dejando pasar el tiempo, viendo hasta donde aguantaba yo. Pero, si era así, ¿por qué? ¿Qué propósito tenía toda aquella farsa?

—¿Está jugando conmigo! —casi grité.

—¿Qué? —preguntó Javier dando un bote. Estábamos en el porche, sentados en un sofá, él leyendo un libro y yo viendo la puesta de sol, embobada, con una taza de té entre las manos.

—Perdona —le miré y sonreí—. No quería sobresaltarse. Pensaba en voz alta.

—No, tranquila. Dime. ¿Quién está jugando contigo? —cerró el libro y levantó su brazo invitándome a acercarme a él. Me gustaba sentirme segura bajo su brazo.

—Cris —Javier me miró interrogante—. La chica de la que te hablé tras el robo —negó con la cabeza— ¿no te acuerdas? Te hablé de ella cuando estuvimos cenando en aquel vegetariano cerca del Congreso y tú me preguntaste si me estaba contando algo que me pudiera poner en peligro.

—¡Ah! Sí —asintió—. Si no recuerdo mal ciertas circunstancias me obligaron a relajar mi entrepierna —rió con sonrisa pícaro, haciendo que yo sonriera también—. ¿Por qué crees eso?

—Porque llevo seis meses con ella y siempre tengo la sensación de que me oculta algo.

—Bueno, se supone que eso es lo que tienes que averiguar, ¿no?

—Sí, pero no puedo ayudarla si no se deja ayudar.

—¿Tú estás segura de que lo que quiere es que la ayudes? —lo miré perpleja— ¿y si no es eso? ¿Y si quiere algo más?

—¿Algo más? No te entiendo.

—No sé. ¿Por qué no le preguntas directamente que espera del tratamiento? —lo miré con el ceño fruncido—. ¡Ey! —se rió— no me mires así, que yo sólo pretendo echarte una mano.

Seguimos mirando el valle que se abría ante nosotros. La casa estaba rodeada de un bosque de pinos y el porche miraba hacia la depresión del valle, por lo que las vistas eran impresionantes y al mismo tiempo nos escondían de miradas indiscretas de las otras casas construidas cerca nuestro.

—Celia —susurró cerca de mi oído—. Necesitas relajarte. Disfruta de esta semana.

Cogió la taza de té de entre mis manos y la dejó junto a su libro en la mesita auxiliar que había al lado del sofá. Me levantó con facilidad y me puso

encima de él, a horcajadas. Su boca se apretó contra la mía y con la lengua entreabrió mis labios, invadiéndome. Yo jadeé al notar su invasión y me dejé hacer. Con ansia, sus manos comenzaron a recorrerme la espalda, bajando hasta mi trasero, agarrándolo con fuerza por encima de la falda larga y suelta que me gustaba llevar para estar cómoda.

—Javier —conseguí susurrar—. Nos pueden ver.

—No —sentenció él—. No pueden.

Todavía reticente a dar un espectáculo, pero dejándome llevar por el deseo de sentirlo dentro de mí, impaciente le bajé la cremallera de los pantalones cortos que llevaba. Lo justo para dejar a mi merced su erección. El paró de besarme y me miró a los ojos con esa sonrisa suya de satisfacción y autosuficiencia al saber que lo deseaba desesperadamente. Aquella sonrisa que sólo utilizaba cuando queríamos sexo. La misma que hacía que se me erizara aquel botón delicioso que tenía entre mis piernas, al saber que recibiría un placer exquisito.

Con manos seguras, por debajo de la falda recorrió mis muslos clavándome de vez en cuando las uñas, haciéndome estremecer. Separó mi tanga a un lado y, masajeándome durante unos segundos aquel botón tan sensible que se escondía por debajo de mi pubis, introdujo un dedo en mi interior, haciéndome jadear con fuerza. El poder que Javier ejercía sobre mí cuando me penetraba era adictivo. Su seguridad y su necesidad de mí conseguía llevarme a lo más alto en cuestión de minutos. A veces echaba de menos hacer el amor tranquila y relajadamente. Pero en los meses en los que llevábamos juntos eso jamás pasó y yo por mi parte tampoco lo pedí.

—Celia —volvió a susurrar, sabiendo que me excitaba que me hablara con deseo—. Me encanta que siempre estés dispuesta para mí. Es algo que me enloquece en una mujer —eché la cabeza hacia atrás cuando un segundo dedo entró en mi y comenzó a jugar con ellos—. ¿Te gusta?

—Sí —recuerdo que susurré, a punto para lo que él quisiera de mí.

Sin casi darme tiempo a reaccionar, sacó sus dedos de mi interior y me penetró con fuerza, haciéndome gritar. Comenzó a moverse con urgencia y yo me dejé llevar a un ritmo frenético, como siempre, mientras con su pulgar continuaba dándole atenciones a mi hinchado clítorix. Un ritmo que consiguió hacerme estallar en pocos minutos en un caliente y lujurioso orgasmo, que conseguí ahogar en parte mordiéndole el hombro para que no retornara en las paredes del valle, mientras que él se dejaba llevar ahogando a su vez un gruñido apoyado contra mi cuello.

La semana de descanso me sentó bien. Conseguí recargar pilas, relajarme y volver a centrarme en el trabajo. Pero aquella sensación duró poco. Una noche Javier, Marina y yo salimos de copas por La Latina. Esas noches solíamos hacer siempre el mismo recorrido. Era una especie de ritual, estudiado y mejorado a lo largo de las numerosas salidas que llevábamos a cabo Marina y yo durante los años que nos conocíamos, a las que se unió él de tanto en tanto.

Nos tomábamos unos vinos en el Mercado de San Miguel, reformado hacía poco en lugar de copas. Un antiguo mercado de abastos, en el que las reformas mantuvieron su antigua estructura pero con la peculiaridad de que ahora se podía tanto comprar como tomar una copa o picar algo de la mercancía que se vendía y que te cocinaban en el mismo momento. Después de varios vinos o el tan agradable al paladar Vermút de grifo, bajábamos a cenar algo a alguna de las tascas que salpican La Cava Baja, en plena Latina. Y luego, para finalizar bien la noche, algo de música, algo de baile y algún que otro mojito o caipiriña.

Cuando vi a Cris por la acera de enfrente, por un momento pensé en saludarla, pero su cara, mezcla de incredulidad, incertidumbre e incluso terror, me hizo desistir. Estaba sola y eso me extrañó. Según su madre no salía de casa para nada y verla en plena Latina fue desconcertante, aunque pensé que quizás por fin la terapia estaba surgiendo efecto sin que yo estuviera al corriente y que finalmente había comenzado a salir de nuevo y disfrutar como cualquier chica de su edad. Durante un momento nuestras miradas se cruzaron y su boca se entreabrió, como para dejar salir alguna palabra enganchada en su garganta, aunque no consiguió expulsarla. Sus ojos se abrieron exageradamente, levantando con ese impulso a sus cejas y, sin detener el paso, continuó calle abajo. Yo hice por un segundo ademán de ir a por ella, pero me paré. No quería asustarla y que no volviera a confiar en mí. Conforme doblaba la esquina, la vi volverse a mirarme y con la manga de la chaqueta restregarse la cara, imagino que limpiándose alguna lágrima.

—No me lo puedo creer —les comenté acercándome a ellos, que se habían parado un poco más adelante y hablaban entre risas—. Acabo de ver pasar a una paciente y no ha sido capaz de decir ni hola. Y parecía aterrada.

—¿Aterrada? —los dos comenzaron a reír al unísono—. ¡Menudo efecto les causas! —se mofó Marina. ¿Quién era?

—Cris.

—¿La chica de la que me hablaste? —dijo Javier, haciendo que Marina me mirara con mala cara— ¿dónde está?

—Se ha ido calle abajo —contesté yo todavía un poco parada por su reacción.

—Celia —me llamó Marina—. ven un momento, por favor, que quiero decirte una cosa —volviéndose a Javier le dijo— ¡privadaaaaa! —alargó la palabra, efecto seguramente de los tres mojitos que llevábamos cada uno en el cuerpo.

—Mientras habláis, yo me acerco al quiosco de ahí abajo, que se me ha olvidado comprar una cosa —dijo Javier de repete, saliendo a la carrera hacia la esquina por donde había desaparecido Cris—. No os vayais, ¿eh?

Marina me agarró con ganas del brazo y tiró de mí para apartarnos del continuo ir y venir de gente que a aquellas horas poblaba las calles, muchas de ellas ya con bastante alcohol en la sangre y con ganas de fiesta.

—¿Le hablas a Javier de los pacientes? —me espetó Marina, pillándome por sorpresa. ¿A qué venía aquello?

—¡No! —contesté yo inmediatamente— ¡Claro que no!

—¿Cómo sabe entonces el nombre de Cris?

—¿Cómo lo sabes tú? ¿Acaso yo te he contado algo de ella? —la miré de mala gana, no me gustaba lo que estaba oyendo. ¿Desde cuando tenía yo que darle explicaciones sobre lo que contaba o no de mis pacientes?.

—No, perdona —rectificó al darse cuenta de que yo me estaba enfadando—. Debe de ser el alcohol —me abrazó, dándome un sonoro beso en la mejilla.

—¡Ey! —Javier se unió en ese momento a nosotros —que esa es mi chica... —dijo divertido.

—¡Era mía antes que tuya! —sonrió Marina—. Yo la conozco más tiempo.

—A ver, Marina —se mofó él —que a mi los tríos me ponen... Si os apetece, por mí...

—¡Oye! —protesté, dándole un golpe en el hombro a cada uno, riéndome por tanta tontería —vale ya de cachondeo. La próxima vez que salgamos os invito a mojitos sin alcohol —volvieron a reírse—. Menuda ñora que estáis pillando los dos.

Continuamos andando hacia La Cava Baja, con intención de seguir nuestro ritual. En ese momento ni se me pasó por la mente que esa sería la última vez que vería a Cris en mi consulta.

—¿La has localizado? —preguntaba a Marina de tanto en tanto.

—No, todavía no.

—Es extraño, ¿verdad? Tantas semanas de terapia y ahora nada. ¿Has hablado al menos con su madre? ¿O con su padre?

—No, tampoco. No coge nadie el teléfono. Ni el fijo, ni el móvil.

—No sé. Quizás estén de vacaciones —sentenció.

Llevábamos un par de semanas intentando dar con ella, sin éxito. Al principio lo achaqué a una de sus rabietas. A que estaba enfadada conmigo por no haberla saludado al verla pasar, pero tras varios intentos de hablar con ella sin éxito, comencé a preocuparme.

La primavera se instaló por completo en Madrid. Poco a poco, brote a brote, los árboles del retiro cambiaron su abrigo invernal por un verde manto salpicado por un brocado de hermosas flores que se abrían con el paso de los días. Las temperaturas fueron subiendo y el sol ya calentaba a medio día.

Durante esas semanas aproveché el buen tiempo para visitar el Prado, que tenía una exposición sobre Sorolla que me impresionó profundamente. Tanto, que fui capaz de verla en dos ocasiones. Me sentaba largos períodos de tiempo enfrente de aquellos cuadros llenos de la luz del Mediterráneo, de la espuma algodonosa de las olas al romper en la orilla de la playa y de los colores brillantes del cielo y la arena. Miraba con asombro los rostros de los personajes, que reflejaban la belleza del trabajo duro y bien hecho. Allí conseguía evadirme de todo. Allí mi cabeza conseguía descansar. Entraba en una especie de meditación profunda sin ni siquiera cerrar los ojos. El gentío que siempre ocupa las salas no existía. Los ruidos y conversaciones a mi alrededor desaparecían bajo los sonidos del arpa o de arroyos cristalinos que llevaba en mi MP3. Sin quererlo, me transportaba a la orilla de la playa, con melodías que incluían sonidos de gaviotas de fondo.

En aquellas ocasiones, salía tranquila y serena del museo, me acercaba al Círculo de Bellas Artes, me sentaba en una de las mesas, pedía un delicioso café helado y veía a la gente pasear a través de los cristales que daban a la Calle de Alcalá, atareados ellos, relajada yo.

La consulta iba bien. No tenía muchos pacientes, pero al no tener que preocuparme por el alquiler, los gastos eran llevaderos. Tampoco ahorrraba mucho, pero en aquel momento no me importaba. Era joven. Tenía trabajo. Un techo donde dormir, aunque todavía no me había apetecido reemplazar todo lo que me destrozaron y el apartamento seguía manga por hombro. Tenía un novio que me aceleraba el pulso cuando estábamos juntos. Tenía, en definitiva, todo

lo que cualquier chica joven pudiera desear.

Como seguía sin noticias de Cris, me concentré en los otros pacientes durante un tiempo, pero su expediente seguía al lado del teléfono. No sé por qué razón no lo guardé. En mi interior deseaba que volviera. Como pensaba, me había obsesionado y mis infructuosos intentos de localizarla me estaban sacando de quicio.

Aquella mañana, Marina llegó poco después de las nueve. Yo llevaba allí desde..., bueno ya no recuerdo desde cuando. Llevaba unos días sin poder dormir bien y me levantaba muy temprano, acercándome a la consulta, sin nada mejor que hacer que adelantar trabajo.

—¡Leñe! ¡Celia! —me espetó— ¡qué susto me has dado! ¿Qué haces aquí tan pronto?

—No podía dormir.

—¿Y tienes que estar medio a oscuras?

Ni siquiera me había dado cuenta de que permanecía en la mesa sin otra luz que la de una lámpara de sobremesa, con las persianas cerradas. El tiempo había quedado suspendido durante casi tres horas.

—No me he fijado en la hora que era.

—¿Te traigo café? —se acercó y me dejó el correo encima del portátil que tenía todavía abierto, ya que me había puesto a actualizar expedientes hacía ya, no terminaba de creérmelo, ¡tres horas!

—Sí, por favor. Y bien cargado.

Me despecé como buenamente pude, levantándome y aprovechando para airear la habitación. Madrid estaba ya inmerso en plena hora punta. Me despejó el concierto de los motores de los cientos de coches que pasaban cerca de allí, rodeando La Puerta de Alcalá, unidos al chirriar de los frenos de los autobuses y al repiquetear de los zapatos de las miles de personas que se apresuraban a llegar al trabajo.

Apagué la lamparita y cogí el correo. Me acerqué a la ventana, a respirar el aire aún fresco de la mañana mientras lo repasaba. Publicidad. Publicidad. Factura. Más publicidad. Lo de siempre. Una invitación para la inauguración de una exposición de fotografía de un compañero de la facultad que había decidido cambiar de carrera al segundo año. Más publicidad. Y un sobre.

Me llamó la atención porque no había nada escrito en él. Ni remitente, ni destinatario, ni matasellos. Nada. Un sobre blanco, cuadrado, de los que yo solía utilizar para enviar las postales en Navidad. Me senté en el sillón,

intrigada. Dejé todo lo demás en la mesa y lo miré a trasluz. Había una nota, eso estaba claro.

—Su café, madame —Marina entró cargada con una bandeja—. como soy la mejor secretaria del mundo mundial, te he traído unos churritos recién hechos.

—¡Gracias! —sonreí— ¡eres de verdad la mejor!

—Je, je, lo sé. ¿Qué haces?

—Revisar el correo.

—¿Algo interesante? ¿Algo para archivar?

—Pues sí. Un sobre —Marina ya iba a replicar —antes de que preguntes porqué es tan interesante un sobre, te contestaré que porque no lleva nada escrito.

—¡Vaya! Interesante de verdad. Bueno, ¿y qué pone dentro? Porque llevará algo dentro, ¿no?

—Todavía no lo he abierto. ¿Has visto a alguien en el portal?

—No. ¡Ábrelo, muchacha! ¡Que me tienes en ascuas!

—¡Vale! ¡Vale! ¡Pesada!

Deslicé suavemente el abrecartas por una de las esquinas del sobre y lo rasgué, dejando a la vista un papel azul doblado.

—¡Qué misterioooooo! —rió Marina.

Saqué el papel con cuidado y al hacerlo algo cayó encima de la mesa. Era una fotografía. ¿Una foto? —pensé extrañada. Pero no era una foto cualquiera.

—¿Agente Rivera?

—¿Sí?

—Soy Celia. Celia Armando. Hace unos meses estuvo usted en mi casa por un intento de robo, que usted pensó que había sido frustrado.

—Lo siento, no recuerdo.

—Me dio usted su tarjeta por si necesitaba contactar con usted.

—Un momento, lo compruebo en el sistema. Dígame la dirección por favor.

No se me ocurrió otra cosa. Marina quería que lo olvidara, pero mi intuición me aconsejó que no. La foto que recibí en aquel maldito sobre era mía. No mía porque alguien me la hubiera robado. Era yo. ¡Yo! Me habían fotografiado sentada en un banco en la plaza de Santa Ana, mientras hablaba por teléfono con alguien. Hasta ahí, lo hubiera podido tomar como una broma pesada de algún conocido, o incluso, haciendo un esfuerzo, habría pensando en

un admirador secreto, aun siendo un pensamiento infantil. Pero el malogrado fotógrafo me había tachado la cabeza con una gran cruz roja y en la nota que llevaba aquella fotografía, había escrito con letras desiguales, como arrancadas de periódicos y revistas: “La próxima serás tú”.

—¿Señorita Armando? —el agente Rivera me hablaba después de unos momentos.

—¿Si?

—Perdone, Celia. Sí, ya recuerdo el caso. ¿En qué puedo ayudarla? Si es por la investigación, me temo... —comenzó.

—Es por ella. Pero no le llamo por eso.

—¿Cómo dice?

—Le llamo por una nota que he recibido. Necesito que usted la vea. Es importante. Por favor —mi voz debió de parecerle desesperada porque se apresuró a asentir.

—De acuerdo. No se preocupe.

—Se lo agradezco.

—¿Le parece bien que pase por su casa esta misma tarde?

—¿No podría ser ahora? Estoy en mi consulta.

—¿Ahora?

—Por favor, Sr. Rivera.

—Está bien. Déme la dirección. Estaré allí en media hora.

La espera fue más larga de lo que me hubiera gustado. Marina seguía insistiendo en que le estaba dando más importancia de la que tenía, pero yo seguía con esa sensación en el estómago de que algo no andaba bien. Un cosquilleo casi doloroso que se expandía por todo el abdomen y subía de vez en cuando hasta el pecho. Quizás fueran sólo nervios. Pero mi cabeza decía que no.

Rivera entró por la puerta y extendió su mano derecha para saludarme.

—Hola de nuevo, Srta. Armando. ¡Perdón! —rectificó con una sonrisa en la boca — Celia.

—Hola Sr. Rivera. Gracias por no esperar hasta esta tarde.

—Miguel —lo miré extrañada—. Llámeme Miguel. A mi tampoco me entusiasman los apellidos —sonrió.

—Siento haber sido tan brusca en aquella ocasión —me excusé—. Supongo que estaba demasiado atontada ese día, Miguel —ahora fui yo la que pronuncié su nombre con un toque cínico—. Siéntate, por favor. ¿Quieres un café? —acababa de pasar del Sr. Rivera a tutear a Miguel. En otro momento le

hubiera buscado un porqué, pero ahora estaba demasiado asustada.

—Sí, gracias. Me vendrá bien.

—Marina, por favor, ¿te importa?

—Claro que no. Ahora vengo.

Se sentó en el sillón que tenía enfrente de mi escritorio y miró los títulos que colgaban de las paredes. Lo observé con atención. No me había fijado antes pero ahora que lo hacía me di cuenta que era un hombre muy apuesto, como lo llamaría mi madre. Es decir, atractivo sin llegar a ser un hombre excesivamente guapo. Tendría mi edad, era alto y se notaba que iba al gimnasio. De hombros anchos y con manos alargadas, nervudas y de uñas cuadradas. Tenía la nariz un poco alargada, pero un mentón fuerte y unos ojos castaños enmarcados con unas cejas pobladas, tendentes hacia arriba y que enarcaba de vez en cuando al hablar. Unos labios carnosos terminaban de dibujar un rostro agradable y bien definido.

—Bueno —comenzó —tú dirás —ahora él era el que me tuteaba.

—He recibido esto en el correo de esta mañana —me acerqué hacia donde él estaba y le di el sobre con la fotografía y la nota—. Normalmente no me habría puesto tan histérica con algo así, pero después de lo que pasó en mi casa, creo que podría tener algo que ver —Miguel examinó cada cosa.

—¿Por qué piensas que podría estar relacionado?

—No lo sé. Digamos que intuición femenina —me miró risueño y yo le correspondí.

Marina entró con el café y lo dejó encima de la mesita auxiliar. Me miró con expresión pícaro y me guiñó un ojo, dándome a entender que ella también se había fijado en el policía.

—Bueno, no te lo comenté el día del robo, porque estaba demasiado aturdida por lo que sucedía, pero ha habido un par de ocasiones en que he creído que alguien me seguía —Marina giró bruscamente la cabeza hacia mí.

—¿Por qué no me habías dicho nada? —preguntó preocupada— ¿cuándo ha sido eso?

—¿Por qué crees que te han seguido? —preguntó a su vez Miguel, con tono firme para dejar claro quién tenía que hacer las preguntas.

—La primera vez fue hace unos meses, después de la consulta —traté de relatarle lo mejor posible lo que sucedió en el Starbucks y la sombra que creí que me estaba vigilando desde enfrente del café.

—¿Viste quién era? ¿Alguna cosa que te llamara la atención?

—No. En un principio pensé que había sido una sombra, un engaño de

mi cabeza. Pero luego pasó lo del robo y después de eso he tenido la sensación de que alguien me sigue. No siempre claro, no estoy tan paranoica —Marina estaba muy seria, mirándome con atención. No se había marchado. Tampoco le había pedido que lo hiciera—. Es de tanto en tanto. Y ahora lo de la foto y la nota. ¿Crees que debo preocuparme?

—Sinceramente, no lo sé —comentó. Parecía franco al hablar—. Lo malo de esto es que no pudiste darnos una descripción de quien te empujó en la calle, así que no hemos podido hacer ninguna detención. Hablamos con varios de tus vecinos antes de irnos y nadie había oído nada —lo miré extrañado. Eso no lo sabía, nadie me lo comentó—. Pero era de esperar que nadie hubiera oído ni visto nada. También sacamos huellas de tu apartamento —continuó explicando—. pero no están tampoco en nuestra base de datos, así que, o el ladrón no está fichado o utilizaría guantes.

—El panorama no es muy halagüeño, ¿verdad? —sonreí torciendo la boca, con una mueca de resignación.

—Sé que esto es lo típico, pero, ¿sabes de alguien que tenga algún problema contigo? ¿Alguien de comportamiento extraño de los pacientes que tienes o de tus conocidos o familiares? Aunque ya sé que no me puedes dar información que vulnere la confidencialidad en caso de ser un paciente, quizás podamos sacar algo en claro por ahí.

—No, que yo sepa —intenté recordar algún incidente sin éxito.

—¿Cómo que no? —saltó Marina, sobresaltándonos a los dos.

—¿Quién?

—Cris —al oír su nombre, se me erizó el vello de la nuca.

—¿Cris? —repetí—. No lo creo. Es un poco rara, pero no creo que sea violenta.

—Bueno, esa es tu opinión —replicó—. Explícame entonces los rebotes y las salidas de la consulta dando portazos.

—Marina, ¡ya vale! —casi le grité. No debía dar datos de los pacientes a nadie, por muy policía que fuera el interlocutor—. Por favor, déjanos solos —me miró con extrañeza y a la vez con rabia. Sé que luego tendría que hablar con ella porque se sentiría dolida, pero en estos momentos necesitaba tener la cabeza fría y su carácter excesivamente apasionado no me lo estaba poniendo demasiado fácil.

—A ver, por favor —inquirió Miguel cuando ya se había ido ella—. Doy por supuesto que es una paciente tuya. Y también que ha tenido alguna que otra salida airada de aquí.

—Sí. Pero no me parece una chica peligrosa. Y, desde luego, no la veo tan en forma como para darme semejante empujón en la puerta de mi casa. Aunque...— me quedé pensativa unos momentos y él me miró interrogante—. Sí ha habido una ocasión en que algo no parecía ir bien. La vi por la calle hace poco y no me saludó. Pero lo que me llamó la atención fue la cara de pánico que tenía. No me dejó acercarme para preguntar si todo iba bien porque salió disparada calle abajo. Desde entonces no ha vuelto a la consulta.

—¿Has intentado localizarla?

—Sí, llevamos semanas intentándolo, pero nada. Ni tampoco contesta su familia —al poner voz a mis pensamientos, comencé a preocuparme por momentos y no me hacía ninguna gracia.

—Celia, sé que no te va a gustar lo que te voy a pedir, pero necesito...

—Ya —no lo dejé continuar—. La dirección de Cris y su teléfono.

—Sí —afirmó—. Tenemos que intentar averiguar si ella tiene algo que ver con esto. Tranquila, que la terapia que esté siguiendo no tiene porqué salir a la luz. Sólo voy a intentar hablar con ella.

—Lo entiendo —cogí su expediente y le escribí las señas en una tarjeta—. Aquí tienes, sus datos y también mi teléfono, por si necesitas algo más. Te agradecería mucho que no me mantuvieses al margen en la medida de lo posible. Cris me preocupa. Es muy introvertida y no me gustaría que tuviese una recaída y cometiera cualquier locura, ya me entiendes. Si algo le pasara por no haber podido ayudarla... —bajé la voz y negué con la cabeza, intentando no pensar en aquella posibilidad. Sabía que podía pasar. En la carrera no te preparan para algo así, pero todos sabemos que puede ocurrir. Al fin y al cabo se supone que estás tratando con gente que tiene problemas. Y algunos de ellos son problemas mentales reales.

—No te preocupes —se levantó para marcharse y me tendió la mano—. En cuanto sepa algo, te llamo y te cuento. Me llevo el sobre y lo demás para dárselo a la científica a ver si pueden decirme algo más. Y supongo que no hará falta que te diga que tengas cuidado en los próximos días, ¿verdad? — me miró a los ojos muy serio y el marrón caramelo de sus iris me escrutó sin pudor, dándome la impresión de que me leería el pensamiento si yo lo dejaba, por lo que bajé la mirada—. Si notas cualquier cosa extraña o ves a alguien más que te parezca raro, me llamas. Y también sería bueno que te acompañara alguien si sales de trabajar muy tarde.

—Te aseguro que te llamaré si veo algo raro. Y, de verdad, muchas gracias. Pensé que me ibas a tomar por una loca —sonrió. Su sonrisa era

cálida y amable.

—Ya hablamos—. se fue, dejándome sumida en mis propios pensamientos durante un buen rato, apoyada en la mesa, sin volver a sentarme, intentando averiguar qué narices estaba pasando con todo aquello. Y también pensando en la conversación que tendría ahora con Marina por su salida de tono.

CAPITULO.

Todo fue increíble cuando por fin reunimos el dinero suficiente para poder vivir solos. Encontramos un pequeño estudio de planta baja en una zona residencial. No era el centro, pero tampoco las afueras y eso nos dio ánimos para continuar. Estábamos en una pequeña urbanización, que si bien no estaba cerrada, era de paso exclusivo de los vecinos que, salvo por un par de bloques de estudios como el nuestro, solían residir en chalets unifamiliares adosados, con amplios jardines en la parte trasera.

El barrio era muy tranquilo y limpio, con hermosos parques donde pasear en los días soleados y un gran centro comercial con cines y restaurantes a poca distancia. Bien comunicado con la City, el centro de negocios londinense y con unas vistas impresionantes del Canary Wolf, un enorme edificio de oficinas de importantes firmas empresariales cuya cúpula de cristal con forma de pirámide brillaba en la oscuridad de la noche como un enorme faro en la costa.

También teníamos cerca de casa, a unas pocas paradas de autobús, el barrio de Greenwich, donde paseábamos los fines de semana por el enorme parque del observatorio, pisábamos un trozo de historia visitando el Cutty Sark, el barco que da nombre al famoso whisky escocés, o nos deleitábamos con un té caliente y un buen trozo de tarta de chocolate en un pequeño café de apenas cuatro o cinco mesas, en el que la dueña, con trato amable y servicial, solía poner discos de jazz que te invitaban a quedarte allí durante horas.

La vida durante aquellos meses fue muy tranquila y agradable. Daniel estaba eufórico. Nuestro inglés mejoraba. Ya entendíamos la televisión, podíamos mantener fluidas conversaciones con los compañeros de trabajo e incluso nos atrevíamos a ir al cine de vez en cuando y salíamos de allí con

una amplia sonrisa de satisfacción en la boca al darnos cuenta de que habíamos entendido la película.

Londres tenía esa facultad. Hacerte la vida sencilla. Entre semana solíamos ir a clase y, los días libres, aprovechábamos para acercarnos al pub de al lado de casa a tomar una cerveza o al centro comercial a hacer compras o simplemente pasear. Siempre estábamos riendo. Siempre haciendo bromas. Nuestra recién estrenada vida de pareja iba a las mil maravillas. Nos queríamos con locura y se notaba. Hacíamos el amor con irrefrenable pasión y tan a menudo que a veces nos sorprendíamos a nosotros mismos. Incluso comenzamos a pensar en la posibilidad de quedarnos por tiempo indefinido en Inglaterra. Si aquello era lo que nos deparaba el futuro, no pensábamos desaprovechar la oportunidad. El poder salir casi a diario tras el trabajo y empezar a no pensar tanto en si podríamos llegar a fin de mes, nos sorprendió y al mismo tiempo nos hizo querer más.

Cuando, a los pocos meses, conseguimos nuevos trabajos, nos sentimos realmente bien. Como si nos fuéramos a comer el mundo. Por fin podíamos decirle adiós a las bandejas repletas de comida que nos dejaban los brazos exhaustos. A los uniformes. A las miradas de prepotencia de algunos ingleses que normalmente, o nos ignoraban o nos trataban como los conocidos exóticos del país de las cervezas y la marcha.

Yo comencé a trabajar como administrativa en una pequeña empresa de construcción que solía comprar mármol de España, por lo que el idioma fue una ventaja. El por su parte consiguió un trabajo como ayudante de contabilidad en una empresa que se dedicaba a proveer de ayuda a los inmigrantes que necesitaban tramitar documentos y que no hablaban inglés.

Ambos trabajos estaban a casi una hora de donde vivíamos y entre ellos apenas a nos cien metros, con lo que solíamos viajar la mayor parte del tiempo juntos, quedábamos a la salida del trabajo para volver también juntos a casa y en ocasiones, cuando teníamos un poco más de tiempo, comíamos un sándwich en un parque cercano a ambos.

No nos importaba tardar tanto en llegar. Teníamos que coger un metro y un autobús y nos acostumbramos a aprovechar los trayectos para leer o para escuchar música.

Estábamos entusiasmados con el giro que acababan de dar nuestras vidas. Cada vez se parecía más a la vida ideal por la que llegamos a Londres hacía ya más de tres años. Durante los fines de semana, raro era

cuando no cogíamos un tren o un autobús y visitábamos ciudades y pueblos de los alrededores de la capital.

Nuestras primeras salidas fueron a sitios tan conocidos como Oxford y Cambridge. Como ya nos defendíamos bastante bien en inglés, nos gustaba pensar que no íbamos a esos sitios como turistas, sino como viajeros. Procurábamos visitar los monumentos más emblemáticos, como haría cualquier turista, pero a la vez, nos perdíamos por las callejuelas peatonales, cenábamos en típicos pubs ingleses, en los que la música en directo era habitual y dormíamos en lo que allí se conoce como B&B, pequeños hostales limpios y acogedores, en los que si bien los baños eran comunales, por un precio muy asequible te daban alojamiento y desayuno.

También visitamos lugares tan emblemáticos como Stonehenge, el mítico círculo de piedra de los druidas, emplazado en medio de la campiña inglesa, Canterbury, cuna de los tan conocidos Cuentos, con su hermosa catedral y sus museos, o nos acercamos a la costa, a sitios tan renombrados como Dover, con sus famosos acantilados blancos, o Southampton y la isla de Wight.

No nos sobraba el dinero pero nuestro tren de vida era más bien ahorrador y nos gustaba aprovechar los fines de semana para visitar algo del país. Incluso hubo una ocasión en la que pasamos un bonito fin de semana en Gales.

Lástima que no nos diera tiempo a visitar Escocia o Irlanda, como me hubiera gustado. Nada en aquellos días me hizo pensar en el cambio de vida que sufriría al poco tiempo. Nada en aquellos meses de felicidad me hizo pensar en que mi vida se convertiría en un infierno.

—¡Hola, buenos días! Mi nombre es Celia Armando, estoy buscando a Conchita, ¿podría abrirme, por favor?

La conversación con Miguel y Marina me dio que pensar. ¿Y si le había pasado algo a Cris? Algo malo. Algo preocupante. Sé que él me había asegurado que intentaría encontrarla, pero al no recibir ninguna llamada suya, dos días más tarde salí de la consulta a media mañana y me acerqué a su casa. No podía quedarme quieta. No si realmente alguien intentaba hacerme daño. O a ella.

—No está.

—¿Sabe si vendrá a mediodía? Soy su médico y necesito hablar con ella —una vecina me había contestado al interfono.

—No. Que yo sepa está visitando desde hace un mes a su marido, que lleva una temporada trabajando en Francia. Viene muy de vez en cuando el pobre. Aunque yo creo que se están separando, ¿sabe?

—¿Y Cris?

—¿Cristina? ¿Su niña? A ella tampoco la he visto. Supongo que se habrá ido con su madre.

—De acuerdo, muchas gracias por su ayuda.

Me iba a marchar cuando se me ocurrió una pregunta más. Quizás estúpida, pero quién sabe, igual sonaba la flauta.

—Perdone, señora, una cosa más. ¿Conoce usted al novio de Cris? ¿A un

chico que se llama Daniel? —se hizo un largo silencio— ¿Hola? ¿Está ahí?

—Sí, estoy aquí. Suba.

¿Subir? Aquella reacción me pilló por sorpresa. ¿Subir para qué? La señora en cuestión resultó ser la típica vecina a la que no puedes contarle nada porque al momento siguiente lo sabría toda la escalera. Aunque parezca increíble me recibió en bata, con zapatillas de andar por casa y los rulos en la cabeza. Como recién salida de una telenovela. Pensé que lo que querría decirme sería cualquier cotilleo tonto porque a esas horas no habría nada que valiera la pena en televisión.

—Buenos días —volví a saludarla.

—¿Por qué quiere saber si conozco a Daniel? —me soltó de sopetón.

—Como ya le he comentado, soy su médico, y me gustaría contactar con alguno de los dos.

—Bueno, no sé si debería decirle esto —me reí por dentro —pero creo que ya no está con él. Por lo de Londres.

—¿Por lo de Londres? ¿Qué pasó en Londres? —aquella alusión al relato que durante tanto tiempo estuvo contándome en la consulta Cris me puso en guardia. ¿Realmente pasó algo allí? ¿Algo que la bloqueó de tal manera que no había forma humana de sacarla de su mundo?

—Eso no se lo puedo decir. Lo que sí sé es que Daniel y ella se fueron juntos, pero que cuando volvió al cabo de los años estaba muy rara. Estuvo fuera creo que por lo menos seis. Yo la recordaba bien, porque era una chiquilla muy risueña y llena de vida. Siempre me saludaba y me contaba cómo le iban las cosas. Incluso cuando se fue a vivir sola a su nuevo apartamento, cuando venía a visitar a su madre me decía lo bien que estaba y lo mucho que disfrutaba de su balcón y eso —se paró un momento, recordando—. Pero cuando volvió ya no era la misma. Cristina se encerró en su habitación y a él ya no lo volví a ver más. Conchita está muy preocupada, la verdad —nagó varias veces con la cabeza—. Con lo de su marido primero y ahora lo de su niña, está muy mal. Muy mal.

—Ya. Entiendo.

—¿Sabe? Yo creo que pasó algo malo allí, porque le pregunté varias veces a Conchita y no supo qué contestar. Sólo me repite una y otra vez que su niña no es la misma.

—¿Por casualidad no conocería usted a alguna de sus amigas? ¿Alguien con quien ponerme en contacto a ver si saben decirme dónde localizarla?

—Pues la verdad es que yo no vi a nadie subir a su piso en estos años.

Antes de Londres si que venía una chica muy maja. Se llamaba Andrea. Era muy amable esa chiquita. Ella también me saludaba si nos cruzábamos por la escalera y de vez en cuando hablábamos un rato en el rellano mientras Cristina se arreglaba para salir.

—¿No sabrá su apellido por casualidad, verdad? —tenté a la suerte una vez más, y gané.

—Si, mujer, claro. Tengo aquí incluso su teléfono —se acercó a un mueble con varios cajones que tenía en la entrada del apartamento, justo debajo de un gran espejo con un marco muy exagerado, que no hacía juego con él y sacó un papel, donde me apuntó los datos—. Ya le digo que era una chiquita muy maja. Se ofreció en varias ocasiones incluso a hacerme algunos recados, porque yo no tengo muy bien la cadera, ¿sabe? Y de vez en cuando bajaba a la tienda de abajo y me compraba alguna que otra cosa que yo no podía cargar. Muy maja, si señor. Muy maja.

—Muchísimas gracias por su ayuda —pretendía despedirme.

—Pero, no me ha dicho, ¿le pasa algo malo a Conchita?

—No, no se preocupe.

—Entonces a Cristina, ¿es a ella?

—No, tranquila. Es que tenía que darles los resultados de unas pruebas que se han hecho hace poco y quedé en que se los traería yo —mentí como una bellaca. No se me ocurrió nada en ese momento y sabía que aquella mujer seguiría insistiendo si no le contaba algo. Si luego alguna de las dos me preguntaba, ya se me ocurriría alguna otra excusa—. ¡Hasta luego!

CAPITULO.

Habíamos bebido mucho esa noche. Sus manos recorrían mi cuerpo con ansia. Su boca y la mía no conseguían separarse. Su lengua jugaba con la mía mientras sus pulgares apretaban mis pezones, endureciéndolos. Demasiado

alcohol. Ninguno de los dos estaba en condiciones de conducir y la idea de una habitación de hotel nos pareció muy atractiva y morbosa, como dos desconocidos que pasan la noche juntos. Casi no pude ni abrir la puerta. Abrirla y empujarme contra la pared fue prácticamente lo mismo. Me separó las piernas y se pegó a mí. Notaba su cuerpo en mi espalda, en mi cintura. Su erección pegada a mi, apremiante. Yo actuaba en un estado de semiinconsciencia, entre agradable y prohibido, que me excitaba por momentos. Deslizó su mano por debajo de la falda y sus dedos recorrieron los oscuros y húmedos rincones de mi cuerpo hasta llegar a mi clítorix y hacerme jadear.

Antes de ir a cenar había aparecido por mi apartamento con varias bolsas y me había propuesto un juego. En cada una de ellas llevaba ropa. Yo creí que sería ropa erótica para llevar debajo del vestido negro que había pensado ponerme aquella noche. Pero cuando fue sacando las prendas una a una, me di cuenta de que aquello no era nada para llevar pagado a la piel. Una minifalda a cuadros grandes, una camisa corta, blanca, ceñida, con varios lacitos en las mangas y finalmente, unos zapatos negros de tacón de aguja, que contrastaban con el resto.

Javier insistió en que tenía aquella fantasía desde hacía meses y que deseaba hacerla realidad aquella noche. Que le apetecía que me vistiera como una colegiala y que quería penetrarme con la minifalda subida hasta mis caderas. Yo pensé que era algo excéntrico, pero no me negué. ¿Porqué no? Además, íbamos a cenar a las afueras, por lo que no creía que encontraríamos a nadie conocido. Me pareció divertido. Me probé el atuendo y me di cuenta de que me quedaba bien. No. Realmente me quedaba espectacular. Sexy y atrevido. Juvenil y sensual a la vez.

¿Fumamos? No lo recuerdo. Quizás. ¿Qué? No podría asegurarlo. Me agarró del pelo con suavidad, pero con firmeza, mientras me besaba el cuello y me llevaba hacia la habitación. Era extraña la sensación. Era como ir flotando por encima del parquet. Como si hubiera tomado algo que me hacía flotar. ¿Sería eso? ¿Habríamos tomado algo? Escuché un ruido cerca de nosotros, aunque no sabría decir que fue. Como si la puerta se volviera a abrir. No le di importancia. Estábamos demasiado excitados para pensar en ello.

Esperaba que me llevara hacia la cama y me tumbara, pero no fue así. En lugar de eso, me apoyó contra la mesa del escritorio, me levantó la falda tal como me había asegurado que haría, de un tirón se deshizo del tanga y me penetró. Estaba tan mareada. Me daba vueltas la cabeza. No conseguía

mantener los ojos abiertos. A partir de ahí, sólo recuerdo intentar abrirlos en varias ocasiones para al menos despejarme un poco, pero no pude. Sé que me pareció oír algo de nuevo. Como rumor de gente a mi alrededor. Aunque no podía ser. ¿O sí? No lo sé.

Sus movimientos se hicieron cada vez más fuertes, más apremiantes. Tanto, que dolió. Intenté hablar. No pude. No sé de dónde salió, no tengo un recuerdo claro de ello, pero su mano derecha me tapaba la boca. Tampoco noté que mis manos estaban atadas a la espalda hasta que intenté quitarme de encima su mano para poder respirar mejor y no pude moverme. Dolía. Sus embestidas eran frenéticas, o quizá fuera mi imaginación. O quizá el alcohol. Durante un momento recobré la conciencia de lo que estaba pasando, o quizá la perdí, porque un pañuelo rodeaba mi cuello y tiraba de mí hacia atrás con tanta fuerza que no me dejaba respirar.

Durante unos instantes, todo paró. El dejó de moverse. Y al poco tiempo volví a sentir que me penetraba otra vez, mientras sus manos recorrían mi cuerpo. Recuerdo que pensé que parecía tener demasiadas manos encima de mí. La garganta dolía. Intenté hablar y pedirle que parara, sin éxito. Intenté moverme, pero estaba paralizada. Intenté abrir los ojos de nuevo, pero no hubo manera. Me pareció intuir varias sombras a mi alrededor. Continuaba oyendo rumor de gente. Y eso no tenía sentido. Gemidos y palabras se mezclaban en mi cabeza. Perdí la noción del tiempo. En mi semiinconsciencia sólo recuerdo que volví a ser penetrada una y otra vez.

Desperté en mi cama a media mañana. ¿Cómo había llegado del hotel hasta allí? El ya no estaba. Tenía resaca. Mucha. Pensé que había tenido un sueño erótico demasiado realista. Estaba muy dolorida. Sentía un dolor agudo, pero sin determinar en la zona pélvica. ¿Estaría ovulando? No podía ser. Todavía era muy pronto. Me levanté como pude y me acerqué a la cocina a por una pastilla para el dolor también hiriente de mi cabeza. Puse una cafetera. Necesitaba despejarme, y pronto. Tenía que intentar localizar a la amiga de Cris. Mientras el café se preparaba pensé en ducharme.

Dejé salir el agua para que se calentara y me miré al espejo. Lo que vi me dejó atónita. No había sido un mal sueño. A ambos lados de la garganta tenía la prueba. El pañuelo que había usado había apretado tanto la gargantilla que llevaba el día anterior, que un hilo de sangre cuajada, rodeado como de un halo rojizo, se veía claramente marcado, y alguna que otra zona estaba amoratada, como si hubiera apretado con sus manos.

No podía ser. Aquello no podía ser cierto. Pero no me acordaba. No

recordaba cómo lo había hecho. Me dolía tanto la cabeza. Me metí en la ducha y, como había visto en multitud de películas, no sé porqué, me quedé allí, con la mente en blanco, con el agua caliente resbalando por todo mi cuerpo, apoyadas las manos en la pared, sin moverme. Pero aquello no era ninguna película. Aquello había sido real. Y me había pasado a mí.

No sabía que pensar. ¿Le habría dado yo pie? ¿Me habría negado? ¿O no? ¿Sencillamente le había dejado hacer? No lo recordaba y eso me aterró. Recordaba sólo fragmentos inconexos. Con el paso del tiempo iría poniéndolo todo en orden en mi cabeza, pero aquella mañana mis pensamientos iban por libre.

Desgraciadamente en la facultad no te preparan para una cosa así. Mi mente, en otros momentos serena y analítica, se negaba ahora a pensar en lo sucedido. ¿Qué debía hacer? ¿Cómo podría mirarlo ahora a la cara sabiendo lo que había hecho? ¿Le habría dejado hacer? Esa pregunta martilleaba mis sienes con furia.

Cogí cita con mi ginecóloga. Aunque sería más acertado decir que casi le rogué que me atendiera esa misma mañana. El dolor pélvico no había remitido con la pastilla. Quizás tuviera algún tipo de infección. Llegué a la consulta pronto. La sala de espera era acogedora, decorada en tonos pastel, varios sillones y una mesita de cristal en el centro en la que varias revistas, muy pasadas de fecha, se acumulaban en una de las esquinas. Lo que menos me apetecía en esos momentos era estar allí.

Había bajado andando. No. Esa no era la palabra. Había llegado allí como un zombi. Sin mirar a ningún lado. La cabeza agachada, notando a la gente pasar a mi lado como sombras chinescas reflejadas en el pavimento. Con la mente hirviendo dentro de mi cabeza, con borbotones de pensamientos saltando por todos lados. Y otra vez la pregunta. ¿Le habría dejado? No conseguía recordar. No sé que había bebido, o fumado, o quizás tomado. Pero aquello no me había pasado nunca. No recordar lo que había hecho el día anterior era una experiencia nueva para mí.

—Celia —me llamó—. Pasa.

Me senté enfrente de ella y me buscó en el ordenador. Parloteaba sobre el tiempo que hacía que no iba a verla y también sobre el tiempo tan bueno que hacía ya. Yo asentía como un mono de feria. Sin saber muy bien a qué.

—Bueno. Dime qué te pasa —le expliqué el dolor que sentía en toda la zona pélvica y me hizo varias preguntas de cómo era el dolor, si era continuo y desde cuando lo tenía. No quería decirle lo de la noche anterior. Lo que

recordaba y lo que no—. Quítate la ropa y, ya sabes —bromeó —al potro de torturas.

No recuerdo cuándo empezó a cambiar. No puedo precisar si fue por un hecho en concreto o por pequeños detalles a los que no daba importancia. Sabía que en su trabajo estaba rodeado de mujeres. Sabía que varias de ellas eran atractivas e inteligentes. Sabía que él también lo era.

Quizás todo comenzara en la fiesta de la empresa a la que me llevó al poco tiempo de estar en el trabajo. O quizás no. Después de este tiempo transcurrido, no puedo recordar qué fue. Se había aficionado a la cerveza. No era que estuviera todo el día borracho. No. Era ese punto de euforia y desinhibición que te da un poco de alcohol de más en sangre. Ese punto de locura que al principio crees que es genial, que no haces daño a nadie y que pasado el tiempo te descontrola.

Siempre fue un chico dulce y cariñoso. Siempre, hasta entonces. Hasta el día en que, en aquella fiesta, con más cerveza de la necesaria, lo vi besando a otra.

—¿Puedo saber qué haces? —pregunté sin poderme creer lo que veía.

—Nada malo —contestó él sin inmutarse.

—¿Nada malo? —aquella respuesta desde luego no me la esperaba.

—No —volvió a insistir —el hombre es un animal polígamo por naturaleza y debe proclamar su masculinidad.

—Pero, ¿qué narices estás diciendo? —aquello ya era el colmo. El estaba visiblemente borracho, pero de ahí a justificar de esa forma el haber besado a otra mujer y encima no darme una explicación, era demasiado para mí.

Me di media vuelta, cogí mi bolso y mi abrigo y me marché, dejándolo allí sentado, sin ser capaz ni siquiera de preguntarme porqué me marchaba.

Llegó muy tarde aquella noche. Con la ropa llena de olor a alcohol y un ligero aroma a perfume. No llegó a la cama. Lo oí desplomarse en el sofá y allí lo encontré al día siguiente. Se despertó mientras yo tomaba una taza bien caliente de café con leche y esperé una explicación.

—¿No me dices nada? —le espeté al ver que no hablaba.

—¿Nada de qué?

—¿De qué? —aquello era el colmo —. Ah, ¡pues no se!, ¿de estar besando anoche a otra, por ejemplo?

—¿Qué? —preguntó él a su vez—. Muy graciosa, si señor. ¿No tendrías que explicarme tú porqué desapareciste y me dejaste allí tirado?

—¡No me lo puedo creer! ¿Qué yo te dejé tirado? ¡Estabas besando a una tía! ¿Qué pretendías que hiciera? ¿Quedarme a ver el espectáculo? — me miró como si realmente no supiese de qué estaba hablando.

—No tengo ni la más remota idea de qué narices me estás hablando Cris —se levantó del sofá—. no me hace gracia. Me voy a la ducha.

—¿Qué te vas a la ducha y ya está? —lo agarré del brazo para evitar que se marchara y se soltó de mí de un empujón, mirándome a la cara con una expresión que jamás le había visto, que me dejó aterrada. Estuve a punto de caer al suelo, pero una silla paró mi caída.

—¡Te he dicho que me voy a la ducha! —me chilló. Aquella fue la primera gran discusión. La primera vez que me levantaba la voz. La primera vez que negaba la evidencia.

Cuando salió de la ducha se disculpó y me aseguró que iría tan borracho que no recordaba mucho de lo sucedido. Me aseguró también que nunca más volvería a pasar. Yo estaba tan aterrada que no volví a abrir la boca. ¡Ojalá hubiera mantenido su promesa!

Lo que me dijo la ginecóloga, tengo que reconocerlo, no me pilló por sorpresa. Tenía síntomas de violación. Al ver los diversos moratones que tenía por las piernas y los brazos se asustó y pensó que había sido más de una persona. Algunos de ellos eran manos marcadas tan nítidamente que parecían pintadas en mi piel. Me dijo que sería conveniente que diera parte a la policía y que le contara cómo había sucedido. Pero no podía. Seguía sin saber qué había pasado en realidad y si había sido consentido o no. Llamé a Marina. Era la única persona a la que podía contarle lo que había pasado. Sólo a ella. Ni siquiera a mi familia.

—¿Marina? Soy Celia.

— Hola —contestó risueña—. ¿A que adivino porqué me llamas? Vas a llegar tarde —se rió —pues es un poco tarde para avisarme guapetona. Ya te he anulado la cita de las once viendo que no llegabas.

— Gracias —mi voz no sonó tan agradable —pero necesito que canceles todas las del día, y las de mañana también.

— ¿Qué te pasa? ¿Estás enferma? ¿No será otra dichosa carta?

— No, Marina —casi no podía reprimir las lágrimas—. Es algo peor.

— Mujer, dímelo ya.

— No sé cómo se dice algo así —comencé a sollozar—. Me han violado.

— ¿Quéee? ¿Violado? ¿Quién? ¿Javier? ¿Ese malnacido?

— No. Sí. Bueno, no lo sé —no conseguía terminar una frase con sentido. Sentía que mi mundo se desmoronaba y no sabía cómo comenzar a recomponerlo. Demasiadas cosas en demasiado poco tiempo— ¿puedes venir a casa? Necesito a una amiga.

— Claro —se apresuró a decir—. Cancelo las citas y me voy volando para allá. En pillar a ese hijo de puta...— se la notaba realmente cabreada—. Enseguida voy Celia. Tú tranquila y prepárate una tila.

— Bien.

Colgué el teléfono y me quedé embobada mirando la mesa todavía vacía tras los destrozos del robo de hacía ya tanto tiempo. No había tenido ni tiempo ni ganas de ir de compras e intentar devolver al apartamento algo de su encanto. Había adquirido lo justo para ir tirando.

¿Y ahora qué? Los sentimientos que afloraban dentro de mí se debatían entre indiferencia, porque no recordaba realmente mucho de lo ocurrido, asco, porque si realmente había pasado, había estado saliendo con un violador, y culpa, porque no sabía si le había dejado hacer. La cabeza volvía a martillearme con furia y me acerqué a la cocina a tomarme otra pastilla, esta vez más fuerte que la anterior. ¿Más de una persona? Me repetía una y otra vez a mi misma. Por Dios, Celia, ¿qué te han hecho? —me preguntaba una y otra vez mientras la cabeza amenazaba con estallar.

Cuando me senté con una tila en las manos, intenté distanciarme de lo sucedido, aplicar los consejos que yo misma daba a mis pacientes e intentar aclarar qué debía hacer ahora. Todo me llevaba a lo mismo. La policía.

El teléfono sonó de repente y di un respingo en el sofá. Estuve a punto de derramar lo que me quedaba en la taza. Lo cogí y no podía creer lo que veía. Era él. Era Javier. Tenía la desfachatez de llamarme. Escuché los tonos insistentes. Parecieron eternos, aunque sólo fueron tres. Saltó el contestador. Interiormente crucé los dedos para que no me dejara ningún mensaje. No creía poder soportar oír su voz ni escuchar lo que tenía que decir.

Casi por un impulso marqué el número y esperé contestación.

—¿Miguel?

—¿Si?

—Soy Celia. Celia Armando.

— Hola Celia. ¿Qué tal? —contestó el agente Rivera en cuanto me presenté—. Si llamas por cómo van las cosas...

— No —le corté—. No llamo por eso —me quedé callada sin saber muy bien porqué lo había llamado. Supongo que en mi fuero interno sabía que era lo que debía hacer.

— Bueno, soy todo oídos— comentó él al ver que yo no me decidía.

— Es que —dudé —no sé muy bien cómo decir esto y tampoco sé si tú eres la persona adecuada para decírselo, pero no conozco a ningún otro policía y no me apetece ir a la comisaría.

— No, tranquila —me animó —cuéntame.

— Según mi médico me han violado —lo solté de sopetón, y entonces fue él el que no respondió—. ¿Estás ahí?

— Si, perdona. Es que no me esperaba eso.

— No —me puse nerviosa, como una niña que ha sido pillada haciendo algo que no debía—. ¡Olvídalo! No debí llamarte a ti. No sé en qué estaba pensando. ¡Adiós!

— Celia —intentó hablar conmigo—. Espera, no me...— pero ya no lo dejé.

Colgué el teléfono y comencé a llorar sin control. Al rato, cuando me serené, sonó la puerta. Era Marina. Le abrí y se me abalanzó, abrazándome con fuerza. Y aquello no hizo más que volver a hacerme llorar.

— Ya estoy aquí —repetía mientras me acariciaba el pelo—. Ya estoy aquí. Todo va a ir bien.

— Marina —sollocé— ¿porqué a mi? ¿porqué?

— Tranquilízate Celia —nos acercamos al sofá y nos sentamos. Con cariño me pasó un brazo por los hombros y me tapó con una manta de viaje que tenía siempre cerca.

Así pasamos algún tiempo. Sin decir nada. Yo llorando y ella intentando tranquilizarme, hasta que me encontré con las suficientes fuerzas para contarle lo sucedido.

— ¡Arréglate! —me espetó de repente.

— ¿Porqué?

— Porque nos vamos a la policía —dijo resuelta, levantándose del sofá en dirección a la puerta.

— No puedo —me negué—. De verdad que no puedo. He llamado a Miguel, el policía que lleva el caso de la foto, y al intentar contárselo, se ha quedado tan parado que me ha dado vergüenza y le he colgado.

—Mal hecho. Tienes que ir, poner una denuncia e ir al Hospital a que den fe de lo ocurrido.

Sonó el timbre y dimos las dos un respingo. Nos miramos a los ojos, interrogantes. ¿Quién sería? Volvió a sonar.

—Celia —una voz de hombre me llamó— ¿estás ahí?

—Como sea ese...— Marina se acercó a la puerta con paso decidido.

—¡No! —grité—. No abras— pero no me hizo caso. Afortunadamente no era él.

—Hola Marina —saludó Miguel—. ¿Está Celia? He pasado por la consulta pero no había nadie.

—Pasa —lo invitó a entrar sin contar conmigo.

—Hola Celia —se me quedó mirando preocupado. Debía de tener unas ojeras impresionantes y me disgustó que me viera de semejante guisa.

—Hola. ¿Qué haces aquí?

—¿Tú qué crees? —se sentó en una silla enfrente de nosotras—. A que me expliques lo sucedido. No puedes soltarme semejante cosa por teléfono y luego dejarme con la palabra en la boca y no esperar que trate de averiguar qué ha pasado.

—No hay nada que explicar —protesté enfadada, aunque no sabía muy bien porqué. Quizás porque no había hecho nada por entender qué me había pasado. Aunque pensado fríamente, tampoco le había dado la oportunidad.

—Explícaselo mientras preparo café —dijo Marina—. Para ti, tita —me ordenó.

Antes de que me pasara a mí, podía imaginarme la cantidad de mujeres que habían pasado por aquello. La humillación de tener que contar de nuevo ante quién sabe cuántos oídos extraños, cómo alguien había profanado su cuerpo, cómo con ese acto habían degradado su Yo, hasta convertirlo en basura. Podía imaginar la sensación de impotencia que sentiría la mujer al no poder defenderse ante la agresión, al no poder gritar pidiendo ayuda, al intentar apartar de encima de sí aquel peso muerto que sacude sus entrañas. Indefensa. Dolorida. Aterrada.

Pero la realidad supera la ficción. Siempre. Sin excepciones. Aquel día lo comprobé. El día en que tuve que dar parte de lo sucedido, avergonzada por cómo había sucedido; humillada por las preguntas hechas con desidia por el

policía de guardia; asqueada por cómo mi cuerpo era inspeccionado en el hospital por un par de enfermeras que discutían sobre la mala calidad del comedor del colegio de sus hijos, mientras entraban y salían de aquel minúsculo cubículo separado del de al lado por una cortina verde que no terminaba nunca de cerrarse correctamente.

Como sacada de una película de serie b, o de una película policíaca estadounidense, tomaban fotos de los moratones, muestras del contenido de debajo de mis uñas y del interior de mi cuerpo.

—Ya me he duchado —intentaba aclarar yo, no queriendo que aquello se alargara indefinidamente.

—Da igual —contestaba con sonrisa fingida una de ellas—. Es el protocolo—. continuaba con su cantinela hablando con la compañera— ¿tú te crees que en toda la semana sólo han comido pescado un día?

—No le arañé —volvía a insistir yo, sin éxito—. ¿Queda mucho todavía?

—No, estamos terminando.

Resulta casi cómico el sentido del tiempo que tiene la gente. El supuesto “terminando” duró otra hora y media. Salí de allí mentalmente exhausta, físicamente... bueno, físicamente sin palabras.

El médico de urgencias confirmó que había sido violada y por los moratones también confirmaron que parecía que había sido una violación en grupo. ¡En grupo! ¡Por el amor de Dios! ¿Cómo podía haber dejado Javier que alguien más me hiciera algo así? ¿No había tenido suficiente con haberlo hecho él que se había llevado compañía? Aquello era demasiado.

Pasé los días siguientes en casa, vagando del comedor a la cocina y de la cocina al dormitorio como un espectro en una casa encantada. Cuando me di cuenta, parecía una sombra casi sin forma, desdibujada por las propias sombras de los objetos que tenía alrededor. Llegué a pasear de un lado a otro del minúsculo comedor como una fiera enjaulada en un circo romano, esperando a que abrieran las puertas del foso para enfrentarse a algún gladiador sin identidad, luchando por su supervivencia. Pero mi contrincante sí tenía nombre. Sí contaba con identidad, con DNI y dirección. Y en aquellos momentos yo estaba enjaulada esperando a que tocara a la puerta para luchar contra él.

Pero pasó una semana y no apareció. No dejó mensajes en el teléfono y tras varios intentos de contactar conmigo, desistió. ¡Dios sabe cómo lo agradecí! ¡Cómo di gracias por no tener que enfrentarme a él! ¡Qué estúpida

que fui por pensar que todo acabaría allí!

CAPITULO.

Pasó un tiempo y todo pareció volver a la normalidad. La discusión se diluyó en el lento transcurrir de los días, enfrascada como estaba en mi trabajo. No volví a tocar el tema y él actuó como si nunca hubiera sucedido. Todo retomó su cauce y el incidente quedó un una mera onda en el río del fluir cotidiano, provocada por un diminuto guijarro lanzado al azar.

Hacia ya casi cuatro años que habíamos llegado e, inesperadamente mi supervisor en la constructora nos anunció que dejaba su trabajo. Que quería prejubilarse porque tenía la tensión muy alta y el médico le había

dicho que necesitaba tomarse la vida con más tranquilidad.

La sorpresa fue aún mayor cuando el jefe de administración me llamó a su despacho a los pocos días y, contra todo pronóstico, pues yo era como quien dice la recién llegada, me ofreció el puesto. Por supuesto le dije que me diera un par de días para pensarlo y consultarlo con mi pareja ya que suponía una mayor responsabilidad y trabajar más horas.

Salí de la empresa aquella tarde eufórica. Aquello significaba un sueldo mayor, poder alquilar un mejor piso y permitirnos algún que otro capricho. Pensé que la noticia sería bienvenida, que las cosas no podían ir mejor. Que saldríamos a celebrarlo aquella misma noche.

Pero su reacción me dejó atónita.

— ¿Cómo se les ocurre ofrecerte a ti el puesto? —me espetó cínico.

— ¿Por qué dices eso?

— Con la cantidad de gente preparada que hay y te lo ofrecen a ti.

— ¿Y? —su comentario me produjo una mezcla entre rabia e incredulidad. No tenía ni idea a qué venía aquello. Casi me faltaba la respiración en aquellos momentos.

— Pues ya me dirás —empezó a hacer zapping en la tele sin ni siquiera mirarme —no es que seas la más lista del pueblo, vamos.

— Ya, ni tú tampoco —me defendí casi instintivamente por no comenzar a llorar—. Al menos a mi me han ofrecido algo mejor y creo yo que será por algo.

Lo que sucedió a continuación se me quedará en la memoria para siempre, como grabado a fuego con un hierro candente. Tiró el mando con fuerza hacia donde yo estaba, se levantó de un salto del sofá y me propinó tal bofetada que me tiró directamente al suelo.

Un hilo de sangre comenzó a brotar caliente de mi nariz, mientras la cabeza me daba vueltas y no conseguía ubicarme. Salió por la puerta, dejándome tirada en medio del salón y no volvió a dormir.

Miguel me llamaba a diario y con sutileza me preguntaba cómo me encontraba y si recordaba algo más de lo sucedido. Daba por supuesto que me había drogado para violarme aunque no conseguía adivinar porqué ya que era mi pareja y el sexo siempre había sido consentido. Y tampoco se tenían pruebas de que hubiera alguien más en la habitación del hotel. Hotel que ni siquiera yo recordaba. No sabía dónde estaba ni cómo se llamaba.

Habíamos llegado andando, por lo que debería recordarlo. Sé que debía hacerlo, pero no había manera. Todo lo sucedido desde la cena estaba confuso

en mi cabeza. Como cubierto de una neblina que tan sólo me dejaba entrever de vez en cuando algún trozo de lo que hay detrás. Como cuando vas en la autovía y hay parches de niebla espesa que de repente desaparecen y aparecen de nuevo en cuestión de unos metros. Debía haber alguna otra razón para que Javier hubiera hecho algo así. No era normal. Debía haber algo más siniestro, más retorcido en todo aquello.

Aquella mañana Miguel vino a visitarme. Entró en el salón y le pregunté si le apetecía un café. El me miró con expresión seria.

—Celia, necesito que te sientes un momento —su voz sonaba tan seria, tan autoritaria, que pensé por un instante en salir corriendo hacia la habitación y encerrarme en ella. Era algo malo lo que quería decirme y estaba segura de que no me iba a gustar oírlo. Me senté junto a él en el sofá, despacio, alargando intencionadamente el momento en que volviera a hablar—. Hemos encontrado a Cristina.

—¡Por fin! —por un momento sentí alivio. Aquellas eran buenas noticias, al menos una parte de todo lo que estaba sucediendo parecía haberse solucionado.

Pero él no sonrió. Tampoco hizo falta. Bajó un poco los ojos, no sé muy bien porqué, quizás pensara que lo último que yo necesitaba en aquellos momentos era más estrés en mi vida.

—¿Se fue de Madrid? —pregunté yo inocente.

— La hemos encontrado en su coche, a las afueras de Navacerada, en un paraje alejado de cualquier sitio. Si no llega a encontrar el coche una pareja que paseaba por la zona, no la habríamos encontrado hasta la primavera, porque ya había caído la primera nevada —lo dijo de una, sin parones, como si la obligación de informarme fuera demasiado incómoda— ¡lo siento!

Sus palabras fueron entrando una a una por mis oídos, vibrando en ellos y colándose suavemente en mi cerebro, pero no pude procesarlas conforme me llegaban. El tiempo se congeló, Miguel me miraba directamente a los ojos y yo me sentía como en trance, como si me hubiera hipnotizado con la mirada y sólo cuando parpadeó me di cuenta de lo que me acababa de decir.

—¿Tuvo un accidente? ¿Cómo?

—Celia —me cogió por las manos. Sentí el contacto con su piel, cálido, suave pero a la vez firme, encantadoramente agradable —alguien la ha asesinado.

Me deshice de sus manos en una milésima de segundo y un resorte interno me levantó del sofá de golpe. No podía ser. Sencillamente no podía

ser. Mi vida se estaba convirtiendo por momentos en una pesadilla. Sentía cómo comenzaba a caer en un pozo sin fondo y con cada día que pasaba la inercia me hacía caer más deprisa.

—¡No! —chillé— ¡No! ¡No!

El se levantó e intentó acercarse a mí. Lo empujé con todas mis fuerzas y lo volví a sentar del impulso.

—¡Tranquilízate, Celia! —comenzó a repetir y volvió a levantarse para intentar agarrarme por los brazos y no volver a golpearle.

—¡No! —continuaba yo. Aquello era demasiado. Demasiado.

Me agarró de las muñecas justo cuando pensaba propinarle un par de golpes más, me zarandeó y me gritó.

—¡¡Basta!!

Me quedé paralizada por un segundo y aquel grito funcionó como una orden directa a mi organismo. Literalmente mi cabeza dejó de funcionar, mis músculos se relajaron y todo se hizo oscuro.

Desperté ya de noche. Hacía tiempo que no dormía tanto. Estaba en mi cama. Alargué la mano y encendí la luz. Miguel me había tapado y afortunadamente, me había dejado la ropa que me puse por la mañana. Oí ruido fuera, pero no me dio tiempo a preguntar quién era. La puerta se abrió despacio y me miró con cara de alivio. Una bonita sonrisa se dibujó en su boca, dejando entrever unos dientes casi perfectos.

—Me preocupaste esta mañana.

—Lo siento.

—No tienes porqué disculparte —se acercó al borde de la cama — cualquiera en tu lugar seguro que hubiera reaccionado mucho peor. ¿Tienes hambre?

—Sí —la pregunta me pilló por sorpresa, pero mi respuesta aun más. Inconscientemente me había dado cuenta de que no había comido nada desde el día anterior y mi cerebro materializó su necesidad de alimento con un sí.

—Me he tomado la libertad de abrir tu nevera y esquilmar su contenido para preparar algo de cena —volvió a sonreír. Una sonrisa sincera y atrayente. Me tendió la mano y me preguntó— ¿me acompañas? —dócilmente me dejé llevar. Algo agradable, por fin.

Una ensalada y un plato de pasta nos esperaban encima de la mesa, a la

que, a falta de mantel, había puesto varias servilletas de cuadros que no recordaba tener, cubriendo la superficie, lo que le daba cierto toque campestre. Nos sentamos uno enfrente del otro.

—No he encontrado bebida y no he querido bajar y dejarte sola, así que me temo que tendremos que conformarnos con agua —me miró y sonrió. Tenía una sonrisa tan agradable, tan franca, que te hacía pensar que a su lado todo iría bien.

—No te preocupes —me excusé —no me dejaron mucho en pie durante el robo y con todo lo que ha pasado en los últimos meses, lo raro es que hayas podido cocinar algo. No me he sentido con fuerzas para reponer los destrozos y la mayoría de los días como en la consulta y ceno fuera.

—No tienes porqué excusarte, Celia —bastante tienes ya como para preocuparte por recomponer tu apartamento —me miró fijamente durante un momento, que se quedó como suspendido en el tiempo. Sus penetrantes ojos marrones parecían querer leerme el pensamiento y transmitirme ánimo al mismo tiempo. Al darse cuenta de la intensidad de su mirada, me dijo guiñándome un ojo y cambiar así de tema:— de todas formas tenías muchas latas en los estantes y algo se ha podido hacer... —volvió a sonreír. Le devolví la sonrisa y comencé a comer.

—Está muy bueno.

—¡Gracias! Me alegro de no haber perdido facultades.

Cenamos despacio, hablando un poco de mí y un poco de él. Había estudiado Historia y viendo que no conseguiría trabajo como historiador decidió preparar las oposiciones para policía. Le pregunté sobre aquel cambio tan radical y me contestó algo que me resultó un poco infantil y que al mismo tiempo me recordó a lo que yo siempre le decía a mi madre: quería ayudar a la gente.

—¿Cómo lo han hecho? —pregunté de repente.

—¿El qué?

—Asesinarla —me costó decirlo. La palabra se deslizó entre mis labios como una exhalación. Suave, casi silenciosa.

—¿Por qué quieres saberlo, Celia?

—¿Cómo? —insistí.

—La degollaron —esperó a mi reacción y viendo que no decía nada, continuó—. Todo parecía muy extraño. Como si hubieran hecho algún tipo de ritual antes de degollarla. De todas formas tienen que hacerle la autopsia y demás.

—¿Por qué dices lo del ritual? —aquello, dentro de lo horrible que sonaba, me intrigó.

—Estaba desnuda, metida en el maletero, atada de manos...— vaciló. No debería contarte más detalles. Podría caerme una buena. Como despedirme, por ejemplo —sonrió.

—¿Tienes 50 €? —le pregunté, recordando una película que había visto hacía tiempo. El enarcó las cejas, interrogante y sacó su cartera.

—Toma —me tendió el billete—. ¿Para qué lo quieres? —me levanté y saqué un talonario de recibos de mi maletín y comencé a escribir.

—¿Tu nombre completo? —pareció molestarse, pero aun así contestó.

—Velazques Martín.

—Vale —le tendí un recibo—. Ahora eres oficialmente mi paciente y estoy obligada contigo por el Código Hipocrático. Lo que me cuentes nunca saldrá de aquí —lo dije muy seria. Me tomaba mi trabajo muy en serio. El soltó una sonora carcajada que se me contagió y por unos segundos me sentí muy bien.

—Ok —continuó —pues, doctora —volvió a sonreír —como le decía, estaba atada de manos, casi desnuda dentro del maletero, pero lo extraño es que...

—¿Qué? —le apremié.

—Lo único que llevaba puesto encima eran unos zapatos de tacón, stiletos creo que los llamáis las mujeres, y un collar de púas al cuello, con una anilla como si la hubieran tratado como a un animal... El forense no nos ha dicho mucho por ahora, pero parece ser que la violaron antes de matarla.

—¿Qué desgraciado puede haberle hecho eso? —espeté de malos modos al tiempo que el vello del cuerpo se me erizó al recordar todo lo que había pasado yo por algo similar a lo que le habían hecho a ella. Y por un momento egoísta di gracias de seguir viva. Cris había corrido peor suerte.

—Todavía están trabajando en ello. Tomando huellas del coche y de su reducida indumentaria —lo miré con rabia, me había sonado a chiste y francamente, no tenía gracia—. Perdona, no quería que sonara así —pareció leerme el pensamiento.

Terminamos de cenar y comenzamos a recoger la mesa. La pregunta llevaba rondándome en la cabeza toda la cena y tomando aire en un largo suspiro, la conseguí pronunciar.

—¿Habéis detenido ya a Javier? —él se paró en seco al oírme e instintivamente supe la respuesta.

—No.

—¿Por qué? —pregunté lo más tranquilamente que mi cuerpo, comenzando a sentir un ligero temblor, me permitió.

—Lleva su tiempo —mintió. Sabía que estaba mintiendo.

—¡Mentira! — solté, mirándole con rabia en los ojos—. Quiero la verdad, Miguel —le presioné sabiendo que no tenía ningún derecho y de que él se podía negar a contarme nada.

—¿La verdad? —me miró entre sorprendido por mi salida de tono y divertido por esa misma causa— ¿Por qué crees que miento?

—¡Vamos! —dije cínica —soy psicóloga, estudio el comportamiento de mis pacientes. Y tu cuerpo me dice que mientes.

—Voy a tener que hablar contigo sólo por teléfono, así no me psicoanalizarás —comenzó a divagar, pero yo seguía esperando—. ¡Está bien! —exclamó por fin, levantando las manos en señal de rendición —no lo encontramos.

—¿Cómo que no lo encontráis?

—En la dirección que nos diste hace tiempo que no lo ven y nadie supo decirnos donde poder localizarlo —aquello era el colmo —ni si lo había visitado alguien últimamente. Uno de los vecinos ni siquiera sabía que había alguien viviendo en el apartamento.

—¿Y su teléfono? —insistí.

—Desconectado o fuera de cobertura —levantó los hombros como excusándose.

—¡Eso no puede ser, hombre! —repliqué— ¿cómo puede alguien no saber si tiene un vecino en la escalera?

—Ya...

—¿Qué más? —su expresión me decía que aquel no era el final de la historia.

—Según los apellidos que me diste —tomó aire y lo soltó:— tu novio no existe.

—¡Ese bastardo ya no es mi novio! —le chillé, estrellando contra el suelo un vaso que tenía en la mano— ¡No lo es!

—¡Lo siento, Celia! —se disculpó— ¡lo siento! No quería...

—¡No! —mi cuerpo acentuó su temblor, todo lo sucedido volvió a pasar por mi cabeza y, no queriendo que me viera llorar lo eché. Tal cual— ¡vete!

—Pero...

—¡Que te vayas! ¡Que quiero estar sola! ¡Vete! —lo dejé allí intentando

decirme algo y me fui a la habitación, dando un portazo con rabia, queriendo alejar así de mi cabeza la imagen de una violación que ni siquiera recordaba.

CAPITULO.

Desde aquel día le tuve miedo. Entraba y salía de casa sin decirme nada. A veces no venía a dormir por la noche y si me atrevía a preguntarle por qué, su mirada parecía decirme: ¡cállate, puta! A los tres o cuatro meses la situación se me hizo insoportable. Me dejaba en casa, sola, a veces durante días. No me atreví a volver al trabajo porque cada vez que intentaba arreglarme para salir de casa, me miraba con rabia y me decía que llamara para decir que estaba enferma. Mis salidas eran tan sólo para hacer la compra. Incluso comenzó a quejarse de la comida que cocinaba y cuando intentaba decirle que esa misma comida antes le encantaba, me cogía con fuerza de los brazos y me zarandeaba diciéndome:

—¿Tú te crees que soy idiota? ¿Qué no sé lo que me gusta y lo que no?! No sirves ya ni para cocinar!

Y salía por la puerta, dejándome allí plantada en el comedor, preguntándome qué le había pasado a la persona con la que comencé a salir hacía ya tanto tiempo. La persona que me adoraba, que habría hecho cualquier cosa para que yo estuviera bien.

La noche que se quedaba en casa era aún peor. Cuando me hacía el amor, no era pasión lo que sentía, ni amor, sino puro sexo. Como si estuviera llevando a cabo una competición consigo mismo: a ver cuántas veces podía hacerlo y cuanto más salvaje mejor. Cuando llegaba al dolor físico intentaba pararlo, pero él, en lugar de aminorar la marcha, me daba la vuelta, me agarraba del cuello o de las muñecas y me lo hacía con más fuerza. La mayoría de las veces me sentía después como si hubiera sido violada. Como si lo que se suponía que debía ser un acto de amor o de bendita locura para los sentidos, se hubiese convertido en algo terrorífico. E intentar evitarlo lo empeoraba. No tenía en cuenta si yo me encontraba bien. Si tenía fiebre por la gripe o dolores premenstruales de tanto en tanto. Las “sesiones” de sexo, porque no podía darles otro nombre, no dependían de mí, si no de él. Por las mañanas me levantaba exhausta, con señales en todo el cuerpo, pero él ya había salido de casa y ni se preocupaba de preguntarme cómo me sentía yo.

En mi cabeza comenzó a hacerse permanente una sola frase: tengo que salir de aquí. Pero no tenía dinero en casa y cada vez que él volvía del banco me exigía los comprobantes de las compras y muchas veces revisaba si cuadraba con el dinero sacado en el cajero.

—Yo soy el hombre de esta casa —me decía—. el dinero es mío, los muebles son míos, todo es mío, ¿entiendes? Incluso tú eres mía. Y puedo

hacer contigo lo que quiera —yo no me atrevía ni a pestañear—. Procura que no me canse de ti porque te repudiaría como hacían los romanos. Esos sí que eran listos—. se reía —podían hasta matar a su mujer y nadie hubiera dicho nada.

Estaba aterrada en todo momento. Comencé a creer que si intentaba dejarle me mataría.

Pasaron unas semanas más hasta que reuní las fuerzas suficientes para salir de casa. No fui capaz de ir a su entierro. Sencillamente, no fui capaz. Mi vida era demasiado complicada, demasiado aterradora como para enfrentarme a su madre y explicarle que no supe ayudara.

En Madrid había llegado el otoño y el frío era ya intenso. Aun estando algunos días a no más de quince grados la gente seguía saliendo a la calle igual. Los árboles, ya sin hojas, se me antojaron espectros oscuros, amenazantes. No tenía intención todavía de volver a la consulta y comencé a andar sin rumbo fijo por el Paseo del Prado en dirección a Atocha.

El museo presentaba el aspecto de siempre. Largas colas de gente esperando para comprar sus entradas, muchos de ellos extranjeros, cámara en mano y mochila al hombro, aunque a estas alturas del año, la mayoría enfundados en gruesos abrigos y protegidos con gorros, guantes y bufandas. Me pregunté qué se pondrían encima cuando realmente llegara el invierno. Miré distraída los carteles que colgaban de los postes de publicidad. Una exposición sobre los Impresionistas. Pensé en hacer cola y entrar a echar un vistazo, pero mis piernas decidieron no parar y continué andando.

El jardín botánico estaba casi vacío. A pesar de los intensos rojos, ocres y amarillos que ya podían verse a través de la verja en algunos de los árboles del interior. Un par de señoras ya entradas, al menos, en los sesenta, preguntaban a la chica de la taquilla si la exposición de bonsáis se exhibía también en otoño. Sonreí casi sin querer, para mí.

Llegué a la Cuesta de Moyano y las casetas con los libros me atrajeron inconscientemente. Adoraba los libros. El tacto del papel, el olor cuando eran viejos. Comencé a subir, deteniéndome de tanto en tanto en alguna caseta que tenía buenas ofertas de libros bastante interesantes. Historia, Arte, Biología. La oferta era amplia. Cualquiera otro día seguro que hubiera comprado alguno sobre la Historia de Grecia o de Roma. Algo con lo que adquirir

conocimientos y que al mismo tiempo fuera de agradable lectura, si podía ser, novelado. Pero no esta vez. Esta vez me apetecía algo ligero, algo sin demasiadas pretensiones, que me entretuviera y a la vez mantuviera mi mente ocupada para así no dejarla volver sobre lo sucedido.

Me paré en uno de los puestos en que había un grupo de libros excepcionalmente baratos. Comencé a ojear los nombres y las portadas. La mayoría de ellos eran libros del tipo: los mejores chistes del año, cómo cocinar comida japonesa o mil y una historias de aventuras para niños.

Pero en una de las esquinas de la mesa donde se exponían había uno que llamaba la atención. Era completamente rojo y tenía algo dibujado en negro en la tapa. No sé porqué lo cogí. Fue como un raro presentimiento. Como si me estuviera llamando. Ya sé que es estúpido e infantil pensar que un libro puede llamarte. La verdad es que nunca llegaré a explicarme qué fue, pero lo cogí y un temblor en las piernas me hizo doblar las rodillas y estuve a punto de caer y llevarme conmigo la mesa. Aquello parecía una broma macabra. Una puñetera patada del destino.

El libro, de no más de un centímetro de grosor tenía dibujado un zapato de tacón de aguja rodeado por un collar de púas del que salía una correa atada a una mano de hombre. El título terminó de descolocarme: “La casa del Dómino”.

Pasé por la consulta y Marina todavía estaba allí. Llevaba semanas haciéndose cargo de las continuas quejas de los pacientes, a los que tuvo que cancelar las citas, una tras otra, con el pretexto de que tenía una enfermedad sin especificar. Había estado conmigo prácticamente cada tarde desde mi violación. Terminaba en la consulta y llegaba a casa la mayoría de las veces con comida en una bolsa: pizza un día, hamburguesa o comida china al siguiente, que también la mayoría de las veces no conseguía terminar. Estaba perdiendo peso y, según ella, parecía un zombi recién salido de la tumba. Así conseguía que me riera, aunque sólo a ratos. Lo que no le había contado era lo de Cris. Llevaba unos días sin aparecer por casa y yo no quise llamarla y cargarla con más de mis problemas. Bastante bien se estaba portando conmigo.

Se sorprendió al verme entrar por la puerta. Estaba disculpándose una vez más con una paciente y dándole largas:

—Sí, lo entiendo Amparo —decía —pero no le puedo asegurar cuándo volverá. Ya le comenté que iba a ser una recuperación lenta y que usted era libre de buscar a otro médico —me miró y me hizo un gesto de resignación, guiñándome un ojo—. Ya sé que es la mejor que ha tenido hasta ahora. Por eso

mismo debería esperar. Vale. No se preocupe. Será la primera a la que llamaré en cuanto regrese. Ala. ¡Adiós! Sí. Seguro. ¡Adiós!

Se levantó en cuanto dejó el auricular del teléfono y se acercó a mí con los brazos abiertos. Me dio un fuerte abrazo, al que yo respondí con sincera gratitud.

—Me alegro tanto de verte aquí —comenzó.

—No vengo a quedarme.

—¡Vaya! —sonrió —“mi gozo en un pozo”.

—Lo siento —me disculpé por los quebraderos de cabeza que eso suponía para ella.

—No, tranquila —me cogió por el brazo y entramos en mi despacho — lo primero es que te recuperes del todo y luego ya se verá —nos sentamos, ella en el sillón y yo en mi silla.

Se me hizo extraña la sensación de volver a estar allí. Parecía que hubieran pasado años desde la última vez. Todo seguía igual, claro. Nada podía cambiar, pero aun así. El expediente de Cris seguía en la mesa. Dudé si cogerlo o no. Tenía la extraña sensación de que lo que contenía estaba relacionado con lo que le había sucedido, aunque no recordaba nada extremadamente inusual en las conversaciones que habíamos tenido hasta ahora.

—Bueno —Marina quería hacerme sentir cómoda, aunque eso era imposible—. Y ¿cómo has pasado estos días? Siento no haber podido pasar por tu casa pero tengo últimamente un dolor en los riñones que me tiene frita. Ando con pastillas y tuve que acercarme al médico.

—No te preocupes, bastante has hecho ya. No sabes lo agradecida que te estoy. Me resulta imposible ni siquiera pensar en contárselo a nadie más y menos a mi madre. Le daría un disgusto demasiado grande y ya sabes lo delicada que está la pobre. Bastante tiene ya con lo suyo.

Volví a mirar el dossier. Me producía una atracción casi irresistible. Como cuando sabes que no debes comer algo y sin embargo te lo sirven en bandeja. No pude callarme más. El saber algo tan terrible y no poder compartirlo con ella me estaba destrozando. Así que le conté lo que pude sin quebrar el secreto profesional.

—Cris ha muerto, Marina —no había mejor forma de decirlo que tal cual.

—¡Por Dios! —se llevó la mano al pecho, como intentando contener la impresión— ¡no me digas eso! ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Miguel, el policía, ¿recuerdas? —asintió como diciendo: “cualquiera lo olvida”—. vino a verme hace unas semanas y me contó que la habían encontrado a las afueras de Madrid.

—¿Cómo que la encontraron?

—Dentro de su coche —bajé la mirada, porque me costaba decir lo siguiente—. Asesinada.

—¡Joder! —soltó de repente, levantándose y acercándose a la ventana para abrirla unos momentos y tomar aire—. ¡Pero menuda racha Celia! ¿Estás bien? —me cogió la mano y la apretó ligeramente, preocupada.

—No —reconocí —pero ya no puedo hacer nada —la barbilla comenzó a temblarme, me solté de ella y comencé a jugar con un bolígrafo que había en la esquina de la mesa. Quería llorar, pero me resistí. Estaba tan cansada de llorar por todo últimamente.

—¿Cómo lo han hecho? ¿Quién?

—Quien, no lo saben todavía y cómo, no te lo puedo contar —enarcó una ceja, confundida—. Miguel es ahora mi paciente y me lo contó como tal, lo siento.

—Vale, no hay problema. Con tal de que tú estés bien... Lo entiendo. ¿Y ahora qué?

—¿A qué te refieres?

—¿Qué vas a hacer? ¿Seguirás con la consulta?

—Todavía no lo he pensado. Todo está sucediendo tan seguido que cuando creo que me empiezo a recuperar de un desastre, pasa algo para volver a hundirme —una lágrima se escapó por el interior de mi párpado, que enseguida hice desaparecer.

—¿Han detenido ya a ese...? —dudó —bueno, mejor no digo cómo pensaba llamarle porque me faltarían tacos.

—Tampoco —negué con la cabeza. Todavía me era imposible creer que seguía por ahí después de lo que me había hecho.

—¿Por qué? No es tan difícil, digo yo —puso los brazos en jarras, con el ceño fruncido, no dando crédito a todo lo que estaba contándole.

—No lo encuentran, ¿te lo puedes creer? —me di cuenta de que mi voz sonaba monótona. Como si no me afectara ya nada de lo que podía pasarme. —Yo pensé que nadie se puede esfumar de un día para otro y mira por donde. Miguel dice que Javier ni siquiera existe. Que en su edificio había gente que no sabía ni que vivía allí. Y que sus apellidos se los ha inventado —suspiré con fuerza—. Ni siquiera su número de teléfono existe ya.

—Oye —se puso muy seria— ¿tú crees en el mal de ojo? —soltó de repente.

—¿Cómo? —sonreí sin querer— ¡Pues va a ser que no!

—No te rías, mujer, que es algo muy serio. Sé de una persona...

—No sigas por ahí Marina, por favor.

—¡Vale! ¡Como quieras! ¡Pero tenía que intentarlo, leñe!

—Te lo agradezco, pero no —le sonreí de nuevo. Lo había hecho otra vez. Había conseguido hacerme sonreír.

Pasamos así otra hora. Ella intentando animarme y yo no consiguiéndolo. De verdad agradecía en el alma tener a mi lado a una amiga como ella. En ningún momento dudó de que me violara y tampoco de que me había drogado para conseguirlo. Se había pasado todas estas semanas cuidando de mí como una hermana y encargándose de todo para que yo no me preocupara de nada.

Dejamos la consulta y me acompañó a casa. No podía quedarse, tenía cita con el physio.

—No te preocupes —le di dos besos —de verdad que estoy bien —mentí.

—Vale, pero te llamo en terminar y hablamos un ratillo, ¿ok?

—¡Ok! —me recordó a Miguel. Tenía esa manía. Usaba ok como coletilla. Pensé en llamarlo por la mañana. Necesitaba disculparme—. ¡Hasta luego!

Subí a casa y dejé el bolso encima de la mesa, con tal mal tino que se fue directo al suelo, desparramando su contenido por el parqué. Y allí estaba. Me había conseguido olvidar de él. Pero el destino, o quizás la misma fuerza desconocida que me había hecho cogerlo en la caseta de la Cuesta de Moyano, lo había vuelto a sacar a la luz. Estaba claro que no me iba a dejar tranquila hasta que lo leyera.

Pero aquella noche fui más terca que el destino y lo dejé donde estaba, al igual que el contenido de mi bolso. Todo se quedó en el suelo, me encerré en mi habitación e intenté dormir, aun a sabiendas de que no lo iba a conseguir. Volví a encender la luz y me puse a leer una novela, esperando la llamada de Marina.

CAPITULO.

No sé de dónde saqué las fuerzas. De veras que no lo sé. No sé cómo no me vio. No sé cómo no se dio cuenta de que lo seguía.

Había sido otro de esos días en los que me dejó ahí tirada, en casa, y salió, supuse, para no volver a dormir. Estaba tan harta de todo aquello. Tan cansada de tener miedo continuamente. De vivir esperando a que uno de esos días, en lugar de una bofetada o un empujón, me diera de verdad una paliza. O de que me matara. Me repetía continuamente que podía hacerlo y que nadie me iba a echar de menos.

Afortunadamente no cogió ningún autobús, sino que prefirió el metro. De otra forma, habría sido imposible que no me viera y entonces si que habría tenido problemas. Pero tuve “suerte”, si con esa palabra puedo describir todo lo que pasó esa noche.

Salió de casa y fue andando hasta la estación. Yo procuraba quedarme siempre lejos. No podía arriesgarme a que me viera. Ni siquiera recuerdo qué línea del metro cogimos. Estaba demasiado nerviosa y demasiado aterrada como para pensar en ello. Sólo lo seguía. No existía nadie más. La gente, que conseguía disimular mi presencia, para mí era como transparente. Casi podía verle a través de los cuerpos que a aquella hora se agolpaban en las estaciones, la mayoría de ellos de regreso a casa. Figuras sin rostro que vivían sus vidas sin interesarles lo que yo hacía o dónde iba. Sin saber que mi vida en aquel último año se había convertido en un

infierno. Que habría dado cualquier cosa por apropiarme de la de alguna de aquellas personas que ni siquiera me prestaban atención. Que habría dado cualquier cosa por volver a casa, bajo la protección de mi familia. De regresar a los trabajos mal pagados y las innumerables horas extra que me hicieron marcharme. A mi apartamento de alquiler, que a veces me parecía que no había existido. Que había sido todo un sueño.

Hicimos varios cambios y por fin dejamos la estación. Cuando salimos al exterior miré alrededor para ubicarme. Estábamos en la City, eso seguro. Los edificios de oficinas, ahora silenciosos y oscuros se erguían uno al lado del otro, compitiendo entre sí en altura, en tamaño o en diseño. Las calles a esas horas estaban ya casi desiertas. Tan sólo los faros de los taxis y los autobuses nocturnos iluminaban algunos tramos, en los que había zonas tan oscuras que temía ser atracada por algún mendigo o por algún crío, todavía imberbe, con pretensiones de hombre duro.

Doblo una esquina y apreté el paso. No quería perderlo. Quería llegar al fondo de todo aquello. Estaba casi segura de que había otra mujer. Cuando llegaba a casa, lo primero que hacía era ducharse y, lo peor, echar colonia sobre su ropa, como intentando disimular un perfume. ¿Pero por una mujer había hecho de mi vida una pesadilla? ¿No habría sido más sencillo que me hubiera dejado por ella y ya está? Marcharse y dejarme tranquila para que yo pudiera reponerme y volver a empezar.

Me asomé con cuidado para que no me viera y lo vi encaminarse hacia un edificio de varias plantas con fachada de mármol inmaculadamente blanco, con estatuas coronando la azotea y grandes columnas a ambos lados de la puerta. De las ventanas salía una luz mortecina, atenuada por lo que parecían cortinas de un rojo intenso, casi burdeos. Estaban cerradas y desde donde yo me encontraba no se oía ningún ruido.

Esperé un poco por si salía. Esperé un poco más. Nada. No se cuanto tiempo pasó hasta que un coche negro pasó por delante de la puerta y dobló la esquina, dirigiéndose hacia lo que parecía un callejón de servicio. Era un impresionante Bentley negro, nuevo y con los cristales oscuros, por lo que no pude ver a nadie en su interior. Me pareció extraño que un coche tan lujoso se metiera en un callejón y por pura curiosidad, me aproximé más.

Mirando a todos lados, fui recorriendo poco a poco la distancia que me separaba del edificio, siempre intentando ponerme en las zonas más oscuras de la calle, hasta que conseguí llegar a la esquina opuesta del callejón, desde donde tenía una perspectiva completa del mismo. El coche

seguía allí, medio escondido detrás de grandes contenedores de basura.

Me dí cuenta entonces de que sólo entrando al callejón se podía ver lo que había al final. Sólo mirando a propósito podías darte cuenta de que había una puerta a la izquierda, que supuse daba a las cocinas del edificio, ya que habían extractores de humos en la fachada y las máquinas de los aires acondicionados. Había además un par de ventanas pequeñas un poco más allá, de lo que parecían los servicios y estaban entreabiertas, por lo que podía oír rumor de gente hablando y riendo. Quizá fuera un vestuario.

Tras un par de minutos la puerta trasera del Bentley se abrió y pude ver salir a un hombre y a continuación la figura de una mujer también salió del coche. No. Al fijarme mejor me di cuenta de que aquel hombre la estaba sacando del coche, ya que ella parecía estar como adormilada. Sus movimientos parecían erráticos, como si hubiera bebido. Era alta, morena y llevaba un vestido muy corto de color rojo intenso y unos zapatos también rojos con unos tacones de aguja de vértigo.

Cuando por fin estuvo fuera del coche, lo que vi me hizo dar un respingo, el corazón comenzó a latirme con fuerza e, instintivamente, dejé de mirar y me pegué contra la pared. El hombre que la había sacado del coche le estaba poniendo una especie de correa al cuello que brillaba en la oscuridad del callejón al reflejar la luz que salía de las cocinas. A continuación, del bolsillo del abrigo sacó una correa que enganchó en el collar y por fin sacó una especie de bolsa o capucha negra y se la colocó en la cabeza, dejándola en la oscuridad.

¿Sería todo un secuestro? La pregunta me pasó por la cabeza y, como cuando ves una película que te aterra tapándote los ojos, pero con la mano abierta, no pude resistir la tentación y volví a mirar. El hombre tiró de la mujer hacia adentro del edificio, el coche arrancó, hizo marcha atrás y saliendo del callejón, desapareció en la oscuridad de la calle, casi sin hacer ruido. Afortunadamente, justo antes de que arrancara, agachada todo lo que pude, me oculté detrás de uno de los contenedores de basura, pasando desapercivida al conductor, que había tardado menos de dos minutos en salir de allí, dándome a entender que no era la primera vez que hacía aquella maniobra.

En cuanto me desperté llamé a Miguel. Le debía una disculpa. Tras una

semana dejándome mensajes en el contestador disculpándose por lo ocurrido, yo también necesitaba de alguna manera disculparme, haciéndole entender que fue una reacción excesiva al comentario que, por otra parte, no era del todo falso. Al fin y al cabo, Javier hasta hacía muy poco había sido mi novio.

—¡Hola Miguel! —no sabía cómo comenzar.

—¡Hola! —parecía serio.

—Yo... —titubeé.

—¡Lo siento! De veras, Celia, que lo siento. No pretendía ofenderte. Fue sólo una reacción instintiva.

—Yo también lo siento —él se me había adelantado—. No debí reaccionar así. No lo pensé, sólo reaccioné. Pero es que me están pasando tantas cosas... —me disculpé casi en un susurro.

—Lo sé.

—Debí coger el teléfono —continué yo, alargando la disculpa como para intentar sentirme mejor conmigo misma —pero no me sentía con fuerzas para hablar de ello. Lo entiendes, ¿verdad?

—Claro, no te preocupes.

—¿Te apetece tomar un café o algo después? —no sé porqué lo invité. Al segundo de haber preguntado, me pareció como si le hubiera pedido una cita e intenté rectificar—. Bueno, supongo que tendrás trabajo.

—¿Quedamos a las ocho mejor y cenamos? —aquello si me dejó perpleja. Si había sonado como una cita mi pregunta, su contestación aun más.

—Vale, claro —ahora era yo la que me ponía nerviosa sin una razón aparente —así me cuentas cómo va la investigación, ¿vale? —casi sonó ridículo. Como una quinceañera pillada infraganti ante el chico que le gusta.

—Ok, ¿te recojo en tu casa?

—No, mejor quedamos en la Cafetería Alemana, en la Plaza de Santa Ana —intenté arreglarlo haciendo que quedáramos en un lugar público. Allí, además, conseguía siempre sentirme a gusto y pensé que un lugar familiar me sentaría bien.

—Ok —volvió a repetir— ¡hasta luego!

Pasé el día cogiendo aquel maldito libro del suelo y volviéndolo a dejar, esta vez en la mesa, luego en el sofá, más tarde en la cocina. Me atraía como un imán y a la vez me repelía como el agua a un gato. Era una

combinación interesante aquella. Una mezcla de odio, porque me recordaba a cómo Miguel había descrito el asesinato de Cris, y deseo de averiguar de qué iba la historia. Le di la vuelta intentando averiguar algo más, pero no tenía ningún tipo de sinopsis que me diera alguna idea. Aquello ya era ridículo. Me habría gustado que otro lo hubiera leído por mí. Pero sabía que no iba a pasar. Era una tarea privada. Una tarea que debía llevar a cabo yo sola. Pero no hoy. No tan pronto.

Aquel comportamiento infantil me hizo sentir mal. ¿A qué venía todo esto? ¿Por qué me comportaba así? Me estaba convirtiendo en alguien retraído, temeroso de todo. Por las noches sentía incluso cómo cada fibra de mi ser iba encogiéndose, cómo parecía que estuviera desapareciendo lenta pero inexorablemente. Sin pretenderlo me acurrugué en el sofá, hecha un ovillo, como intentando atenuar el dolor interno que me hacía encoger, aunque en el fondo sabía que todo era una invención de mi mente. Cerré los ojos e intenté relajarme. Cuando los volví a abrir eran casi las ocho.

Cuando llegué ya estaba allí, esperándome en la puerta. Mientras avanzaba hacia él, sin que se diera cuenta, lo miré fijamente. Era de verdad muy atractivo. Tenía algo en su mirada, en sus gestos y en la forma de mirarte que destilaba armonía y tranquilidad. Sonreí por la elección de la palabra. Destilaba. Sí, me pareció la adecuada. Como si por los poros de la piel consiguiera expeler una dulce fragancia de armonía y tranquilidad, con ciertos toques de misterio que lo hacía tremendamente atractivo.

Me sentía atraída hacia él físicamente pero la sola idea de volver a estar con alguien me aterraba y me hacía sentir vulnerable. Demasiado pronto. Incluso no recordando realmente lo sucedido, era demasiado pronto. ¿Sería capaz de volver a hacer el amor? ¿Me recluiría para siempre detrás del trabajo y la rutina? Aquellos pensamientos comenzaban a hacerse presentes en mi mente cada vez más a menudo.

—¡Hola! —me saludó en cuanto se dio cuenta de que estaba allí.

—¡Hola! Perdona por el retraso. Me da vergüenza reconocerlo pero me quedé dormida en el sofá —sonreí.

—Tranquila. Es bueno que duermas, que descanses.

—¡Vaya! Habló el médico —él hizo un gesto con las manos que me hizo soltar una carcajada.

—Vale. Me has pillado —rió él a su vez.

Entramos en la cafetería y la mesa en la que yo solía sentarme estaba vacía. Le hice un gesto al camarero que, comprendiendo, fue enseguida a recoger los platos de los anteriores comensales y con sonrisa agradable me dijo que enseguida volvía.

—¿Una cañita como siempre, doctora?

—Para mí sí —miré a Miguel.

—Para mí también.

—“Marshando dos cañitas y jargo rico pa’compañarlas” —resonó su voz cantarina.

Cuando se hubo marchado, nos quedamos durante un momento los dos callados, no sabiendo muy bien de qué hablar o cómo comenzar. El, al rato, comenzó a reír.

—¿De qué te ríes? —le pregunté, no pudiendo evitar reírme. Tenía una risa muy contagiosa.

—De nada. Una tontería. El acentazo andaluz que tiene el camarero.

—La verdad es que sí. Es buena gente, como él mismo me dice muchas veces: “doctora, aunque no lo paesca, soy mu güena gente” —volvimos a reír.

—¿Sabes algo más de lo que le hicieron a Cris? —quería desviar su atención y a la vez la mía hacia algo serio para no hacerle creer que aquello era una cita.

—¿Me lo pregunta Celia mi psicóloga o Celia la mujer? —sonrió.

—Tu psicóloga, claro —le devolví la sonrisa.

—Me temo que las noticias no son mucho mejores que las que te di antes.

—¿Por? ¿No sabéis nada aún?

—Sí. La cuestión es que sabemos mucho ya. Sabemos que la violaron. Y sabemos que no fue sólo una persona.

—¿Quieres decir más de uno? ¿Como a mi?

—Sí. Al menos dos más —bajé la mirada, sin saber muy bien cómo reaccionar—. ¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, no te preocupes —sacudí la cabeza, no queriendo estropear la noche—. Intento imaginar cómo ha podido pasar. Cris es tan retraída. Perdón, era —rectifiqué enseguida—. No creo que fuera la típica chica desinhibida que se acostaría con cualquiera. ¿Quién creéis que lo ha hecho?

—No lo sabemos. Por el ADN no hemos obtenido ningún resultado.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que no tienen antecedentes policiales.

—¡Vaya! —exclamé sin saber qué replicar a esto.

El camarero volvió con las cervezas y nos leyó una retahíla de tapas que según él estaban “de muerte” y naturalmente eran todas caseras. Pedimos varios platos y se volvió a la cocina mientras iba recitando la comanda, precedida de un sonoro “oído cocina”.

—Esto que te voy a decir ahora —comenzó reticente —por favor, te pido que no te lo tomes como algo personal.

—Ya —rectifiqué —que no me de la pataleta de la última vez, vamos.

—Eso —sonrió casi por obligación.

—Dime.

—La drogaron antes de violarla y asesinarla.

—Al menos no se enteró de lo que pasaba —me sorprendí a mi misma haciendo tal afirmación—. Como yo —puntalicé—. ¿No me dirás que crees que tienen relación las dos cosas? Yo no estoy muerta —aquello sonó muy raro.

—Todavía no quiero decir nada. Es pronto, supongo.

El camarero comenzó a traernos lo que habíamos pedido y pasamos las siguientes horas charlando sobre viajes y sobre cosas sin demasiado contenido, que me hicieron sentir muy cómoda, más de lo que había estado desde hacía mucho tiempo. Cuando terminamos, la mayoría de la clientela ya se estaba marchando. Nunca imaginé que tomar algo de picar y unas cervezas pudiera alargarse durante tanto tiempo estando con alguien al que apenas conocía.

Salimos de la cafetería realmente tarde. Los camareros ya estaban terminando de recoger las mesas y algunos de ellos incluso nos miraban descaradamente instándonos a marchar. El aire frío de la noche golpeó mis mejillas de improviso y di un respingo.

—¡Menuda temperatura!

—Sí. Te acompaño a casa.

—No hace falta, no te preocupes —me quejé.

—No era una sugerencia —me cortó—. Al fin y al cabo soy policía, ¿no? —trató de quitarle importancia—. como tal cumplo con mi obligación para con los ciudadanos.

Comenzamos a reír como dos críos por tan absurda explicación y nos encaminamos hacia mi apartamento. Ninguno de los dos pretendía que aquello pareciera una cita, pero de hecho, lo parecía. El frío era intenso y tuve que

golpearme los brazos porque con las prisas por llegar a tiempo había olvidado el chaquetón en casa y no llevaba más que una chaqueta que ahora era completamente inútil.

—Me temo que yo tampoco he salido de casa muy preparado —sonrió mientras estiraba de su jersey de lana hacia abajo, ya que tampoco llevaba chaqueta—. Lo único que se me ocurre es esto—. para mi, tengo que reconocer, agradable sorpresa, pasó su brazo por mis hombros e intentó calentarme los míos deslizando sus manos por ellos para hacer que entraran en calor.

—Gracias —logré articular yo. Y continuó con su brazo alrededor de mis hombros durante todo el camino a casa.

Olía tan bien. Una agradable mezcla de jabón fresco y colonia con toques afrutados. Me habría gustado acercar más mi cara a su cuello y abandonarme en aquel aroma.

Cuando llegamos a mi calle no había ninguna luz encendida. Aparentemente había un apagón generalizado en toda la zona, ya que las únicas luces que se veían eran las de la Gran Vía. Nos miramos por un segundo y nos adentramos en aquella oscuridad, salpicada aquí y allá por destellos luminosos procedentes de algún que otro coche que pasaba por las calles adyacentes.

—Debe de ser mi sino —murmuré yo, recordando de repente el robo, la oscuridad de la calle y el golpe contra el suelo.

—¿Qué?

—Nada, decía que debe de ser mi sino el...

No tuve tiempo de terminar la frase. Como la vez anterior, sólo pude ver una sombra que apareció de repente, no sé de dónde, golpeando a Miguel en la cabeza con algo grande. Cayó a mi lado como un saco de arena, inconsciente. No me dio tiempo a reaccionar. El individuo me empujó contra la pared de mi edificio, dejándome por un instante aturdida.

Sentí su aliento cerca de mi cara. No podía verle, llevaba una chaqueta con capucha que, con la poca luz existente, le tapaba completamente la cara. Me entró el pánico y no reaccioné. Creí que también iba a golpearme a mí. O a violarme. ¡Otra vez no! —pensé— ¡Por Dios, otra vez no! Cerré los ojos y me quedé inmóvil, esperando lo peor, rogando porque Miguel se levantara del suelo y me rescatara. Sí, en aquel momento quise ser una princesa y que un caballero andante viniera a rescatarme. Como en los cuentos. Como en las historias. Como en los sueños. Un final feliz que no llegó.

—¡Eres una puta! —una voz ronca, profunda, entró por mi oído y se quedó instalada en mi cabeza—. ¿No has tenido bastante?

Intenté abrir los ojos pero no me dio tiempo. El desconocido me propinó una bofetada y volvió a hablar, esta vez en alto, mientras instintivamente me tapaba la cabeza con los brazos para evitar que volviera a golpearme.

—¡La próxima vez no te drogo!

—¡Javier! —chille abriendo los ojos de par en par, completamente aterrada. Pero ya no había nadie. Ya no estaba allí.

—Lo siento —murmuré, mirándolo a los ojos, tumbado en la camilla—. lo siento mucho. No esperaba que fuera a aparecer después de tanto tiempo.

—No es culpa tuya Celia —logró articular, antes de volver a cerrar los ojos.

—¡Señora! —me espetó el enfermero —tenemos que irnos ya. Podrá verlo en el Hospital más tarde.

Llamé a la ambulancia en cuanto recuperé el control de mi misma. Parecieron horas, aunque fueron unos pocos segundos.

—¿Por qué ahora? —me pregunté, sin esperar una respuesta— ¿no se había ido? ¿No había desaparecido de mi vida? ¿Por qué me pregunta que si no he tenido bastante? ¿Bastante de qué?

CAPITULO 10

Volví a casa con la mente abotargada, incapaz de procesar lo que había visto. ¿Qué haría él allí? Cuando llegué al portal de mi edificio tuve que detenerme y apoyada en la pared, contener las arcadas que subían a ráfagas por mi garganta.

Había encontrado otro trabajo y no quería decírmelo. Tenía que ser eso. Pero, ¿de qué? ¿Camarero? No podía ser, no tenía uniformes en casa, ni tampoco chalecos o pajaritas para cambiarse allí. Quizás de portero de seguridad. Sí, para eso no se necesitaba uniforme en muchos de los establecimientos. Esa era la explicación. Y con ese pensamiento en la cabeza conseguí dormirme por puro agotamiento, cuando los primeros destellos del alba se colaban entre las cortinas.

Al día siguiente volvió tarde, pero la sola idea de preguntarle sobre lo que vi me aterraba. Estaba segura de que me hubiera matado si hubiera sabido que lo seguí. Pasé un par de semanas intentando encontrar algo entre sus ropas que me diera alguna pista de lo que estaba haciendo. Pero no hallé nada. Absolutamente nada. Tan sólo el peculiar perfume femenino, que variaba según el día. A veces dulzón, a veces afrutado. Alguna que otra vez incluso parecía mezclado con alguna otra loción masculina, que desde luego no era la que yo le compraba.

Tras un mes de continuas salidas nocturnas no pude resistirme más y volví a seguirlo. El recorrido fue exactamente el mismo, aunque en esta ocasión salió de casa más temprano. Al llegar al edificio, como la otra vez, me quedé en la esquina, evitando que pudiera descubrirme. El entró y al poco rato me atreví a mirar. Esperaba una escena similar a la anterior, pero lo que vi me dejó, si cabe, más perpleja. Esta vez entraban en el edificio parejas que llegaban en lujosos automóviles, de esmoquin ellos, e invariablemente, con atrevidos vestidos rojos ellas.

Los hombres variaban entre jóvenes, mayores, gordos, delgados, guapos o no, pero ellas... Ellas eran todas perfectas. Cuerpos esculturales, altas, elegantes, con andares seguros y estudiados. Nada que ver con la imagen que tenía en la cabeza de aquella pobre desgraciada a la que sacaron del coche a trompicones y a la que pusieron aquella horrenda

correa y la capucha.

Me pegué contra la pared e intenté ordenar mis ideas. ¿Habría sido todo un error mío? ¿Habría inventado mi mente aquel supuesto secuestro que presencié la primera vez?

Al rato de estar allí plantada, pensando en qué diablos estaba pasando, la ida y venida de coches se detuvo. Ya no llegaron más parejas. Dudé en si irme a casa, e incluso pensé en pasar por delante de la puerta, como un viandante más, a ver si podía echar un vistazo al interior del edificio. Pero no lo hice. Pensar en que él trabajara de portero en aquel lugar y pudiera verme paralizaba por completo los músculos de mis piernas.

Pasó algo más de tiempo y decidí volver a casa. Antes de encaminarme a la estación de metro eché un último vistazo. Había un coche de nuevo en el callejón. Con curiosidad malsana, esperé a ver cómo era la nueva pareja. ¿Sería rubia? ¿Morena? Pero de nuevo todo cambió y del coche completamente negro, con las ventanillas tintadas, salió una mujer visiblemente aturdida, con un espectacular vestido rojo, tacones de vértigo y un grueso collar reluciente al cuello, del que salía una correa que el mismo hombre de la primera vez se afanaba en ajustar, justo antes de ponerle la misma capucha negra en la cabeza.

Me acerqué al Hospital en cuanto encontré un taxi libre y terminaron de tomarme declaración allí mismo, en la puerta de mi casa. Intentar localizar a Marina fue mi primer reflejo, pero dada la hora (pasaban la una de la madrugada) desistí. Ya tendría tiempo más tarde de ponerme en contacto con ella.

Tras un par de horas de espera conseguí que me dejaran entrar en la habitación para saber cómo estaba Miguel. No era pariente, pero tras mucho insistir, la enfermera fue amable conmigo. Debí de pensar que mi aspecto era terrible porque se apresuró a preguntarme si yo también necesitaba ser atendida.

—Mañana va a tener un moratón en esa mejilla —insistió —mejor que la vea un médico.

—No es nada —me quejé —estoy bien. Sólo necesito entrar unos minutos y cerciorarme de que está bien.

—Pero usted no es pariente.

—Soy su psicóloga —volví a protestar —eso debería servir.

—Está bien —concedió al final —pase. Pero no esté mucho tiempo. Perdió el conocimiento y necesita descansar.

Asentí y me abrió la puerta. Miguel estaba tumbado en la cama y a su lado, una máquina monitorizaba los latidos de su corazón. Me asusté. Estaba pálido, con el pelo revuelto y vestido con aquella insulsa bata azul que yo conocía tan bien.

Abrió los ojos y me miró, primero desorientado y con una media sonrisa después.

—¡Hola! —consiguió decir.

—¡Hola! —contesté, con un nudo en la garganta que me instaba a dejar salir las lágrimas. No sabía muy bien porqué. Por él, por verlo así por mi culpa. O por mí. Por todo lo que sucedía a mi alrededor. Por recordarme la amarga experiencia que había tenido en una cama como aquella no hacía tanto—. Lo siento mucho —volví a disculparme.

—No, por favor, no es culpa tuya, ¿ok? De hecho, es culpa mía. Tendría que haber estado más atento —negó con la cabeza—. Pero...

—Pero, ¿qué?

—Estaba demasiado a gusto contigo y me olvidé de que Javier todavía anda por ahí —me miró a los ojos con aquella mirada que conseguía desarmarme—. Siempre estoy a gusto contigo Celia —dijo mi nombre con tal intensidad que bajé la mirada.

—Yo también conseguí olvidarme por un rato —noté cómo mis mejillas enrojecían. Hacía mucho tiempo que nadie conseguía hacerme sonrojar. Y menos un hombre. Aquello fue inesperado para mí. Y a la vez liberador. Me hacía concebir esperanzas de que todo podía mejorar. De que podía volver a estar con alguien de nuevo. Lo miré a los ojos—. Gracias. Fue muy agradable.

Me había acercado a la cama mientras hablábamos y sin darme cuenta, él me había cogido la mano. El contacto de su piel me reconfortó. Fueron sólo unos momentos, pero me transmitieron todo lo que Miguel quería decirme sin necesidad de hablar. El tacto de su mano hizo que el resto de mi cuerpo se concentrara en esa caricia y toda la tensión de hacía unas horas desapareciera milagrosamente. Nuestras miradas no se separaron durante aquellos momentos. Sus ojos miraban fijamente a los míos y conseguí perderme en ellos mientras me decían en silencio lo que sentía. La puerta se abrió de pronto y la enfermera entró. Los dos dimos un pequeño respingo y la magia de aquel momento se rompió.

—Sr. Velazques, ¿cómo se encuentra? —preguntó.

—Bien —contestó, mientras me sonreía— ¿cuál es el veredicto? ¿Tengo la cabeza rota o me puedo marchar?

—Tranquilo —contestó la enfermera con ríntín —todavía la tiene entera. Luego pasará el médico para visitarlo, pero en principio todo está en orden. Aunque lo vamos a dejar aquí en observación toda la noche, por si acaso. Y mañana debería poder irse a casa. Señorita...— me preguntó.

—Armando —contesté—. Celia Armando.

—Srta. Armando, debería marcharse y dejarlo descansar —me sermoneó—. Mañana puede visitarlo desde las nueve.

—Si, será mejor que te vayas y descanses —coincidió también Miguel—. Imagino que mis compañeros ya te han tomado declaración ¿verdad? —asentí—. A mí también. Mañana más.

—¿Seguro que no quieres que me quede? —pregunté, obviando la mala cara que había puesto la enfermera.

—Si, tranquila. Estoy bien. Tú necesitas descansar más que yo. Por cierto. He pedido a mi jefe que una patrulla vaya a tu apartamento para comprobar que todo esté en orden —iba a protestar pero me cortó—. Sin protestas —sonrió mientras levantaba la mano para que no replicara—. Es un orden. No podemos arriesgarnos a que lo intente de nuevo —volvió a cogerme de la mano. La enfermera había salido un momento de la habitación—. Especialmente ahora... ¿ok?

—Ok —conseguí musitar tras la descarga eléctrica que el roce de aquella mano había mandado de nuevo a mi columna y a mis entrañas—. Mañana me acerco por la mañana. Por mucha orden que sea, a eso no me puedes rechistar—. le sonreí, saliendo por la puerta y dejándolo descansar.

Primer paso: “La sumisión”

Con aquellas cuatro palabras comenzaba el libro que me había dado tantos quebraderos de cabeza en los últimos días. Aquello de por sí me pareció ridículo. Pero seguí, llevada por la curiosidad, supongo. Aun así continuaba pensando que debía leerlo, aun sin tener muy claro el porqué.

“Desde el albor de los tiempos la mujer ha estado dominada por el

hombre. Tenemos sobradas pruebas de ello a lo largo de la Historia. Y así debe de ser...”

Me paré. ¿De verdad que aquel libro hablaba de la sumisión de la mujer? ¿De eso iba todo? Continué leyendo, todavía incrédula. El texto parecía un tratado de Historia sobre cómo el hombre, desde los primeros homínidos, debía mantener a la mujer dominada. Bien por su capacidad física (porque proveía el alimento y guardaba el hogar de los enemigos), bien por su capacidad mental (según el autor, el cerebro masculino se habría desarrollado antes y con mayor capacidad que el de su pareja).

Tomé aire un par de veces. No sabía si reírme a carcajada limpia o tirar el libro directamente a la basura. Decidí prepararme café. Era tarde y me conocía lo suficiente como para saber que no pararía hasta haberlo terminado, lo cual me llevaría seguro varias horas. No era la lectura que hubiera elegido en circunstancias normales para un viernes por la noche, pero me obligué a continuar.

En época romana, el marido, como “pater familias” tenía “vitae necisque potestas” o poder sobre la vida o muerte de su esposa, hijos y esclavos. Además, según varios autores, Rómulo dictó diversas leyes al respecto, una de las cuales permitía al marido, tras ofrendar a los dioses un sacrificio expiatorio, abandonar a su mujer en caso de adulterio u otros actos (que cada autor interpretó de forma distinta) lo que dió lugar a que si el marido se cansaba de la mujer, la repudiara....”

—Por Dios —pensé —esta si que es buena. ¿A quién narices se le ocurre publicar un libro como este?

Eché un vistazo de nuevo a las tapas y a las páginas interiores para tratar de averiguar la editorial. Pero una vez más, no había nada. Todo estaba en blanco. No había autor, ni editorial, ni registro. Nada. Sólo el título y el texto. Como si alguien hubiera escrito aquel libro para sí mismo. Sin intención de que fuera publicado. Paré la lectura y me acerqué al portátil. Pensé que quizás hubiera alguna referencia en internet que pudiera utilizar para desenredar aquel lío.

Primero probé con el título. En cuestión de segundos aparecieron en la pantalla numerosas referencias al conocido juego del dominó.

Volví a probar. Esta vez lo intenté en femenino: dómina. Aparecieron entonces algunas referencias a la dominación sexual. Casi todas relativas a películas pornográficas. Según la Wikipedia, la palabra provenía del latín “dominus”, que significaba propietaria, señora. Pero si la única referencia que encontraba era en femenino, ¿porqué el libro hablaba de mujeres sumisas y dominación masculina? Seguí leyendo, aunque el texto seguía en la misma tónica. Un repaso de la opresión femenina a lo largo de la Historia.

Tras los primeros capítulos, llegado ya el siglo XVII, lo que leí me terminó de descolocar. De hecho tuve que leerlo dos veces porque pensé que el sueño que ya arrastraba (eran pasadas las tres de la mañana) me había hecho adormilarme y leer algo que no existía.

Es a principios del XVII, que en la corte francesa aparecen las primeras referencias a nuestra “casa”. Los cortesanos, en su mayoría aburridos por la ociosa vida de la que disfrutaban, decidieron revivir la antigua tradición de los banquetes al dios Baco. Tras cenas suntuosas, en las que la comida abundaba y el vino era el anfitrión, ciertas personas se retiraban a sus habitaciones con excusas de cansancio y malas digestiones.

Llegados a este punto existen numerosa correspondencia mantenida entre algunos de los protagonistas de dichos banquetes, en la que se recoge parte de lo que, con el tiempo sería el ritual de nuestra casa.

“... todavía hoy recuerdo como nos retiramos aquella noche mi esposa y yo a nuestras habitaciones con la excusa de una nueva jaqueca. A mi mente vuelve el recuerdo de la sorpresa de encontraros a vos y a su señora esperándonos, ya comenzada la tarea del desvestirse. La visión de los pezones endurecidos de su mujer, señor mío, hace todavía que el vello de mi cuerpo se erice...”

Paré de leer. Aquel libro era un solemne estupidez. Una recopilación de anotaciones y sueños eróticos de algún personaje macabro, que se había dedicado a plasmar por escrito con la pretensión de que iba a inmortalizarle. Había estado dándole vueltas tantos días para nada. Me estaba obsesionando. No estaba siendo un buen año y mi mente me hacía ver fantasmas donde no los había. Con ese pensamiento aún en la cabeza apagué la luz y me obligué a dormir.

Me desperté por la mañana con un enorme dolor de cabeza, tras haber estado tantas horas leyendo. El libro continuaba donde lo dejé, encima de la mesita de noche, abierto por la página 39. Me reí para mi misma recordando la lectura descabellada de la noche anterior. Me levanté y me lo llevé a la cocina mientras me preparaba un café bien cargado, que acompañaría con el socorrido paracetamol.

Mientras hervía el café, eché un nuevo vistazo al texto justo donde lo dejé:

“...hace todavía que el vello de mi cuerpo se erice. Pasada la primera

sorpresa, una de mis manos fue instintivamente a aprisionar uno de aquellos pezones, parándose a poca distancia, mientras con un movimiento de cabeza vos me dábais permiso para continuar...”

El café saliendo a borbotones en la cafetera me sobresaltó y sonreí ante aquel relato erótico que, según el autor, era del siglo XVII. Me puse una taza y continué leyendo. Tras una descripción ligera y a la vez directa de lo que sin duda fue un intercambio de parejas, el autor continuaba explicando lo normal de aquellos encuentros sexuales, cuyos protagonistas, con el tiempo, llegaron a convertirse en una suerte de “club”, vedado a los más ricos y poderosos.

No pude evitarlo, aquello me recordó sobremanera a la famosa película de Kidman y Cruise y volví a sonreír. Finalmente todo aquel misterio parecía una perrorata erótica de un tipo con mucha imaginación. Continuaba el texto con alguna que otra descripción de más cartas intercambiadas entre personajes de la nobleza, extendiéndose más adelante dicho club a otros países de Europa y Norteamérica.

Aparentemente las prácticas “sexuales” de aquel club exclusivo fueron evolucionando a lo largo del tiempo, llevado de la mano de una mayor libertad sexual y a la vez de nuevos hábitos sexuales, como el establecimiento de lugares (los hoy en día denominados “pubs”) en los que las parejas buscaban otro tipo de satisfacción sexual, que incluían desde los intercambios al sadomasiquismo, pasando por los prostíbulos llamados “de lujo”, en los que sólo unos pocos podían permitirse tener sexo con mujeres esculturales y educadas, pero a la vez sumisas y dedicadas al cliente.

Sonó el teléfono y volví a interrumpir la lectura, esta vez mucho más tranquila, ya que todo el misterio que rodeaba a aquel libro era producto del estrés psicológico que acarrearaba, junto con el cansancio y una muy excesiva imaginación por mi parte.

—¿Diga? —pregunté, aun con una sonrisa en los labios.

—Hola, doctora —la voz de Miguel sonó al otro lado del móvil.

—Hola —mi sonrisa se acentuó. Había salido del Hospital hacía un par de semanas y ya habíamos quedado en varias ocasiones para tomar café, comer e ir al cine.

—¿Haces algo esta noche?

—Depende —contesté con rintintín.

—¿De qué?

—De lo que tu me propongas —solté de sopetón. En medio de todo aquel lío, él me había dado apoyo y una cierta estabilidad que había hecho que me gustara aun más, si eso era posible. No había intentado nada sexual y lo agradecí. Me trataba con cuidado, procurando hacerme reír y, al contrario que con Marina, él si lo conseguía.

—Vale, pues entonces te recojo a las nueve y cenamos, ¿ok?

—Ok. Hasta luego.

Colgué y volví a sonreír. Me volví a olvidar del libro y, cogiendo las llaves de casa, salí a hacer unas compras. Javier se esfumó de nuevo de mi cabeza, como en tantas ocasiones durante aquellas dos semanas. Tenía una patrulla que pasaba por casa cada poco tiempo para asegurarse de que todo estaba en orden (mucho después me enteraría de que fue Miguel quien se encargó de que la patrulla continuara durante varios meses, pidiendo favores e insistiendo repetidamente a su jefe de que creía que corría peligro). Y tenía un policía cerca de mí que me echaba una mano y me hacía sentir segura.

Sólo por eso, ya me sentía mejor. Pero el destino es traicionero y aquella tranquilidad era una cortina de humo que no me dejaba ver la realidad.

CAPITULO 11

Aquel edificio y lo que en él pudiera pasar empezó a obsesionarme. Al principio fue cada par de semanas, pero en los últimos meses empecé a acercarme por allí cada dos o tres días. Ya no le seguía. Aprendí sus horarios y sus “turnos” de trabajo en lo que quisiera que estuviera haciendo.

Había días en los que no pasaba nada. Esperaba un par de horas. Tres incluso. Pero nada. No había parejas, ni coches, ni movimiento alguno. Había otros días (fin de semana sobre todo) en los que llegaban a formarse colas de dos y tres coches, que daban vueltas alrededor del edificio esperando para entrar ya que en el callejón sólo podía pasar uno cada vez.

Comencé también a conocer a la gente que trabajaba allí. Los veía entrar por el callejón, por la puerta de servicio pegada a las cocinas. Me acercaba con cautela y miraba a través de las ventanas de lo que finalmente

confirmé que eran vestuarios. En los días de más calor las dejaban prácticamente abiertas y oía retazos de conversaciones banales. La mayoría de las veces no entendía nada, ya que los trabajadores parecían ser extranjeros y hablaban en portugués, italiano o lo que me pareció ruso.

Conseguí un teléfono con una buena cámara, cuyo zoom me permitía poder echarle un vistazo a las caras de la gente que aparecía por allí. Y casi sin querer un día comencé a tomar fotos. Cuando llegaba a casa las repasaba una y otra vez. Casi siempre eran las mismas. Gente que repetía la visita. Con miedo de que pudiera darse cuenta, mantenía el teléfono escondido al fondo de un armario en la cocina, dentro de una caja de puré. No quería que me volviera a pegar.

Daniel aparecía muy de cuando en cuando por casa y cuando lo hacía me ignoraba. Yo procuraba estar en la cocina fingiendo cocinar algo, o en el baño, dejando pasar el tiempo para que se marchara conforme había venido y no enzarzarnos en ninguna pelea que lo enfureciera y me ganara otra bofetada u otro empujón. En los últimos meses, al menos, sus maratones sexuales habían cesado y ya no tenía miedo de que me volviera a obligar a tener sexo con él. En casa dormía muy pocas veces y cuando lo hacía, yo procuraba quedarme viendo la televisión para poder dormir en el sofá y no tener que pasar la noche con él.

Una tarde viendo las noticias, comenzaron a hablar de la visita de un gran magnate del petróleo que iba a reunirse con representantes del Gobierno. Se me cortó la respiración de golpe. No podía ser. Tenía que haberme confundido. No era posible. Las imágenes que estaban retransmitiendo de una visita anterior mostraban una de las caras que yo había visto en otras dos ocasiones. Pero en la televisión, el citado personaje iba vestido con túnica blanca y cubierta la cabeza con el típico pañuelo árabe, el “kufiyya”, y en las fotos que yo había sacado llevaba un impecable smoking.

Me sentí mareada y tuve que sentarme en el sofá. La cabeza me iba a estallar. ¿Qué estaba pasando? ¿Era todo imaginaciones mías y aquel hombre era alguien diferente a quien yo había visto? Y, peor aún, ¿qué hacía Daniel allí? ¿Qué tenía que ver él con un magnate árabe del petróleo?

Tenía que entrar. No sabía cómo, pero tenía que entrar. Si no lo hacía, terminaría demente. Aunque me costara caro. Aunque fuera una locura. Entraría.

Recuerdo bien cuando volví a la consulta. Había mantenido contacto con Marina, aunque tengo que reconocer que muy esporádico. La notaba distante y molesta conmigo, pero no dejé que eso me hundiera. Javier no había vuelto a hacer acto de presencia, las cosas con Miguel iban de maravilla y psicológicamente mi vida comenzaba a tomar forma de nuevo. Conseguía dormir por las noches, al menos la mayoría de ellas, sin pastillas, y la violación logré apartarla a algún rincón de mi subconsciente. Los análisis dieron negativo en todas las posibles infecciones y enfermedades que podría haber cogido y en su momento me había tomado la pastilla que me dieron en el Hospital, por si acaso hubiera alguna posibilidad de quedarme embarazada aun tomando la píldora, lo cual no sucedió y también me tranquilizó. Todo iba bien. Al menos todo lo bien que podía esperar tras tantos meses de angustia.

Llegué pronto. Tenía que tomarme algún tiempo a solas, antes de comenzar a dar cita a todos los pacientes que me habían esperado tantos meses. Imaginaba que muchos de ellos habrían buscado otros terapeutas, ya que cuando una persona siente que no está bien, no puede permitirse estar meses sin recibir ayuda. Tendría que llamar a muchos de ellos personalmente, disculparme e intentar convencerlos para que volvieran.

La consulta no había cambiado en absoluto. Aunque tampoco esperaba que lo hubiera hecho. Nadie más trabajaba allí. Marina se había encargado de limpiar de vez en cuando para evitar que el polvo se acumulara y, en un primer vistazo, todo parecía estar en su sitio.

Incluso el expediente de Cris continuaba encima de la mesa, donde lo dejé. Lo primero que hice fue abrir el primer cajón y guardarlo allí. Lo suficientemente oculto como para evitar mirarlo a cada momento, pero lo suficientemente a mano como para no olvidarlo. Seguía convencida de que la causa de su muerte podía estar relacionada con él. Aunque quizás fueran imaginaciones mías, igual que me había pasado con el dichoso libro del “Club del Dómino”.

Abrí la agenda, tomé los expedientes más antiguos y comencé a trabajar. Al poco rato oí la puerta. Marina entró en la habitación y me saludó con un escueto:

—¡Hola!

—¡Hola! —contesté yo igual de escueta. Esperaba este recibimiento—. ¿Qué tal estás? —me levanté para darle dos beso y un abrazo, pero dio un

paso atrás. —Vaya —exclamé —¡si que estás enfadada conmigo!

—Bueno —espetó— ¿qué esperas? Te olvidas de mi durante semanas, me mandas dos mensajes para decirme que todavía estás viva, no contestas a mis llamadas y ¿pretendes que te reciba con los brazos abiertos? —se cruzó de brazos, en lo que me pareció un gesto muy dramático.

—Perdona —me disculpé —tienes toda la razón del mundo. Pero han pasado tantas cosas, que no pretendía cargarte con más preocupaciones y obligaciones de las que ya tienes.

—Ya.

—Vamos, Marina —volví a insistir —no seas así. Necesito que estés aquí. Con eso, ahora, me ayudarías un mundo.

—Vale —se acercó finalmente y me abrazó— . pero sólo porque eres mi mejor amiga y te quiero, que si no...

—Anda, mujer —sonreí —tanto como quererme... —reí sin poder evitarlo.

Me di la vuelta y fui hacia la mesa. Cuando me senté, me pareció ver ira en sus ojos durante una milésima de segundo. Pero se esfumó enseguida. Si que estaba dolida conmigo de verdad.

—¿Eres una buena amiga y me preparas un café muy cargado, por favor? Tengo un montón de cosas atrasada que debo comenzar a poner al día. Y luego, si te portas bien —le guiñé un ojo intentando mejorar su humor —bajamos y te invito a comer. De todas formas no puedo atender a nadie todavía. Y tengo que contarte cosas...

—¿Cosas?

—Sip... —dije, divertida —de Miguel.

—¡Ah, ya! —contestó. Se giró y salió de la habitación. Durante la comida no me dejó que le hablara de él, con la excusa de que había mucho de que hablar con relación al trabajo.

El día pasó volando y a las ocho Miguel tocaba el timbre. Había quedado de nuevo para salir a cenar. Dejé la puerta abierta mientras preparaba la ropa que me pondría tras la ducha.

—¿Hola? —gritó desde la puerta.

—Pasa. Tengo que ducharme. Perdona —me excusé —ha sido el primer día de trabajo después de mucho tiempo y he andado muy liada.

—Tranquila. No hay prisa.

—Ponte cómodo. Ya sabes dónde está todo.

—Sí —contestó desde el salón—. lo se.

Su voz sonó distinta. Tanto, que aun habiéndome desvestido ya, me lié una tohalla y salí a ver si todo iba bien.

— ¿Estas bien? —me acerqué a él, preocupada.

— Si —susurró, levantándose del sofá y acercándose a mí.

—¿Seguro? —insistí —suenas un poco...

No me dejó continuar. Me cogió la cara con ambas manos y me besó muy dulcemente. Me pilló completamente desprevenida. Y al mismo tiempo preparada. Desprevenida porque no lo esperaba en aquel momento. Y preparada porque llevaba mucho tiempo deseándolo.

Se separó de mí unos instantes, quizás inseguro de cómo reaccionaría yo. Pero no lo rechacé. Dios sabe que estaba desesperada porque me tocara. Que deseaba besarle desde que lo ví esperándome a las afueras de la Cafetería Alemana y me imaginé cómo sería estar en sus brazos.

Entonces fui yo la que se acercó y le devolví el beso, a lo que su cuerpo respondió con un leve temblor, que me sacó de dudas: él también llevaba tiempo esperando, como yo. Comenzó a besarme cada vez con más intensidad, en los labios, en el cuello, en el nacimiento del esternón, entre mis pechos. Mi cuerpo reaccionaba a cada beso y a cada caricia, como saliendo del letargo en el que se había sumido durante tanto tiempo.

Se separó de mí y sin dejar de mirarme a los ojos, se quitó la chaqueta y la camisa. Su cuerpo era fibroso, sin un gramo de grasa. Músculos perfilados que se marcaban con cada movimiento.

Siguió besándome y gemí, deseándolo más a cada segundo que pasaba. Pero no había prisa. El quería ser cuidadoso en cada gesto, hasta cuando, tirando despacio de la tohalla, la dejó caer a mis pies y me observó muy lentamente, empapándose de cada rincón de mi cuerpo.

Con ambas manos acarició suavemente mis pezones, haciendo que se endurecieran con su contacto. Los rozó con los labios y los lamió. No pude evitar cogerle el pelo y tirar suavemente de él, mientras bajaba hacia mi vientre, dejando un camino de pequeños besos a su paso, hasta llegar a mi pubis.

Se puso de nuevo de pie y me observó, esperando. Me acerqué a él y le desabroché el pantalón mientras nuestros besos se hacían cada vez más urgentes. Sus manos recorrían mi cuerpo y las mías exploraban el suyo. Su

lengua libraba una batalla sensual contra la mía y los dos gemíamos con cada movimiento, hasta que me sorprendió al cogerme a horcajadas. Rodeé su cintura con mis piernas, agarrándome a su cuello y nos llevó así hasta la habitación, dejándome muy suavemente en la cama.

Me hizo el amor muy lentamente, dándome a entender que sabía lo que yo había sufrido y al mismo tiempo asegurándome que con él, aquello no volvería a suceder. Exploró cada parte de mi cuerpo, besándolo y acariciándolo, como haciéndose un mapa mental para no olvidarlo. Cuando sus manos llegaron al triángulo de mis muslos, no pude evitar arquearme para recibir su contacto e incitarlo a explorar mi clítorix y mi interior. Después de tanto esperar, estaba más que dispuesta para lo que él quisiera.

Pasamos la noche casi sin hablar. No hacía falta. Era como si nos leyéramos el pensamiento. Cada uno sabía lo que el otro pensaba y no había necesidad de usar las palabras. Con los movimientos de nuestros cuerpos nos lo decíamos todo, una y otra vez.

Desperté tarde al día siguiente, con él a mi lado, acurrucada en su brazo. Lo dejé en la cama durmiendo y me apresuré a llamar a Marina para decirle que iría a trabajar después de comer, por si surgía algo.

—Consulta de la Doctora Armando, buenos días.

—Hola Marina, soy yo.

—Hola —contestó seria.

—Esta mañana no voy a poder acercarme. Ayer me acosté tarde —no quería darle explicaciones—. Llegaré después de comer.

—Bien —pensé que me iba a colgar, pero lo que soltó a continuación, me dejó completamente fuera de combate—. Estás con él de nuevo, ¿verdad? ¿Es que no has tenido suficiente?

—Pero... —intenté llamarle la atención. Al fin y al cabo seguía siendo mi empleada y yo llegaría a la oficina cuando me viniera en gana. Pero no me dejó.

—¿Cuándo vas a aprender, Celia? ¿Cuándo te vas a dar cuenta de que no merecen la pena? Ninguno de ellos la merece.

—¡Marina! —le espeté, sin poder creer lo que oía— ¡ya basta! Pero, ¿a qué viene esto?

—A nada —susurró—. No sé que más puedo hacer para que lo

entiendas. No sé. No sé —repitió como en un mantra. Y colgó.

Me quedé tan aturdida en medio del salón, que no me di cuenta de que Miguel estaba en la entrada, mirándome preocupado.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí —contesté—. No —volví a decir—. Bueno, no lo sé, la verdad — me acerqué a él, desnudo conforme estaba, mirándome apoyado en la puerta y le rodeé el cuello con los brazos mientras me pegaba a su cuerpo—. Buenos días —sonreí.

—Perfectos días —sonrió a su vez mientras me besaba de nuevo, igual de dulce que la noche anterior—. ¿Preparo café y me lo cuentas? —se ofreció.

—Sí, por favor. Necesito café.

CAPITULO 12

La noticia de que me dejaba no me pilló de sorpresa. De hecho, en cierto modo, me alivió. Por fin podría respirar tranquila.

—¿Me has oído, o estás sorda? —me espetó.

—Sí. Te he oído.

—¿Y no dices nada? —continuó, mientras se acercaba a la habitación y comenzaba a recoger sus cosas en una bolsa de deporte.

—¿Qué puedo decirte? —lo miraba desde la puerta, sin saber muy bien qué hacer—. ¿Que no eres la persona de la que me enamoré? Eso ya lo sabes —bajé la voz. Incluso quitándome un peso de encima, aquello dolía muchísimo. Había pasado mucho tiempo con él. Habíamos hecho planes, nos habíamos querido hasta la saciedad.

—Bueno —dijo irónico—. Soy mejor ahora que antes de venir aquí. Ahora tengo dinero.

—¿Y? ¿Eso es todo lo que cuenta para tí? ¿El dinero? —quería llorar pero no quería darle esa satisfacción.

—No. También cuenta el poder, los contactos, los círculos en los que te mueves.

—¿Y yo? ¿Nunca he contado yo? —me miró con desprecio.

—Ya te lo dije, las mujeres sois para usar y tirar. Seres inferiores que necesitáis ser dominadas por los hombres.

Cada una de esas palabras se me fueron incrustando poco a poco en el pecho. Había desprecio en ellas. Había incluso orgullo al decirlas.

—¿Dónde te has metido, Daniel? ¿En qué secta te han cambiado tanto? —fui subiendo la voz hasta casi gritarle—. ¿Qué te han hecho?

Se acercó a mí, con la mano en alto, listo para abofetearme, pero en lugar de eso, me dió un empujón y me dijo, saliendo por la puerta:

—¡No vales la pena!

Y así se acabó todo. Así desapareció para siempre de mi vida. Mi vida. Que se rompía en pedazos por momentos y no sabía qué hacer. Me senté en la cama, rodeada todavía de unas camisetas suyas que no había querido llevarse. No sé cuánto tiempo pasó. Perdí la noción de las horas. Tenía la luz encendida por lo que no recuerdo haberme fijado en si anocheecía o no . Mi mente no reaccionaba. Sencillamente dejé de pensar. Como si hubiera

entrado en coma. Me refugié en un rincón oscuro en el fondo de mi subconsciente donde no había dolor, ni alegría. No habían recuerdos desagradables, pero tampoco felices. Mi cuerpo reaccionó instintivamente cuando me dormí de pura inercia. No soñé. No tengo recuerdos de casi nada. Tan sólo silencio. Como si mirara una pared en blanco.

Me desperté de aquella especie de trance porque necesitaba ir al baño. Abrí los ojos y me levanté casi sonámbula. Encendí la luz y me miré al espejo. Me devolvió la mirada una cara que en un primer momento ni siquiera reconocí. Con ojeras marcadas, expresión ausente y despeinada. Me eché agua fría varias veces y me acerqué a la cocina. Necesitaba café. Y en cantidades industriales. Necesitaba despejar mi mente para poder pensar que hacer a continuación.

Con el café humeante me senté en la mesa del comedor y puse la tele, más por costumbre que por ganas de verla. Noticias. Hice zapping. Noticias. Y más noticias. Miré el reloj. Era casi mediodía, con lo que todos los canales emitían las “daily news”. Hice zapping de nuevo por si acaso había algo más y allí estaba otra vez. La misma noticia en un canal diferente. El jeque árabe que aquel fin de semana visitaría de nuevo a varios ministros de la cámara de los lores para negociar una posible bajada en el precio del crudo que Inglaterra compraba regularmente a su país. Miré la pantalla fijamente y de refilón vi otra cara que me sonaba.

—Debo estar alucinando —pensé—. No puede ser.

Me acerqué al armario de la cocina donde tenía el móvil escondido y busqué las fotos. Allí estaba. Sabía que me sonaba. El mismo hombre, pelirrojo, rondando los cuarenta, impecablemente vestido con su esmoking. ¿Quién sería? ¿Y porqué aparecía en aquella noticia?

Me vestí, me peiné y salí de casa con un solo pensamiento en la cabeza: descubrir qué demonios estaba pasando. Averiguar porqué Daniel estaba con esa gente y qué narices habían hecho con él para cambiarlo tanto hasta el punto de ni siquiera reconocerlo.

—¡No me lo puedo creer! —todavía estaba perpleja. No era normal en Marina tener esos arrebatos. Y menos conmigo. Hasta ahora siempre había tenido claro que en la consulta yo era su jefa. Punto. Sin excepciones. Y debía hacer su trabajo. Otra cosa distinta era fuera. Cuando no estábamos en la

oficina éramos buenas amigas. Podía llamarme la atención si creía que estaba haciendo algo mal, pero nunca en un tema relacionado con la consulta.

—¿Qué ha pasado? —Miguel se había puesto los pantalones y había comenzado a preparar la cafetera. Estaba increíblemente sexi con los vaqueros sin apretar del todo, dejando a la vista parte de su pubis y sus perfectas abdominales.

Me puse una bata de seda tipo quimono que siempre me gustaba llevar cuando estaba en casa y me acerqué a él de nuevo, apoyando mi cara en su pecho. Olía de maravilla.

—Mmm —exclamé al tiempo que inhalaba profundamente —me encanta tu olor.

—Y a mi el tuyo —sonrió pícaro mirando hacia mis muslos, dando a entender que no era el olor de mi colonia al que se estaba refiriendo.

Volvió a besarme y me acarició la cara.

—Si no hacemos el café, me temo que no voy a ser capaz de desayunar tostadas y voy a desayunarte a tí —me abrazó—. por muy tentadora que sea la idea, tengo turno de tarde.

Preparé unas tostadas con jamón y nos servimos el café.

—Bueno. ¿Me lo quieres contar?

—Si, claro —comencé, dejando la tostada en el plato. Estaba hambrienta—. No es nada, supongo —alzó una ceja, mirándome con expresión de: ya, ¡seguro!—. Es Marina.

—¿Qué pasa con ella? ¿Está bien?

—Si, si. Está bien. Es que la he llamado para decirle que iba a llegar tarde y se me ha encarado diciendo tonterías, enfadadísima —bebí un poco más de café.

—¿Y?

—Que eso no es normal en ella. Siempre ha sido una persona tranquila y comedida. Y sobretodo, siempre ha tenido claro que, ante todo, en la oficina soy su jefa. Que puedo llegar cuando quiera e irme cuando me venga en gana.

—Tendrá un mal día —Miguel intentó quitarle importancia al tema mientras jugueteaba con un trozo de jamón que se estaba cayendo de la tostada—. De vez en cuando todos lo tenemos, lo sabes, ¿no? —sonrió burlón y yo le di un manotazo divertido en el hombro. Se estaba riendo de mí.

—Pero no sé —dije seria— había algo en el tono de su voz que no había notado hasta ahora. Una ira reprimida que no parece canalizar hacia ningún sitio.

—¡Eh!, ¡eh! —Miguel levantó las manos y comenzó a reír.

—¿Qué? —sonreí yo a su vez, no sabía muy bien porqué.

—¿Te has dado cuenta de que estás psicoanalizándola?— me miró muerto de risa—. ¿No será mejor que cuando llegues a la oficina hables con ella y lo aclaréis? Seguramente ni siquiera se haya dado cuenta de su salida de tono.

Tenía toda la razón del mundo. Estaba viendo aquello desde el punto de vista profesional y no como su amiga.

—¡Vale! —reí al verle la cara de tonto que estaba poniendo en esos momentos—. Tienes razón. Hablaré con ella más tarde.

Me levanté, olvidándome por completo del desayuno y me senté encima de él, besándole y acariciándole el pecho, que a mi contacto se tensó, dejando entrever su musculatura.

—¿Estás seguro de que no tienes tiempo? —le susurré al oído, mientras lamía su lóbulo con la punta de la lengua. Casi al instante su erección apretaba ya contra mi ropa interior y abriéndome el quimono lentamente le di acceso a mis pechos.

—Bueno —contestó él, apartando con una mano el plato con las tostadas del borde de la mesa y subiéndome en ella de un solo gesto, mientras me agarraba el cuello con una mano y con la otra me apretaba hacia él—. Creo que pondré una excusa para llegar tarde hoy.

Llegué a la oficina poco después de las dos. Marina no estaba.

—Habrá salido a comer —pensé—. Tenemos que aclarar lo sucedido y olvidarnos del asunto.

Decidida a zanjar el tema esa misma tarde, me preparé un te y me puse a trabajar. Abrí el cajón para sacar unos post—it, pero en su lugar saqué el expediente de Cris. Lo abrí por la primera página y comencé a releer las notas que había tomado desde el día en que entró a mi consulta. Leía con especial interés las palabras o pequeñas anotaciones que había ido subrallando o resaltando para volver sobre ello más adelante.

Desafortunadamente, todo aquello ya no tenía ningún sentido. No habría un después. Pero aun así. Necesitaba intentar comprender cuál era el problema. En cierto modo me sentía culpable de no haberla podido ayudar. Sabía que yo no era la causante de su muerte. Algún malnacido se había

encargado de ello. Pero aun así, sentía un resquemor, como de no haber hecho lo suficiente, lo suficientemente pronto.

Concentrada en la lectura, comencé a anotar en un trozo de papel las palabras más significativas:

Soledad: ¿porqué, si iba con Daniel?

Miedo a lo nuevo: convivencia difícil.

Notas de felicidad salpicadas por desilusión: Daniel

La lista iba poco a poco alargándose y la palabra repetida en la mayoría de las ocasiones era su nombre. Daniel. El supuesto novio que la acompañaba pero del que no sabía casi nada. Ni siquiera sabía su apellido. Estaba casi segura de que existía, gracias a la conversación con la vecina de Cris, aunque también era posible que se lo hubiera inventado todo. Que Daniel sólo existiera para ella y que el supuesto novio del que la vecina le habló fuera alguien totalmente diferente.

Y entonces se me ocurrió la posibilidad de que hubiera sido él. Que había pasado de verdad algo en Londres. Si el tal Daniel realmente se había ido con ella y allí había ocurrido algo, quizás a la vuelta por alguna razón que no conseguía imaginarme, la hubiera matado él. Eran todo conjeturas. Quizás me estaba dejando llevar por la imaginación.

—¿Quizás todo sea un caso de violencia de género! —pensé—. Aunque Cris era joven, no habría sido la primera víctima de celos patológicos por parte de su novio. La idea podría cuadrar. Pero si era violencia de género ¿dónde encajaba el tema de las violaciones? No. No tenía sentido.

Llamé a Miguel. Hacía tiempo que no hablábamos de todo aquello. Me sonrojé pensando que estábamos demasiado ocupados el uno con el otro.

—Dime —contestó enseguida— ¿ya me echas de menos?

—Si —reí—. pero no te llamo para eso.

—Vaya —se quejó —¿qué desilusión! Tú dirás. ¿Más lío con Marina?

—No, qué va. No ha llegado todavía. Parece que se está tomando una pausa más larga de lo que acostumbra —reflexioné en voz alta—. No creo que tarde. Pero no es por eso. He llegado a la oficina y me he encontrado el expediente de Cris —lo dejé caer y callé para aventurar su reacción.

—¿Y?

—Bueno, me preguntaba... —no sabía cómo plantear la pregunta.

—Que si tenemos alguna pista más de lo que sucedió, ¿verdad?

—Sí —afirmé. Me leía el pensamiento como un libro abierto—. Eso.

—¿Quieres que me pase en un par de horas y hablamos? Finalmente he convencido a un compañero para que me haga el turno y no vuelvo a entrar hasta el lunes pero tengo que hacer algunas cosas primero.

—Sí, por favor —me apresuré a contestar—. Me gustaría asegurarme de alguna manera que al que haya hecho esto lo metan en la cárcel. Lo entiendes, ¿verdad? Espero que no te cause problemas.

—No, tranquila. Siempre que nadie más lo sepa, no debería tener problemas. De todas formas, por motivos evidentes... —dejó la frase colgando unos segundos—. ya no sigo en el caso. No puedo tener una relación con un posible testigo.

CAPITULO 13

Cogí el tren y me acerqué al centro. Mientras llegaba a la parada de Leicester Square, mi mente repasó con cuidado todo lo que sabía hasta aquel momento, en un vano intento por averiguar que pasaba en el supuesto trabajo de Daniel. Pero nada tenía sentido. Ni las parejas que entraban, ni la pobre desgraciada que era tratada como un perro, collar incluido. Ni que Daniel entrara allí a trabajar. Ni su cambio radical.

Estaba tan absorta con aquellos pensamientos, que no fue hasta que oí el nombre de la estación y salí al exterior, en pleno centro de Londres, que me dí cuenta de que era libre. Libre por fin. Sin miedo a volver a casa tarde o a pasear por la ciudad pensando en si me lo encontraría, con la consiguiente bofetada que seguiría a continuación.

Era mediodía y verano. Combinación perfecta para disfrutar de la City londinense. Multitud de turistas pululaban por todos lados,

consultando mapas, cámara en mano, para inmortalizar las vacaciones. Deambulé por las calles sin ningún destino en particular. Tenía pensado acercarme al cibercafé de la Virgin y comenzar a buscar información sobre aquel edificio, o sobre los personajes que había visto en la televisión, pero el buen tiempo y la sensación de liberación interior pudieron más que el deseo de verdad.

Dejé atrás la fuente de “Los caballos de Helios” y continué paseando por Picadilly. Llegué a la Iglesia de St. James. Miré hacia adentro de la verja y me di cuenta de que en un pequeño edificio anexo habían montado una cafetería y que también habían instalado unas pequeñas mesas de hierro forjado en el exterior, en las que algunas personas se sacaban el café y disfrutaban de un mediodía caluroso. Los imité.

No disponía de mucho efectivo ya que Daniel no me había dejado tener ni siquiera una cuenta a mi nombre. Lo único de que disponía eran 300 o 400 libras que había ido recogiendo de aquí y de allá en las últimas semanas en las que él había estado menos en casa. Tendría que pensar también en cómo iba a poder sobrevivir sin trabajo, sin dinero, sin cuenta corriente y sin poder pagar el alquiler. Al menos tenía pagado el mes, lo que me daba un margen de 3 semanas y media para pensar. En aquellos meses no se me había pasado por la cabeza ni una sola vez en volver a casa. A España. A lo conocido. Y por ello me arrepentiría el resto de mis días.

Pedí un té con leche y me obsequiaron con un dulce. Cogí ambas cosas y pensé en sentarme en una de aquellas mesas, pero me fijé en un banco a la sombra en el pequeño cementerio adyacente, debajo de un frondoso árbol, y hacia allí me dirigí.

Fueron los mejores cuarentaycinco minutos que había disfrutado desde hacía más de un año. Tranquila. Relajada. Con la mente en blanco, viendo a la gente pasear o simplemente pasar deprisa por delante de la verja, atareados o hablando por los móviles.

Aquel lugar era como un remanso de tranquilidad en medio de la vorágine de uno de los centros del mundo, no sólo financiero, sino también cultural y social. El frescor que proporcionaba aquel árbol, el sonido de los pájaros cerca de mí. Todo hizo que me recostara sobre el banco y acabara cerrando los ojos.

—¡Eh! —oí cerca de mí— . Miss...

Abrí los ojos y por una milésima de segundo creí reconocer la cara de Daniel, ya que la figura que tenía enfrente tenía el sol justo detrás y no se

distinguían bien sus rasgos. Grité y me senté de un salto, cubriéndome la cara con ambos brazos, intentando evitar la bofetada que vendría a continuación.

—¡Eh, oiga! —volvió a repetir— ¡tranquilícese!

Me di cuenta de que no era su voz. Me estaba hablando en inglés.

—Sólo quiero saber si me puedo sentar —el hombre levantó las manos, en señal de rendición.

—Disculpe —me apresuré a decir, un poco más tranquila —estaba durmiendo y me asusté.

Me levanté apresuradamente, con el corazón latiéndome con fuerza y la tan conocida sensación de pánico que precedía a cualquiera de sus bofetadas, puñetazos o empujones, y me fuí.

En aquel momento me di cuenta de dos cosas. Una, de que todavía no era libre. Que no me iba a librar de él con tanta facilidad. Y dos, que no me lo iba a quitar de la cabeza si no encontraba una explicación a lo que pasaba. Y con ese único pensamiento de nuevo grabado en mi mente, me encaminé a la Virgin.

Esos cuarentaycinco minutos de libertad no se volverían a repetir jamás.

Tras un rato pensando en el expediente de Cris decidí volverme a casa. Llamé a Miguel y quedé para más tarde. De todas formas Marina no había aparecido tras la comida y no quise llamarla. Ya tendría tiempo de hablar con ella. Ahora no me apetecía. Así de sencillo.

Cogí el expediente y me marché. Ella estaba muerta, así que no violaba la confidencialidad y pensé en enseñárselo a Miguel por si entre los dos podíamos sacar algo en claro. Si finalmente el juez que llevaba la instrucción del caso decidía pedírmelo, mejor aprovechar y hacer una copia e intentar averiguar algo más por mi cuenta.

Llegué a casa y me puse cómoda. Quedaba un buen rato hasta que Miguel apareciera, así que decidí continuar con la lectura de “La casa del Dómino”, para al menos pasar el rato entretenida. No me apetecía encender la televisión. De hecho, no me gustaba especialmente. Encontraba los programas demasiado vacíos o demasiado insulsos. Demasiados cotilleos, salsa rosa y programas de famoseo en sitios perdidos del planeta, viviendo como sus

madres los trajeron al mundo. Y, sobre todo, demasiado explícitos sexualmente para los horarios en los que se emitían. Y las películas no eran mucho mejores. Todas eran repetidas una y otra vez en los diferentes canales.

Comencé a leer donde lo había dejado la última vez. El capítulo prometía: “La fundación de nuestra casa”. Por fin llegaba al meollo de aquella historia:

“Nuestra casa fue creada en la época de los setenta por ciertos miembros de la élite financiera mundial, cuyos apetitos sexuales habrían sido considerados demasiado “especiales” en los círculos sociales habituales. Se creó un código de conducta y un proceso de admisión muy estricto para evitar la filtración a los medios de dichos hábitos sexuales, que sin lugar a dudas habrían acabado con sus carreras y habrían destruido sus imperios.”

Me paré aquí. La narración cada vez se parecía más al guión de la película de Kubrik.

—O sea —pensé —un club sexual para la élite. ¿Se pondrán también máscaras y capas? —reí sin poder evitar que mi mente recordara alguna de las escenas.

Narraba entonces alguna que otra de esas “normas” de conducta, como por ejemplo, no llamar a ninguno de los miembros por su nombre (todos tenían asignado un avatar o seudónimo para evitar los nombres de pila, aunque entre ellos todos se conocían); no juzgar ninguna de las conductas sexuales que los otros miembros decidían llevar a cabo; o que estas fueran consentidas:

“...salvo, naturalmente, en lo referente a la puja”.

—¿La puja? —paré de leer— ¿qué puja? —aquella alusión me pareció extraña. Como fuera de lugar.

Sonó el timbre y dejé de nuevo el libro. Miguel llegaba pronto, como era normal en él. Desde que lo conocí, había sido siempre puntual.

—Hola —se acercó a mí y me besó con ansia—. Te he echado de menos.

—Y yo —susurré cogiendo aire para no dejarme llevar y acabar haciéndole el amor. Desde que habíamos pasado a aquella etapa en nuestra relación, el sexo dulce y tranquilo se estaba convirtiendo en deseo

desenfrenado, que nos proponíamos satisfacer a cualquier coste. Miguel me mimaba en ese sentido y yo me dejaba mimar—. Mejor será que tomemos algo o no voy a poderte enseñar lo que necesito que veas —le sonreí.

—Es una lástima, doctora —hizo un puchero infantil—. Yo venía dispuesto a tomar el postre antes de cenar— pasó su lengua tentadora por mis labios.

—Miguel —le regañé —compórtate. Quiero comer algo primero...

Preparé algo de cena y cuando terminamos le enseñé el expediente de Cris.

—¿Estás segura de que esto es legal, verdad?

—Claro hombre —repuse—. De todas formas el juez seguramente me lo pedirá. Así que he pensado que si tu le echas un vistazo igual te das cuenta de algo que a mi se me haya pasado.

—No te lo tomes a mal, Celia —dudó —pero, ¿porqué estás tan convencida de que lo que ponga aquí tiene algo que ver con su muerte? ¿Te dijo algo que te indujera a pensar en ello?

—No —respondí—. Pero sé que lo que le pasó allí y su muerte están relacionados de alguna manera —me apresuré a contestar. El levantó una ceja, confundido—. No me preguntes porqué, ¿vale? No lo sé exactamente. Al menos no todavía. De todas formas hay una pauta en toda su historia. Y esa es Daniel. El novio. Cuando fui a preguntarle a su vecina...

—Espera, espera —me cortó—. ¿Fuiste a preguntarle a la vecina sobre su muerte? ¿Cómo no me dijiste nada? —preguntó molesto.

—No. No sobre su muerte. Fue antes. Cuando desapareció. Me preocupaba que hubiera hecho alguna tontería. Y además, tú y yo todavía no estábamos juntos —casi susurré esta última frase—. no sabía en quien confiar. Y...

—Vale —me tapó la boca con su mano y me calle—. Lo entiendo, ¿ok? —me la destapó y me besó muy suavemente en los labios—. ¿Y quién es ese Daniel?

—Creo que deberías primero leerte el expediente y luego te cuento todo lo que recuerdo de su historia —me levanté—. Vete al sofá —le ordené—. Ahora llevo los cafés y hablamos.

—¡Si, doctora! —se cuadró como en el ejército.

—¡Bobo! —le reprendí con una sonrisa.

Estuvimos un buen rato discutiendo los detalles del expediente y él coincidía conmigo en que la única constante en la mayoría de su relato era él. Daniel.

—¿No sabes su apellido? —preguntó él.

—No.

—Ni dirección, teléfono... algo que nos pueda llevar a él.

—No. Nada —me desanimé.

—Entonces va a ser imposible localizarlo, Celia.

Me levanté del sofá y me desentumecí la espalda mientras paseaba por el diminuto comedor. Sí. Teníamos un problema. Necesitábamos encontrarlo. Yo seguía dándole vueltas a lo mismo. Él era la clave. Y entonces, como una estrella fugaz en la oscuridad de mi cerebro, pasó raudo un pensamiento.

—¡La amiga! —solté de pronto y salí hacia mi habitación para buscar mi bolso.

—¿Qué? —rió con ganas—. ¿A qué viene eso?

—La amiga de Cris —grité desde la habitación, mientras rebuscaba en los bolsillos de mi bolso—. La vecina me dijo que ella lo conoció. Antes de irse a Londres. A la mujer le caía muy bien la chica y me dio su teléfono. ¡Maldita sea! —me quejé. No encontraba el dichoso papel—. ¡Joder! No lo encuentro.

—¿Recuerdas cómo se llamaba?

—Sí. Andrea —recordé—. Andrea Martínez, o Medina... o algo así.

—¿Andrea Marhuenda? —preguntó él desde el salón dejándome perpleja.

—Pero, ¿qué narices? —salí de la habitación y me lo encontré apoyado en la puerta, con el libro rojo en la mano, del que salía un papel, a modo de señalador, en el que podía leerse perfectamente su nombre—. ¡Vaya! Precisamente ahí.

CAPITULO 14

—Jequé Mohamad Ibn Yusuf —tecleé. Y acto seguido aparecieron numerosas entradas referentes a este personaje, fotos incluídas—. Visitas recientes a Londres —añadí a la búsqueda. Y pulsé “intro” de nuevo.

Llevaba pocos minutos sentada a uno de los ordenadores de la Virgin, intentando decidir por dónde empezar a buscar. Primero lo intenté con la dirección del edificio donde Daniel trabajaba. No había mucho donde elegir. Sólo encontré referencias de Google Maps, las páginas amarillas y poco más. Luego intenté con el nombre del jeque que salía últimamente tanto en las noticias.

Por lo que pude leer, el susodicho jeque era un habitual de la ciudad.

Habían muchas referencias a visitas anteriores, todas relacionadas con acuerdos comerciales que, según la web, llevaba a cabo desde hacía varios años con el Ministro de Energía Británico. Hijo de un magnate del petróleo, había conseguido su condición de jeque al haber sido nombrado él a su vez, Ministro de Energía en su país.

—Vale —pensé—. Aburrido. Provenimos “night life”.

Con esta nueva frase, también aparecieron varias entradas. Al parecer, al jeque le gustaba disfrutar de la noche londinense y habían varios artículos de cotilleos en los que se especulaba con la posibilidad de que fuera homosexual ya que no se le había podido fotografiar todavía con ninguna mujer. Según dichos artículos, no fumaba, ni bebía, como cualquier musulman, aunque en ocasiones “desaparecía” del acecho de periodistas y fotógrafos y nadie lo localizaba después.

—¡Vaya! —me llamó la atención aquel comentario—. ¿Desaparece?

Seguí leyendo. En cada una de las visitas a Londres se hospedaba en el mismo hotel y en ocasiones los medios podían pasar varios días haciendo guardia ante su puerta y no conseguían verlo salir hasta el día de su marcha. Algunos incluso creían que salía por alguno de los accesos laterales o subterráneos del hotel, donde el acceso a periodistas y curiosos estaba vedado. Y se proponían numerosas teorías del porqué de esta conducta. Algunas de ellas disparatadas como que era un espía e iba de incógnito a vender o conseguir información financiera para chantajear al gobierno inglés.

Probé con “imágenes” y la lista fue larga. Personajes del papel cuché desfilaban uno tras otro a su lado, capturados por teleobjetivos de papparachis ávidos de una exclusiva. Era extraño. Realmente no se lo veía en ninguna de las fotos en tomas comprometidas con jovencitas o ni tan siquiera con mujeres de su edad o mayores. Todas eran fotos muy formales. Casi parecían estudiadas, preparadas para la ocasión. Para callar comentarios inoportunos.

Pasé las fotos rápidamente, ya cansada de tanto famoseo y cuando ya iba a desistir, me paré y me acerqué a la pantalla, como queriendo asegurarme de que había visto bien. Ahí estaba otra vez. El tipo de las noticias. El pelirrojo. Detrás del jeque hablando con alguien que le daba la espalda a la cámara. ¿Quién sería ese hombre? No parecía un guardaespaldas, pero estaba claro que estaba relacionado con él. A pie de foto había una reseña:

“El jeque Yusuf saliendo de un restaurante del centro londinense...”

Pinché en el link y en otra página se abrió el artículo completo, que estaba ilustrado con bastantes fotos. Fui leyendo el texto de pasada, buscando algún nombre que pudiera aclarar algo. Habían varias tomas de la reunión mantenida por el jeque con aquellos dos hombres de la primera foto. Se notaba que eran tomas llevadas a cabo desde bastante lejos y a través de un cristal, posiblemente desde un coche, porque se podían distinguir gotas de lluvia en un primer plano. Como tomadas al vuelo o con un teléfono móvil.

Pinché la siguiente foto y casi me caigo de la silla al alejar la cara de la pantalla de golpe, como si hubiera salido de ella alguna mano misteriosa y me hubiera empujado para atrás. No podía ser. Aquello no tenía sentido. Pero... Pero no había duda. No. No la había.

¡El tercer hombre de la foto era Daniel!

Marina me llamó el lunes a mediodía. Yo no quise echar más leña al fuego y no la llamé por la mañana al ver que no aparecía. Además, el fin de semana había sido demasiado bueno como para enfadarme tan temprano. Miguel y yo habíamos pasado el sábado completo prácticamente en la cama, disfrutando el uno del otro con ansia. Incluso comíamos en la cama cuando nos entraba el hambre. Sólo podía sonreír al pensar en ello. Había sido un sábado muy intenso.

El domingo, para despejarnos un poco, yo había preparado unos bocadillos, metimos en la nevera portátil un vino blanco que a mí me gustaba especialmente, le añadimos muchos cubitos de hielo y salimos de casa en dirección al retiro, donde nos tumbamos debajo de un gran árbol, a la sombra, a pasar la mañana. Estuvimos hablando de nosotros casi todo el tiempo. De nuestras familias y conocidos. De nuestras expectativas y lo que cada uno esperaba para el futuro. Nos estábamos conociendo y ninguno de los dos parecía querer dejar pasar el tiempo, como ocurriría en una relación normal. Ninguno de los dos quería ir poco a poco.

A veces parecía que queríamos conocernos lo antes posible, porque llevábamos demasiado tiempo sin el otro y no podíamos perderlo más. En cierto modo me gustaba su determinación por estar conmigo, aunque a veces, la intensidad de lo que sin duda sentía por él, me asustaba. Estaba enamorándome tan rápido que me daba miedo. Tras mis últimas nefastas

experiencias de pareja y haber conseguido abrir mi corazón de nuevo, no quería dejar pasar la oportunidad de afianzar nuestra relación, aunque hiciera relativamente poco que habíamos comenzado con ella.

El fin de semana había sido realmente increíble. Miguel había dormido en casa y me había sorprendido a mí misma en alguna que otra ocasión pensando que aquello era perfecto. Que así es como debía de ser siempre. Por un momento incluso pensé en pedirle que se mudara conmigo. Pero tenía claro que era demasiado pronto. Necesitaba tomarme mi tiempo y asegurarme de que lo que comenzaba a sentir por él era sólido. Que pensar en estar enamorándose y que él sintiera lo mismo por mí eran dos cosas diferentes. Aunque cada día estaba más convencida de que así era.

Pero ahora era lunes y Miguel tenía turno doble por haber pedido el favor el viernes y también había solicitado hacer horas extraordinarias para sacar algo extra a fin de mes, con lo que no podría quedar con él en los siguientes tres días. Al final de nuestra última charla, quedamos en que intentaría averiguar algo más sobre Daniel. Y si era posible, intentaría localizarlo para que nos diera alguna idea de lo sucedido en Londres.

Cuando Marina me telefoneó, pensé por un momento en no contestar. No se lo merecía. Pero, al fin y al cabo, seguía siendo mi mejor amiga.

—¿Celia? —comenzó con voz triste —lo siento mucho. No sé qué me pasó. No entiendo porqué me enfadé contigo así.

—No te preocupes Marina —repliqué —todos tenemos un mal día de vez en cuando —sonreí para mí al haber citado a Miguel.

—¿Puedes pasar por casa? —preguntó—. No me encuentro muy bien y me gustaría que habláramos un rato tú y yo solas, como hemos hecho siempre —su voz sonaba realmente arrepentida. Casi lastimera.

—Sí, claro —respondí. Era lo menos que podía hacer por ella después de haberme cuidado durante tantos meses y haberse encargado de la consulta como si fuera su propio negocio—. Paso dentro de una hora y comemos juntas antes de volver a la consulta. Ya me encargo yo de comprar algo de comida china.

—Vale, gracias.

Colgué y le mandé un mensaje a Miguel:

“ ¿cómo andas? ¿mucho trabajo?”

“ sí, un poco”

“ voy a comer con Marina en su casa para aclarar el malentendido”

“ ok, diviértete. Te llamo en cuanto pueda”

“ te echo de menos”

“ y yo”

Sonreí como una cría y me encaminé al restaurante. Compré tres o cuatro platos variados y me acerqué a casa de Marina. Me recibió en chándal y zapatillas. Se la veía mal. Demacrada. Como de haber pasado la noche en vela.

—Marina, muchacha, ¿estás bien?

—Si —contestó sin ganas—. Sólo estoy cansada. No he dormido bien. Pasa y ponte cómoda. Dame las bolsas —me las quitó de las manos y se fue hacia la cocina—. Ya preparo yo los platos.

—Vale.

Su apartamento era mucho más espacioso que el mío, si bien más antiguo y sin ascensor. Me senté en el sofá y miré el móvil por si tenía algún mensaje más. No había nada.

—¿Quieres vino tinto o blanco? —preguntó desde la cocina.

—Blanco si tienes.

—Mejor saco la bandeja y comemos en el sofá si no te importa. No me apetece poner la mesa.

—Claro mujer —respondí extrañada —que no soy una visita —su voz parecía distinta. Más grave. Como si todo aquello fuera una obligación. Deseché ese pensamiento enseguida— ¡no psicoanalices! —me regañé.

Salió con la bandeja cargada de la comida que yo había comprado, palillos incluidos.

—Toma —me la dejó cerca—. Voy a por el vino.

Organicé un poco la mesa para que las dos pudiéramos acceder a todo sin problemas, mientras le hablaba.

—Han pasado muchas cosas en los últimos meses Marina —comencé—. Y quería darte las gracias por estar ahí por mí.

—Sin problema —contestó escueta con la misma voz grave.

—No quiero que nuestra amistad se resienta por cualquier tontería. Eres mi mejor amiga —le sonreí. En ese momento salía de la cocina con dos copas de vino y me alcanzó una.

—¡Por la amistad! —brindó.

—¡Por mi mejor amiga! —brindé yo, dándole un buen trago al delicioso líquido, que estaba muy frío, como a mi me gustaba.

—¡Ya! —replicó.

—Sigues enfadada conmigo pero no entiendo porqué. Ahora que todo empieza a ir mejor en mi vida. Con Miguel, y ...

—¡Ahí está otra vez! —espetó, levantándose de golpe.

—¿Qué? —pregunté lo más suavemente que pude. No quería otra salida de tono u otra rabieta— ¿porqué tienes que ponerte así cada vez que te hablo de él? No lo entiendo. Deberías de estar feliz por mí. Después de todo lo que me ha pasado, creo que me merezco un respiro.

—Ya sé que no lo entiendes —me dio la espalda—. Pero lo harás. Conseguiré que lo entiendas.

La habitación empezó a dar vueltas a mi alrededor. Mis párpados se empeñaban en cerrarse. Me encontraba mal.

—No me encuentro bien —intenté levantarme, pero Marina me volvió a sentar. Estaba muy confusa. Como si estuviera soñando.

—Siéntate, Celia —me sujetó por los hombros para que no me levantara.

—Pero...

CAPITULO 15

Desperté con un tremendo dolor de cabeza. Estaba muy oscuro. Completamente aturdida intenté incorporarme en la cama y todo volvió a girar a mi alrededor. Era una sensación horrible. De hecho era la misma sensación que tuve tras lo sucedido con Javier. El mismo dolor punzante y el mismo mareo por el que no conseguía mantener los ojos abiertos. Estiré instintivamente la mano para dar la luz de la mesita de noche, pero no la encontré.

—Pero, ¿qué...?

La pregunta quedó en el aire al darme cuenta de repente que no era mi cama. No estaba en mi habitación. Pero tampoco en ninguna de las del apartamento de Marina. Tras acostumbrarse a la escasa luz existente, mis ojos se pasearon por aquella habitación, de no más de 3 x 3 metros de grande, en la

que había una sola ventana, tan pequeña que ni un niño podría pasar por ella, por lo que la luz casi no se filtraba. Me entró el pánico. ¿Qué estaba pasando? ¿Dónde podía estar?

—¡Marina! —llamé en voz alta, sin obtener respuesta—. ¡Marina! —chillé.

Intenté levantarme despacio y un ruido metálico resonó en la habitación. Me puse de pie y me acerqué a la puerta. O al menos lo intenté, porque al dar un paso trastabillé y el tobillo me dolió. No podía creerlo. Tenía una esposa aprisionándolo y la otra estaba atada a una cadena.

—¡Dios mío! —cada vez estaba más asustada. Aquello parecía una película de terror. El final de la cadena se perdía en la oscuridad de la habitación. La cogí con las dos manos y sin pensarlo dos veces tiré de ella, sin éxito. Asumí que estaría cogida a la pared de alguna forma.— ¡Esto no puede estar pasando! —me apreté fuerte las sienes intentando hacer desaparecer el dolor.

Me volví a sentar en la cama e intenté relajarme. Pensé que el dolor remitiría. Inspiré varias veces y cerré los ojos. ¿Qué diablos había ocurrido? ¿Cómo había terminado allí? ¿Y dónde narices era “allí”? Un millón de preguntas pasaron raudas por mi mente. ¿Y Marina? ¿Estaría ella en la misma posición que yo?

El último recuerdo que tenía de lo sucedido era haber probado el vino, que estaba delicioso. Seguía sin creermelo que me hubieran secuestrado. Porque, tuve que reconocer que aquello era exactamente lo que pasaba: me habían secuestrado.

—¡Acércate a la pared y date la vuelta!

Me sobresalté. Pensaba que estaba sola. La poca luz existente no me dejaba ver que había alguien más en la habitación. La voz, grave y profunda retumbó en mi cabeza.

—¡Javier! —comencé a temblar como una hoja movida por la brisa. Aquello sí que no me lo esperaba—. ¡No! ¡No! ¡No!

—¿Acaso no me has oído? —preguntó— ¡Vamos!

Me levanté y me acerqué hacia donde pensaba que estaba la pared, por donde la cadena tiraba de mí.

—Las manos —insistió—. apóyalas a la pared. Y si mueves un solo músculo para volver la cabeza, ¡te mato!

Hice lo que pedía sin ni siquiera pensar en separarme ni un milímetro de la pared. Todos mis miedos de aquel último año; mis pesadillas; mis noches en

blanco esperando que en cualquier momento apareciera; mi incapacidad durante meses de poder llevar una vida normal, se acababan de materializar entre aquellas cuatro paredes que ahora se me hacían claustrofóbicas.

El pánico que sentía en aquellos momentos no me dejaba pensar. Los músculos del cuerpo se agarrotaron y la sensación creciente de que los brazos me pesaban como gigantescas moles de piedra hizo que comenzaran a temblarme.

—¡Vaya, vaya! —noté cómo se acercaba a mí. Su voz sonaba distinta. Sé que hacía mucho tiempo que no le veía. Pero la última vez que escuché su voz fue cuando volvió a agredirnos a Miguel y a mí en la entrada de mi apartamento. Y esa voz era la misma. No tenía la menor duda. Distinta y a la vez la misma—. ¿Qué nos ha traído el gato? —se mofó —un lindo pajarillo.

Era incapaz de hablar. Aunque hubiera querido contestarle a aquel estúpido comentario, no habría habido forma humana de hacerlo. Todo mi cuerpo estaba paralizado por el miedo.

—¿Sabes? Tengo muy buenos recuerdos de la última vez que estuvimos juntos —uno de sus dedos recorrió mi espalda y un estremecimiento doloroso surcó mi columna vertebral. Como una descarga eléctrica que quemase como el fuego—. Me gustó mucho follarte atada e indefensa —me aprisionó una nalga con la mano y tan despacio que me pareció que el tiempo se detenía, llevó la mano hacia adelante y al llegar a la confluencia de mis muslos, la cerró con fuerza, haciendo que inconscientemente intentara cerrar las piernas. Se acercó a mi oído y me susurró:— bueno, debería precisar un poco: nos gustó mucho. ¡Zorra!

Noté un pinchazo en el cuello.

Cuando desperté de nuevo me ubiqué enseguida. El secuestro. La habitación. Javier. Sentí movimiento a mi espalda y temí lo peor. Que me hubiera drogado de nuevo y me hubiera violado. Me giré despacio, horrorizada por la perspectiva de verle la cara otra vez.

—¡Marina! —exclamé, asustada y a la vez aliviada de verla allí.

Las cosas iban de mal en peor. Si tenía alguna mínima esperanza de que de alguna manera Marina me pudiera ayudar, se esfumó al instante. Pero al mismo tiempo me alegré. Al menos estaba bien. Y no parecía herida.

—¡Eh! —la moví suavemente. Quería evitarle el pánico que me invadió

a mí cuando desperté allí— ¡despierta, Marina!

—¿Qué? —respondió somnolienta mientras abría los ojos— ¿Qué pasa?

—Tienes que espabilarte.

—Celia, ¿qué haces en mi cama? —preguntó todavía aturdida—
¡menudo dolor de cabeza!

—No estoy en tu cama.

—¡Vaya! ¿no? —rio —yo estoy tumbada y tú estás a mi lado. ¿Qué ha pasado? ¿Y por qué no das la luz? No se ve nada.

—Será mejor que te incorpores. Y relájate, ¿ok? Ante todo, relájate —la ayudé a sentarse y me miró sin comprender.

—Tú estás muy rara —hizo el mismo ademán que yo de ir a encender la luz de la mesita de noche, y como yo, no la encontró— ¿qué narices pasa?

—No hay otra forma de decir esto... —comencé a decir. Tomé aire mientras la agarraba suavemente por las manos, intentando a la vez relajarme yo— . Javier nos ha secuestrado.

—¿Qué? —levantó la voz —pero ¿tú que te has fumado?

Se incorporó y a los pocos segundos se volvió a sentar. Acababa de darse cuenta de que aquello no era una broma. Aquella no era su habitación.

—¡Eh! —intenté tranquilizarla— ¡todo va a salir bien!

Volvió a levantarse y se dirigió a la puerta, aunque como yo, sin éxito, al percatarse de las esposas.

—¡Ese malnacido! —chilló, pillándome por sorpresa. Se lo había tomado peor de lo que pensaba—. ¡Hijo de puta! —volvió a chillar— ¡maldito hijo de puta! ¿Quién te crees que eres?

—Tranquilízate.

—¡Ni siquiera eres un tío, que tienes que drogar a la gente para poder violarla! —siguió chillando, como enloquecida.

—Marina —le pedí—. ¡Ya vale!

—¡Sois todos iguales! ¡Malnacido! ¡Sácanos de aquí ahora mismo!

—¡Ya vale! —chillé yo, tapándome los oídos con las manos. Sus gritos me hacían daño—. Así no conseguirás nada. ¡Siéntate! Tenemos que pensar.

CAPITULO 16

Después de darle muchas vueltas tomé la decisión. Ahora, visto todo desde la perspectiva que te da el tiempo transcurrido, me doy cuenta de que fue la peor decisión que he tomado jamás. Pero en aquel momento, con las imágenes de Daniel pasándome raudas por la cabeza, con mis propios pensamientos martilleándome el cerebro, con el único propósito de averiguar qué ocurría en aquel edificio, me pareció la única solución posible si quería cerrar aquel doloroso capítulo de mi vida.

No disponía de mucho dinero, pero estaba convencida de que saldría bien. Tenía claro que la manera de entrar allí pasaba por un vestido rojo, unos tacones de aguja y una excusa bien pensada. Así que recorrí durante un par de días todas y cada una de las tiendas OXFAM de segunda mano que pude encontrar, hasta que di con un vestido rojo de noche por un precio muy asequible.

Me lo llevé a casa y lo revisé. Era demasiado largo comparándolo con los que había visto llevar a las mujeres que entraban en el edificio, pero no tenía mangas, lo cual lo hacía sexi. Sin dudarlo lo acorté hasta dejarlo de tal manera, que en mi vida lo hubiera llevado de no haberme visto obligada a ello.

En una semana estaba lista para entrar. Todavía no tenía muy clara la excusa, aunque contaba con que si me pillaban, nombrando a Daniel se me abrirían de alguna manera las puertas.

Decidí intentarlo aquel mismo jueves. Los nervios no me dejaron dormir la noche anterior y el corazón estuvo acelerado desde el mediodía. Pero seguí. No pensaba echarme atrás. No sabía porqué, pero no me lo podía permitir.

Mientras andaba por las calles, pensé que quizás todas aquellas mujeres hermosas de cuerpos esculturales que había visto entrar en el edificio eran tan solo prostitutas. Entonces caí en la cuenta de que podía ser la explicación. Que sencillamente aquel lugar era una suerte de prostíbulo de lujo y que por eso Daniel llegaba a casa muchas veces con aroma de mujer.

Deseché la idea. No cuadraba con las mujeres de las capuchas y los collares de perro.

—¡Igual es un prostíbulo sadomasoquista!—pensé, ilusa.

Cuando llegué a la esquina, tan conocida por mí a esas alturas por la cantidad de veces que había estado allí, las piernas me temblaban como si fueran de gelatina. Antes de salir de casa me había tomado un par de infusiones relajantes, que sin embargo ahora resultaban inútiles.

Respiré hondo un par de veces. Saqué un espejo de mi bolso de mano y me arreglé un poco el pelo, que había recogido con un elegante moño y que había adornado con un pasador de perlas. Me pellizqué las mejillas. Estaba tan asustada que la sangre no me llegaba a la cara y estaba pálida. No lo pensé más. Si no lo hacía ahora, estaba segura de que no lo haría jamás. Me marcharía de allí y mi vida se quedaría marcada para siempre.

Despacio me acerqué al callejón intentando llamar lo menos posible la atención. Afortunadamente era entre semana y en la City no había gente a esas horas. Contaba con que la ventana de los vestuarios femeninos estuvieran abiertos, como en tantas ocasiones había visto. Para que nadie sospechara, encima del vestido rojo me había puesto una camisa blanca, falda negra y chaleco, como había visto hacer a las mujeres que allí se cambiaban. Imaginaba que formarían parte del servicio de limpieza o quizás serían camareras.

Esperé a que salieran del vestuario y despacio, mirando a un lado y otro por si algún coche se acercaba, metí la mano por la ventana y solté la pequeña cadena que mantenía el cristal sujeto a la pared para evitar que se abriera completamente. Levantándome la falda casi hasta la cintura, me aupé como pude un un barril vacío de cerveza que al parecer almacenaban en el exterior cuando estaban vacíos y conseguí entrar.

El corazón se me salía del pecho por el subidón de adrenalina con que mi cuerpo estaba enfrentándose en aquellos momentos. Cerré rápidamente el cristal conforme lo había encontrado y me metí en uno de los servicios. Tras unos minutos en los que conseguí por fin que mi corazón se tranquilizara un poco, me quité el uniforme de camarera y lo metí en una mochila que había traído conmigo. Saqué los stiletos y me los puse. Para evitar llamar la atención, colgué la mochila en una de las perchas del vestuario y dejé las botas que había llevado para llegar allí justo debajo, como si fueran los de una empleada más.

Me dispuse a salir y conforme abría la puerta, una chica joven se tropezó conmigo. Se quedó bloqueada por unos momentos. Se notaba que no esperaba encontrar a nadie en el vestuario. Aproveché su asombro para

hacerme la sorprendida yo misma. Con el mejor inglés que conseguí pronunciar le pregunté.

—¡Perdone! Busco los servicios de señoras, pero no entiendo como he llegado aquí —hice un gesto un poco cómico, como de haber bebido más de la cuenta—. ¿Me puede ayudar?

—Si, claro —contestó la jóven a los pocos segundos—. Venga conmigo. Se ha equivocado de pasillo.

—Gracias —me apoyé un poco en ella—. Creo que he bebido de más.

—No se preocupe.

Me acompañó hasta el final del corredor y torcimos a la izquierda. Nos encontramos en medio de una recepción con dos puertas a los lados. La de la derecha, por la que acabábamos de pasar, era más pequeña y simple, de color blanco, como el resto del edificio. La de la izquierda era grande, adornada con bajorrelieves exquisitos de flores y pájaros. Me recordó a algunas que había visto en una exposición en el Museo de Londres.

—Es por esa puerta —me dijo la jóven, dejándome apoyada en la pared.

—Si, ya sé dónde estoy —mentí—. Gracias de nuevo.

No había nadie en aquel pasillo, así que me aventuré a través de la puerta, bajo la mirada expectante de la jóven, que parecía asegurarse de que esta vez entraba en el sitio correcto. A escasos dos metros, unas pesadas cortinas rojas dejaban pasar una luz tenue hacia la entrada. Se oía música de fondo y rumor de gente hablando.

Atravesé las cortinas y me volví a encontrar en otro vestíbulo, esta vez ricamente decorado. En las paredes de los lados había frescos de parejas y grupos haciendo el amor en todas las posturas imaginables. Del mismo sexo y mixtas. Tríos, grupos y toda la variedad que pudiera uno imaginarse. Las escenas, sin embargo, se desarrollaban en los más diversos lugares, predominando a la derecha de la pared los castillos y jardines de palacios, pasando por locales o habitaciones en las que, con el paso del tiempo, se habían ido añadiendo elementos cada vez más modernos. Aquello parecía una representación de los gustos sexuales, desde la época de María Antonieta hasta la actualidad. Como si estuviera viendo una película a lo largo del tiempo.

Pero lo más chocante de aquella habitación era un letrero grabado en piedra, con las letras parecidas a las que se usaban en los créditos de las películas antiguas de romanos, que decía:

“Wellcome to the Domino’s Club”

Mientras estábamos inconscientes, Javier nos había dejado a la entrada de la habitación un par de botellas grandes de agua, unas cuantas piezas de fruta, unas galletas y dos bolsas de McDonalds, que supuse contendrían hamburguesas y patatas.

—¡Qué considerado! —pensé con rabia.

Cogí una de las botellas y reticente bebí unos sorbos. Temía que nos volviera a drogar, o algo aun peor. Marina se había calmado y después de un buen rato se levantó a examinar la habitación.

—¡Aquí hay una puerta! —dijo de repente—. Justo al lado de la cama.

Me acerqué con cautela y la abrió. El olor a cañerías rancias nos hizo pensar que podía haber agua en algún lado. Instintivamente pasé la mano por la pared y encontré un interruptor. Un retrete y un lavabo, iluminados por una mísera bombilla apareció ante nosotras. La luz nos dañó los ojos.

—¡Vaya! Al menos podemos orinar —se quejó Marina con el mismo tono que yo había usado para mí misma hacía un rato.

—Al menos tenemos luz —dije yo, algo más relajada. La visión de un secuestro a oscuras parecía mucho menos siniestra con aquella luz mortecina.

Nos sentamos en la cama, una al lado de la otra, cada una rumiando sus pensamientos, imaginando mil y una posibles explicaciones al cómo y sobretodo, al porqué de aquella situación.

—¿Qué puede querer ese malnacido? —preguntó Marina.

—No lo sé.

—Era tu novio, ¿no? ¿No te dio algún indicio de que esto se le hubiera pasado por la cabeza? —me espetó, molesta.

—Bueno... ¡a ver! —contesté yo más molesta todavía —¿te refieres, aparte de violarme, darle un golpe a Miguel que lo mandó al Hospital y amenazarme? No. No se me ocurre nada. ¡No te jode!

—Vale. ¡Perdona! —se disculpó—. No sé por qué lo he preguntado. Tienes toda la razón. Es que me saca de mis casillas que un mierda como él nos haya conseguido secuestrar —se levantó y paseó por el minúsculo espacio que la cadena la dejaba.

—Lo que no entiendo es porqué secuestrarte también a ti.

—Ya. Yo tampoco lo entiendo. ¿Qué le he hecho yo?

Pasamos un rato en silencio. Ninguna llevaba reloj, así que no teníamos ni idea de cuanto tiempo pasaba.

—¿Qué pretenderá? —susurró.

—No lo sé —admití—. eso me aterra.

—Son todos iguales.

—¿Todos?

—Sí, los hombres. Son todos iguales. Te usan y te tiran, como a los pañuelos de papel. Ese tópico de “usar y tirar” es muy cierto.

—Marina, eso no es así.

—Claro que sí. Cuando quieren ligarte para llevarte a la cama, son todo cumplidos y sonrisas y reírte las gracias. Como si fuéramos las reinas de Saba. Y al poco tiempo, cuando se han cansado de la novedad, se buscan a otra.

—¡Mujer! ¿Cómo puedes generalizar?

—No generalizo. Es la verdad —se sentó encima de la cama, con las piernas cruzadas y bajó la cabeza —la cuestión es si llegas a enterarte de sus líos o no —susurró.

¿A qué venía todo aquello? Nunca sospeché que a ella le hubiera pasado algo así. Daba la impresión de hablar desde la experiencia. Sin embargo, durante todo el tiempo que la conocía, que yo recordara, no había salido con nadie. Pensé que había estado demasiado preocupada con todos mis “dramas” personales, como para darme cuenta de algo tan obvio. Le cogí la mano y se la apreté, tratando de expresarle mi apoyo.

—Todos no son iguales, Marina —intenté explicarle—. Miguel no...

—¡Ya estamos! —me soltó la mano de golpe y me miró con ira en los ojos—. ¿De verdad que no te basta con todo lo que te ha pasado?

—Es la segunda vez que me dices eso —yo misma estaba subiendo el tono de voz. Sentía cómo un incontrollable deseo de destrozar algo iba alcanzando mi mente, desde algún rincón de mí que hasta ahora no tenía ni idea de que estuviera ahí—. Y no te entiendo, ¿ok? ¿Porqué la tomas con él?

—Incluso se te ha pegado la estúpida coletilla del gilipollas del policía —se levantó y comenzó a dar vueltas alrededor de la cama, como una fiera en un zoo.

—¿Y qué? —yo también me levanté y me acerqué a ella. Ya estaba harta de tanta tontería y tanto sarcasmo.

—¿Cómo que y qué? Te conozco mucho tiempo, Celia —comenzó a sermonearme—. —Siempre has tenido relaciones malsanas, con hombres que

se aprovecharon de tí.

—Pero...

—Pero, ¡no! —continuó—. A ver si los recuerdo: Carlos, que te trataba como una basura; Martín, que se acostaba con cualquiera que se lo propusiese cada noche, incluso estando tú a su lado. Si no recuerdo mal, te dejó una noche plantada en aquel pub y se fue con aquella rubia de tetas de silicona, dejándote tirada.

—Ya vale, Marina.

—¡No!, ¡no vale! A ver... —recordó —ya. Luego vino Antonio. Pero claro, ese no cuenta, ¿verdad? —preguntó irónica— ¡porque estaba casado!

—¡Cállate! —chillé. Pero no me hizo caso.

—Y ya, el colofón: ¡Javier!. El malnacido por el que me dejaste de lado. El cabrón que te violó junto con tres tíos que se trajo a cosa hecha para la ocasión. Y aun así...

—¿Qué has dicho? —conseguí preguntar con un hilo de voz

—¡Que tu vida amorosa ha sido siempre un desastre!

—No. Has dicho que Javier me violó junto con otros tres tíos —su mirada glacial me atravesó—. ¿Cómo sabes tu eso?

—¡No lo sé! ¡Por decir algo! Una suposición. De todas formas me dijiste que tu ginecóloga pensaba que habían sido varios, ¿no? —se calló de golpe—. ¡Voy al servicio!

Desapareció en el aseo y entornó la puerta todo lo que le permitía la cadena, dejándome casi a oscuras, con mi cabeza trabajando a mil por hora.

—¡Dios! —pensé—. ¿Cómo puede haberme dicho algo así? ¿A qué viene todo esto? ¿Qué problema puede tener con Miguel?

Me acerqué a una de las paredes y me deslicé hasta el suelo, quedándome sentada agarrada a las rodillas, con la cabeza apoyada en mis antebrazos, procurando calmarme.

—No puede haberme dicho eso sólo haciendo conjeturas —mi mente seguía trabajando, haciendo un esfuerzo por aplicar todo el razonamiento analítico de que era capaz dadas las circunstancias para encontrarle un sentido a la frase—. Piensa, Celia. Piensa —me instaba yo misma—. Conocía a Javier. Salíamos los tres de vez en cuando. Pero, ¿hasta qué punto? —cerré los ojos e intenté repasar todas las ocasiones que recordaba en que hubiéramos estado todos juntos. Nunca la había visto insinuarse, ni intentar llamar su atención—. No. No daba la impresión de querer salir con él. Al contrario, había veces en que parecía que le molestara su presencia. Pero yo siempre

pensé que era porque ya no salíamos de copas las dos solas.

En la penumbra, las imágenes de nuestros encuentros pasaban una detrás de otra, en una sucesión casi ininterrumpida.

—¡Joder! —pensé—. ¿Y si lo que le molestaba tanto es que yo saliera con Javier y ahora que salgo con Miguel le pasa lo mismo? Pero, ¿a santo de qué? Aunque, pensándolo mejor, siempre le ha puesto pegas a todos los hombres con los que he salido. Ninguno le gustaba. ¡Ok! Lo admito —me reproché —no han sido las mejores relaciones del mundo.

Marina salió por fin del servicio y con mejor semblante se acercó a mi.

—¡Perdona por la discusión de antes! —su voz era completamente distinta. Suave y cálida—. La situación en la que estamos me saca de quicio y tengo los nervios a flor de piel —me tendió una mano para ayudarme a que me levantara— ¿amigas? —sonrió al ver que yo la aceptaba.

—¡Claro! —sonreí, dejando por un momento mis pensamientos a un lado — ¡siempre!

—Tengo hambre —se acercó a la puerta y recogió las bolsas de comida — ¡a ver que nos ha comprado el malnacido éste!

—Marina —casi grité —¿qué haces?

—¿Tú que crees? Comer.

—¿Y si está envenenada o algo?

—Celia —me dijo tranquilamente —tú haz lo que quieras, pero yo estoy muerta de hambre. Si de todas formas nos quiere matar, lo va a hacer, con veneno o con lo que se le ocurra. Y si tenemos que pensar en cómo vamos a salir de aquí, yo no puedo hacerlo con el estómago vacío.

—Pero... —volví a replicar, aunque no me dió tiempo a decir más. Marina ya había pegado el primer bocado a la hamburguesa y me miraba mientras cogía unas patatas de la otra bolsa y me decía con un gesto que estaba bueno.

CAPITULO 17

Me encontraba en un amplio salón repleto de gente. El blanco impoluto del mármol de suelo y paredes contrastaba con el rojo de cortinas, sofás y alfombras. Numerosas parejas conversaban entre sí, formando grupos aquí y allá, con bebidas en la mano. Tal y como me imaginaba, de smoking ellos, con impresionantes vestidos rojos ellas.

Me acerqué a una mesa baja estilo Luis XVI en la que había una bandeja con copas de champán y alguna que otra bebida y cogí una, no queriendo desentonar. Me percaté de un grupo más numeroso al fondo de la habitación y me uní a ellos, ya que me había dado cuenta de que algún que otro hombre me miraba al pasar y pensé que debía ser porque estaba sola. En aquel grupo pasaría más inadvertida.

La conversación era de lo más banal. Qué has hecho últimamente, cómo van tus negocios, y ese tipo de preguntas.

—¿No le aburren este tipo de cosas? —me sobresalté.

Un hombre joven, alto, rubio, con ojos color miel me miraba con sonrisa pícaro.

—Perdone —se disculpó —no quería sobresaltarla.

—No pasa nada —titubeé —estoy un poco nerviosa, eso es todo. Es mi primera vez.

—¿Entonces? —le miré sin entender. Debí de poner cara de boba, porque se rió de buena gana y volvió a preguntar —. Que si no le aburre este tipo de conversación —yo también reí.

—Sí —contesté, sin saber muy bien qué decir —un poco.

—Soy Peter Pan —me tendió la mano.

—Soy Cinderella —le seguí la broma.

—Encantado Cinderella. ¿Te tomarías una copa conmigo antes de que lleguen las doce de la noche y las campanadas hagan que tu lindo vestido se

convierta en harapos?

—Sí. Claro. Seguro.

Me tendió el brazo, como un antiguo galán y yo me dejé llevar. Pasamos a otra habitación al fondo del salón, en la que reinaba la penumbra. Había música suave y velas encendidas por todas partes. Grupos de parejas, sentadas alrededor de mesas bajas, conversaban casi en susurros y algunas de ellas se besaban. Al fondo había una barra, en la que un camarero vestido totalmente de negro y con antifaz se apresuró a preguntarnos qué deseábamos beber.

—¡Menuda facha! —pensé—. Entre Peter Pan invitándome a una copa y el Zorro sirviéndolas... ¿De qué irá todo esto?

—¿Qué quieres tomar, Cinderella?

—Seguiré con champán, creo — mientras el camarero se disponía a servirnos, eché otro vistazo a mi alrededor. Las parejas que antes se besaban, decididamente habían pasado a mayores y se distinguían manos y piernas por todos lados. En algunas mesas, varios hombres besaban a la misma mujer. Y algunos incluso también entre ellos. ¿Me había metido en un local de swingers para gente rica?

—Bueno —Peter Pan me sacó de aquellos pensamientos— ¿dices que es tu primera vez?

—Sí.

—Y, ¿a qué te dedicas?

—Moda —dije lo primero que se me ocurrió—. ¿Y tú?

—Finanzas.

—¿Puedo preguntar porqué Peter Pan? —aquel juego me había intrigado. Si no se estaba burlando, era una forma bastante infantil de entrarle a una mujer.

—Bueno, soy bastante infantil en el fondo —me leyó el pensamiento—. ¿Y porqué Cinderella? No me digas que no eres lo que aparentas y cuando salgas de aquí te irás a barrer... —rió.

—No —reí yo a mi vez —no exactamente. Es más relacionado con la parte en la que la madrastra abusa de ella. Aunque en mi caso fuera mi pareja.

—Vaya. Siento oír eso —se acercó más a mi y me puso la mano en la rodilla—. Aunque Peter Pan nunca haría tal cosa —susurró. Y me besó en los labios.

No sabía qué hacer. No sabía si se suponía que tenía que seguir aquel

juego que cada vez se me antojaba más peligroso. No tenía ni idea de si eso era lo que se esperaba de las mujeres que iban allí. Si eran prostitutas. Si se podían negar.

Al ver que yo no reaccionaba, su mano se deslizó suavemente por mi muslo mientras volvía a besarme. Estaba petrificada. Y al mismo tiempo excitada. Hacía mucho tiempo que nadie había sido tan sensual al besarme. Y, sobre todo, hacía también demasiado tiempo que no hacía el amor. Ni siquiera sexo. Daniel hacía muchos meses que ya no me tocaba y el notar que el pulso se me aceleraba y que mis entrañas reaccionaban ante un desconocido me asustó y a la vez fue una liberación.

Sin pensarlo me dejé llevar. El se puso de pie y separándose las piernas con su cuerpo, se acercó más a mí mientras me besaba en el cuello. Con ambas manos me cogió la parte baja de la espalda hasta que quedé completamente pegada a él.

Noté su erección, lo cual hizo que yo me excitara aun más. En todo aquel tiempo con Daniel, había llegado a pensar incluso que el problema era yo. Que ya no era capaz de excitar a un hombre.

—¡Hola! —dijo una voz de repente a mi espalda. Me sobresalté.

—¡Hola! —conseguí articular, mientras la mano del nuevo desconocido me acariciaba la nuca—. Eres realmente preciosa —sonrió y me besó el nacimiento del pelo que se dejaba ver por debajo del recogido que llevaba —¿puedo unirte?— dijo, sin esperar si quiera un sí.

Aquello era tan extraño. Tan morboso. Mi mente se debatía entre la excitación por tener a dos hombres enteramente para mí y el sentimiento de estar haciendo algo contrario a las creencias que se me habían inculcado desde pequeña relativas a la pareja, la fidelidad y la monogamia.

Respondí a un nuevo beso mientras la mano de Peter Pan recorría mi pecho, bajaba por el vientre y se adentraba por debajo del vestido hacia la confluencia de mis muslos, comenzando a hacer pequeños círculos en mi clítorix, haciéndome gemir y arquear la espalda, abriendo instintivamente las piernas. Mientras, el desconocido se había apretado a mi espalda y me acariciaba el trasero con ambas manos mientras le daba pequeños mordiscos al lóbulo de mi oreja y me repetía que era preciosa y que estaba deseando saborearme.

Estaba tan excitada, tan húmeda, que por un momento desee que aquellos dos desconocidos me llevaran a algún otro lugar y me hicieran llegar al clímax. Sin pensar en nada más. Sin remordimientos. Sin

consecuencias. Sexo. Simple y llanamente sexo.

Conseguí deshacerme por un segundo de la lengua del segundo desconocido, que ahora se empeñaba en introducirse en mi boca, mientras su mano tiraba suavemente de mi pelo para exponer más mi cuello, que Peter Pan recorría con la lengua, bajando hacia mis pechos. En ese segundo volví a la realidad de repente. A la búsqueda de la verdad. Al porqué estaba allí.

En ese segundo vi pasar a Daniel por el fondo de la habitación vestido también de smoking, tirando de la correa de una mujer más alta que él, con piernas esculturales y cuerpo de vértigo, cuya cabeza estaba cubierta por una capucha negra.

Nos habíamos quedado dormidas tras comernos las hamburguesas y cuando desperté Marina ya no estaba. Me entró el pánico. Me volvió a doler la cabeza.

Por un segundo pensé que era un cobarde. Que no se atrevía a enfrentarse a nosotras como un hombre y necesitaba drogarnos para ejercer algún tipo de control.

—¡Marina! —chillé— ¡Marina!

No hubo respuesta.

—¡Javier! —volví a gritar, todo lo alto que pude— ¿Qué demonios quieres? ¿Eh? —la furia se apoderó de mi y me hizo sentir bien— ¿Qué te he hecho? ¿Porqué haces esto? ¿No te bastó con hacer que alguien más me violara? ¿Qué esperabas? ¿Que después de eso siguiera contigo? ¿En qué cabeza cabe? En la de un malnacido —en esos momentos toda la ira reprimida salió por mi boca y lo reté, en un intento estúpido de acabar con todo aquello — ¡¡ En la de un loco hijo de puta !!

Me acerqué a la puerta y como pude ya que no llegaba del todo, comencé a darle patadas, como poseída por algún ente maligno que no me dejaba pensar. Sólo quería tirarla abajo. Sólo quería enfrentarme a él. Darle de bofetadas y patadas como estaba haciendo con aquella puerta.

Pero no sirvió de nada. Cuando las rodillas y los tobillos comenzaron a dolerme de la cantidad de golpes que le dí, muchos de ellos al aire, paré y me tiré en la cama, mientras las lágrimas corrían por mis mejillas y eran absorbidas por el colchón.

De repente me callé. Marina había comenzado a gritar. La oía en algún rincón lejano tras la puerta.

—¡No! —pensé— ¡Por Dios, que la deje vivir!

Al cabo de un rato los gritos cesaron e, imaginando lo peor, volví a llorar sin control. La había matado. Estaba segura. Y ahora vendría a por mí.

De puro agotamiento volví a dormirme. Esta vez estaba segura de que no había sido drogada. No había comido nada y sólo había tomado unos sorbos de la desagradable agua del lavabo. Con los ojos abiertos, mirando al techo, seguía desorientada. No sabía cuanto tiempo llevaba allí, pero me pareció toda una vida. Intenté respirar profundamente y preparar mi mente para una muerte que sabía segura. Ahora que ese fatal destino se hacía inminente me di cuenta de que me preocupaba más cómo lo haría que la muerte en sí. No soportaba el dolor físico y la idea de ser golpeada hasta morir o ser acuchillada me dejaba sin respiración. Pensé que ojalá utilizara una pistola. Que al menos eso sería rápido. Pero ¿y si no se conformaba con eso? ¿Y si se ensañaba conmigo? ¿Me volvería a violar antes de estrangularme como había intentado hacer la primera vez?

—Quizá si le dejo hacer consiga que se distraiga durante un momento y pueda intentar algo —pensé, ilusa—. ¿A quién pretendo engañar? Esto va a doler...

Escuché un murmullo al lado de la cama y el corazón volvió a latirme con furia. El sonido volvió y me asomé con cautela. Tirada en el suelo estaba Marina, amordazada y con esposas en las muñecas. No me había dado ni cuenta de que estaba allí.

—¡Dios mio! ¡Marina! —me apresuré a ayudarla—. ¡Estás viva! —una oleada de alivio recorrió mi cuerpo— ¡estás viva! —repetí.

La subí como pude a la cama y le quité la mordaza. Tenía el pelo ensangrentado y los ojos amoratados por el cansancio y supuse que también por el terror que acababa de vivir. Sus vaqueros estaban desabrochados y la camiseta rasgada.

—¿Cómo habrá conseguido dejarla a mi lado sin que lo notara? —me pregunté—. Debo de haber dormido más de lo que creía.

Me acerqué al baño y rompiendo un trozo de mi blusa, lo mojé con agua e intenté refrescarle un poco la cara. No se veían cortes. Sólo la sangre en el

pelo. Pero lo tenía demasiado enredado como para buscar la herida, así que me concentré en que recuperara el sentido.

—Marina —susurré —despierta. Dime que estás bien.

Una profunda tristeza se apoderó de mí en ese momento. La continua adrenalina que había recorrido mi organismo durante tanto tiempo, de repente dejó de llegar a mi torrente sanguíneo. Ver a mi mejor amiga maltrecha, medio desnuda y esposada junto a mí me hizo sentir vulnerable, cansada, harta y tantas otras cosas que mi mente no supo como reaccionar.

Me tumbé junto a ella, apoyada sobre el lado, mientras suavemente comencé a acariciarle la mejilla con la misma ternura con que hubiera acariciado a un hijo de haberlo tenido. O al menos eso creí en aquel momento. Las lágrimas brotaban de mis ojos sin ruido. Silenciosas muestras de cómo me sentía por dentro.

Me acerqué más a su cara y suavemente besé su blanquecina mejilla, con la esperanza de darle algo de calor y cariño. Reconfortarla en su inconsciencia. Cerré un poco los ojos, dejándome vencer por el agotamiento y sus labios reseco rozaron los míos. No le di importancia. Se había movido. Eso era todo. Pero al momento sus labios se hicieron insistentes y abrí los ojos confusa. Casi sin darme tiempo a reaccionar a lo que hacía, de un rápido movimiento Marina me tumbó boca arriba y se puso a horcajadas encima de mí con las manos esposadas por encima de mi cabeza, mientras su boca volvía a insistir y su lengua intentaba abrirse camino entre mis labios.

—Pero, ¿qué haces? —conseguí articular.

—Nada malo —me susurró.

—¿Cómo? —aquello no me lo hubiera esperado jamás. No ella. No mi mejor amiga—. ¡Para! —la espeté, removiéndome debajo de su peso.

—Lo estás deseando Celia —contestó sin hacerme caso—. Por fin te has dado cuenta.

—¿De qué diablos estás hablando, Marina? ¡Déjame! —empujé con las caderas pero no hubo respuesta—. ¡He dicho que me dejes!

Con todas las fuerzas que pude reunir la empujé hacia un lado y conseguí levantarme de la cama. Me separé de ella e intenté asimilar lo que acababa de pasar. Ella se sentó en el borde, dándome la espalda.

—Merezco una explicación —le dije, todavía incrédula.

No hubo respuesta. Agachó la cabeza y comenzó a moverla de un lado a otro, como negando para sí.

—¿Me oyes? —levanté la voz y eso hizo que dejara de moverse.

—Celia, Celia... —comenzó a decir. Y en ese mismo instante las carcajadas salieron de su boca como dardos enviados a mis oídos. No se si sería la tensión de todo lo que me había sucedido hasta entonces o el eco que formaba en la habitación, como una cacofonía maldita, pero su risa me recordó a la de los personajes diabólicos en las películas de terror.

Se levantó despacio de la cama y se dió la vuelta, mirándome de tal forma que todo el vello de mi nuca se erizó.

—Pensé que eras mucho más inteligente. Una psicóloga como tú... que siempre tiene la respuesta justa para las preguntas equivocadas...

Sonrió con ironía, tiró suavemente de las esposas, que se abrieron con facilidad, dejándome tan descolocada que la boca se me abrió sin querer por el asombro. Tirándolas encima de la cama, me dijo:

—¡Sorpresa!

—¿Sabes? —comenzó —llevo tanto tiempo intentando que te des cuenta de que ninguno de ellos valía la pena. De que no eran lo suficientemente buenos para tí.

Comenzó a pasear por la habitación, despacio, como dialogando consigo misma.

—¿De qué estás hablando, Marina?

—De todos los novios que has tenido, naturalmente.

—¿Otra vez eso? Pensé que habíamos zanjado ese tema.

—¿Eso crees? —se apoyó en la pared y cruzó los brazos—. Bueno... yo creo que no —hizo una pausa y tomó aire—. Cuando saliste con Carlos y más tarde con Martín, pensé que si te dejaba espacio te darías cuenta tú sola del error que estabas cometiendo. Que al haber tropezado dos veces con la misma piedra, te lo pensarías mejor antes de elegir a alguien más. Que sólo necesitabas tiempo para darte cuenta de que los hombres no valen la pena. De que habían más opciones entre las que elegir.

Estaba aturdida. Confusa. No. Creo que pensándolo friamente, me encontraba en estado de shock. ¿Mi mejor amiga me estaba diciendo que era lesbiana? En ningún momento hubiera sido un problema para mí. Sólo tendría que habérmelo dicho. Conocíamos a otra pareja de lesbianas con las que era agradable salir de vez en cuando y jamás me había insinuado nada.

—Después de mucho tiempo —Marina continuaba con su exposición—.

en el que realmente pensé que lo habrías reconsiderado, llegó Antonio, ¡el casado! —exclamó ironica—. me dijiste que era lo mejor. Que era sexo ocasional que nunca terminaría en nada, y bla, bla, bla... —volvió a tomar aire—. ¿Sabes lo que me costó convencerle de que te dejara? Tuve que amenazarlo con que iba a ir con el cuento a su mujer. Y como no me creyó, tuve que tomar “medidas”... —arrastró esto último a propósito, dándome a entender que se había encargado de él.

—¿Qué hiciste? —me enfrenté a ella, dando un paso hacia donde estaba.

—¡Tranquila! ¡Ya salió la jefa! —sonrió—. No acabé con él, si eso es lo que piensas. Sólo lo seguí un par de veces y ¡sorpresón del gordo!, no eras la única amante que tenía. Así que ciertas fotos comprometidas llegaron a su casa y, bueno, ya te imaginas el resto.

—¿Fuiste tú la que hizo que me dejara?

—¡Culpable de los cargos, preciosa!

—¿Preciosa? ¿Te atreves a decirme preciosa? —la ira volvió. Y era bueno. Notaba que de alguna manera arrastraba el miedo consigo—. ¿Y Javier? ¿Porqué coño no te deshiciste de Javier? ¿Porqué no evitaste que me violara, si tanto te preocupabas por mi?

Hubo un silencio, en el que se fue acercando a mi lentamente, mirándome fijamente a los ojos. Y cuando estaba a menos de un metro, ladeó la cabeza mientras levantaba los hombros y dijo:

—¡Porque yo se lo pedí!

CAPITULO 18

Con la excusa de tener que acercarme al servicio, conseguí deshacerme de los dos hombres que se empeñaban en disputarse mi cuerpo. Tenía que seguir a Daniel. No podía perder la oportunidad de ver qué hacía allí, tirando de la correa de aquella mujer.

Lo vi torcer a la izquierda al final de un corredor decorado igual que el resto del local, con cuadros e incluso fotografías de contenido sexual totalmente explícito, casi pornográfico de no ser porque los órganos sexuales estaban de uno u otro modo disimulados, tapados por alguna otra parte del cuerpo, o por vestimenta erótica de algún tipo, o incluso por algún objeto del mobiliario.

Subimos unas escaleras al final de aquel nuevo corredor. Yo, procurando no ser vista u oída. El, tirando de aquella mujer, a la que espetaba de vez en cuando un ¡vamos!, o un ¡muévete! Aquel edificio era enorme. Desde la calle había visto cuatro plantas y nosotros acabábamos de subir a la primera. No pude evitar pensar en si todas las demás también estarían destinadas a lo mismo.

Daniel entró en una habitación a su derecha y dejó entornada la puerta.

—¡Mierda! —pensé frustrada—. Eso es que va a volver a salir.

Me escondí como pude detrás de un gran aparador que presidía una especie de salita de espera y rogué para que nadie subiera en aquel momento. Si lo hacía, no tenía ni idea de cómo podría reaccionar ni qué excusa podría poner yo.

Esperé unos minutos, pero no salió. Tomando una gran bocanada de aire y sacando fuerzas de donde no habían, me acerqué a la puerta

entreabierta y me asomé con cautela. La habitación estaba a oscuras, salvo al fondo, en el que un gran cristal dejaba ver una luz tenue al otro lado. Entré despacio, mirando constantemente a un lado y a otro, con miedo a que él saliera de algún sitio. Justo enfrente de aquel espejo había un sillón vacío, una pequeña mesa con unas copas y una coctelera con una botella de champán.

Me pregunté a qué venía toda aquella parafernalia, aunque no me dio tiempo a contestarme. La luz de aquella especie de pequeña habitación al otro lado del cristal se hizo más intensa y me di cuenta de que la mujer que llevaba Daniel a rastras estaba arrodillada en medio.

Me escondí detrás del sillón porque no sabía si se me podía ver a través del cristal. La habitación era octogonal y, salvo una de las paredes en la que había una puerta, las demás caras del polígono eran de espejo. Supuse entonces que aquellos cristales estaban ahumados y que reflejaban la figura de aquella mujer. Me relajé. Aquello significaba que nadie podía verme. Encima de la puerta, tapizada de rojo al igual que el suelo, había una pequeña pantalla en la que un reloj digital contaba hacia atrás silenciosamente. Quedaban dos minutos veinte segundos para lo que fuera que iba a pasar allí.

La puerta se abrió y un hombre, vestido también de smoking, con un antifaz negro, entró y, cerrándola tras de sí, se acercó a la mujer. El reloj casi estaba llegando a cero, cuando una música parecida a la que había oído en varias salas del edificio comenzó a sonar en la habitación donde yo estaba. El desconocido miró el reloj y viendo que la cuenta atrás había terminado, comenzó a desvestirse, quedándose tan solo con unos sleeps negros y la máscara del mismo color.

—¿Esto es una sesión de sexo en directo? —pensé . ¿Eso es todo? ¿Eso es lo que pasa aquí? Pero... —no pude terminar mi diálogo interior. El desconocido tenía un cicatriz un poco más arriba del tobillo derecho. Una cicatriz extraña con forma de rayo de unos cuatro centímetros que yo conocía muy bien. Una cicatriz que se hizo cuando de pequeño se cayó de la bicicleta y se rompió el tobillo por tres partes diferentes.

Ahugué un grito al reconocerlo. A eso se dedicaba. A hacer sexo en

directo con multitud de mujeres. A exhibirse en frente de Dios sabe quién.

El corazón me palpitaba frenético y al mismo tiempo las lágrimas, mezcla de dolor y rabia, se empeñaban en salir. ¡No! —pensé —ya vale. No puedo llorar. Si lo hago, alguien se dará cuenta y no podré salir de aquí.

Daniel cogió a la mujer de la correa y la levantó. La apoyó en la pared y le abrió las piernas con un movimiento brusco. Ella no se resistió. No creo que fuera consciente de lo que pasaba, o peor aun, de lo que iba a pasar.

Torcí la cabeza. No podía ver como el que había sido mi novio por tanto tiempo hacía sexo o violaba a una mujer. Pensaba marcharme cuando, por el rabillo del ojo, unos números en rojo aparecieron en la pantalla de la sala. 20.000. Me obligué entonces a mirar.

—¿20.000 qué? —pensé en un segundo, mientras Daniel deslizaba la cremallera del vestido rojo de la desconocida y se lo quitaba dejándola en ropa interior. Encaje negro y medias a juego.

Tan pronto como el sujetador calló al suelo, la pantalla parpadeó y la cifra aumentó: 30.000.

Cuando el tanga se deslizó también al suelo, la pantalla volvió a parpadear: 40.000. Entonces Daniel comenzó a fingir que penetraba a la mujer, que apoyada en la pared parecía estar drogada hasta el punto de que la cabeza le caía al pecho. Daniel la llevó hasta el suelo y lo vi accionar un pequeño interruptor disimulado al lado de la puerta y el suelo de la sala comenzó a moverse despacio, girando poco a poco hacia la derecha. Cuando, horrorizada y asqueada al mismo tiempo, vi cómo la abría completamente de piernas y mantenía su sexo abierto, exhibiéndolo como si estuviera mostrando la dentadura de un animal en la feria del ganado, la pantalla se volvió loca. La cifra comenzó a subir rápidamente. 42.000, 45.000, 48.000...

Aquello era una locura. Aquello no podía estar pasando. Daniel estaba vendiendo a aquella mujer como si de verdad fuera una pieza de ganadería. Las nauseas asomaron, los nervios casi no me dejaban pensar. Me había acercado sin pretenderlo al cristal y sin poder contenerme, sin saber realmente lo que hacía, lo golpeé con los puños y grité: ¡YA BASTAAA!

CAPITULO 19

—¿Que hiciste qué? —susurré mientras, tambaleándome me acerqué a la cama y me senté—. ¿Cómo pudiste hacerme eso?

—Era la única manera de que de una vez por todas terminaras con los hombres —la cabeza me daba vueltas de nuevo—. Que te dieras cuenta de lo egoistas, manipuladores y sinvergüenzas que son todos.

Se volvió a la pared y se apoyó de nuevo contra ella.

—Lo único de lo que me arrepiento es de que el muy cerdo hizo que te violaran tres tíos más. Ese no era nuestro trato.

—¿Vuestro trato? —volví a susurrar.

—Sí, nuestro trato. Pero ya lo solucioné... —sonrió irónica, torciendo la boca a un lado.

—¿Cuánto le pagaste, Marina? ¿Cuanto vale mi salud física? ¿Y mi salud mental? ¿Eh? ¿Qué precio has pagado para que me destrozara durante tanto tiempo?

—¡Ay! ¡Celia! ¿En serio? ¿De verdad crees que le pagué por violarte? —comenzó a reír—. Preciosa, no te das cuenta de lo que pasa a tu alrededor ni aunque te lo ponga delante de los ojos.

—¡Explícamelo! —le ordené—. Ya que tu lo apañaste, explícamelo. Porque, ¡¡No!! ¡¡No lo entiendo!! No entiendo que te he hecho yo para que hicieras algo así.

—Cariño... —sonrió—. El no te quería a tí —levanté una ceja, extrañada y volvió a reír—. No pongas esa cara mujer. Tú no siempre tienes que ser el centro del mundo para todos... Javier quería a uno de tus pacientes.

Un latigazo recorrió mi espina dorsal, obligándome a enderezarme,

conforme estaba sentada en la cama.

—¿Un paciente?

—Claro, mujer. ¡Ah! ¡Si! Perdona —se acercó a la puerta y la abrió con una llave que llevaba en el bolsillo del pantalón—. ¡Que no te lo he enseñado todavía! —sonrió mientras encendía la luz accionando un interruptor al otro lado de la pared, dejándome aturdida unos segundos—. Ahora mismo vuelvo. No te vayas, ¿eh? Esto te va a encantar... —me guiñó un ojo y salió de la habitación cerrando la puerta tras de sí.

Diez segundos después me levanté por instinto y estirándome todo lo que la esposa me dejaba probé a abrirla. Cerrada, claro. Habría sido demasiado fácil.

Con la luz encendida, la habitación de repente ya no parecía tan lúgubre. De hecho, estaba limpia, salvo los restos de la comida y bebida que habíamos tomado. Las paredes estaban vacías y sólo habían dos puertas, la de entrada y la del diminuto servicio que había utilizado en un par de ocasiones.

Me asomé de lo retorcido que podía llegar a ser nuestro cerebro, haciéndonos ver y sentir cosas que realmente no son ciertas. El servicio, sin la luz mortecina de la bombilla (al parecer de pocos watios) que Marina había cambiado hábilmente para crear la “atmósfera” justa en toda esta historia, estaba también impoluto. Blanco en paredes, suelo y techo, con diminutos adornos de flores en alguno de los azulejos de la pared.

—¡Estúpida! —me reproché— ¡Mas que estúpida! Ha conseguido engañarte con trucos psicológicos baratos. ¡Tu propia secretaria! —me parecía increíble—. ¡Pero seré burra! ¡Yo soy la psicóloga, joder!

Tenía que pensar. Y rápido. Si todo esto había sido idea suya, al sopesar las posibilidades me daba cuenta de que no iba a acabar bien. Si tenía una fijación conmigo y mi rechazo había sido el detonante final para que pusiera sus cartas sobre la mesa, sólo habían dos salidas: o me iba a mantener encerrada hasta que consiguiera que perdiera la razón, o iba a terminar conmigo.

Volvía a mirar alrededor, intentando sin éxito encontrar algo que me ayudara a abrir la esposa de mi tobillo. Nada. Paredes lisas de hormigón, el aseo, la cama, mesita y nada más. Absolutamente nada. Ni accesorios, ni un armario donde coger una percha para usarla a modo de ganzúa. Comprobé con

desesperación si había algo debajo de la cama o dentro de la mesita de noche.

—¡Gracias, Dios mío! —agradecí —algo con lo que intentarlo.

Dentro del cajón inferior de la mesita habían dos clips y unos trozos de papel. Los cogí rápidamente y comencé a urgar dentro de la pequeña abertura de la cerradura de la esposa. Mis manos temblaban y no lograba abrirlas. Sabía que Marina estaba a punto de volver. Necesitaba ganar tiempo.

La cerradura sonó y Marina apareció de nuevo. Llevaba en las manos una carpeta azul abultada, por lo que supuse que estaría llena de papeles.

—¡Hola de nuevo preciosa! —sonrió —imagino que me echabas de menos— dijo en son de burla.

Yo no respondí. Había guardado los clips en mi bolsillo y me había sentado al borde de la cama. La miré de reojo.

—¡Vaya! ¿Enfadada?

—No —repliqué casi en un susurro—. Sólo mareada. Y con dolor de cabeza.

Un gesto de preocupación cruzó su cara por un momento. Pero cambió enseguida.

—¡Eso es! —pensé—. A eso tengo que jugar. Marina —le dije, con la voz más temblorosa que pude articular —por favor. Dime porqué hiciste que me violara. No lo entiendo —agaché la cabeza y negué varias veces—. Siempre hemos sido buenas amigas. Siempre hemos velado la una por la otra. Cuando tu estabas mal, yo me acercaba a tu casa y te cuidaba como a una hermana y...

—¡Yo no quería una hermana, Celia! —dijo en voz baja, acercándose un poco a la cama.

—¿Tan mal me he portado contigo durante todos estos años que nos conocemos? Levanté un poco los ojos hacia ella, con expresión triste— ¿de verdad que he sido tan mal amiga?

—¡Yo tampoco quería una amiga! —su expresión estaba cambiando— ¿todavía no te has dado cuenta?

Me pasé la mano por la frente y me atusé el pelo, abanicándome con la mano.

—¡Hace calor! —susurré— ¡ojalá hubiera una ventana para poder dejar pasar un poco de aire...! —arrastré las palabras—. ¿Porqué nunca lo hablaste

conmigo? ¿Porqué nunca dijiste una palabra de cómo te sentías?

—¿Habría cambiado algo? —me espetó.

—¡La estoy perdiendo! —pensé—. Sinceramente, no lo sé —respondí.

—¿Lo ves? La única posibilidad que tenía era que tú sola te dieras cuenta de tu error.

—Quizás ... —me fuí a levantar de la cama, pero me tambaleé y me volví a sentar.

—¿Estas bien? —me preguntó realmente preocupada.

—Sí —contesté—. Sólo mareada —se acercó a mi un poco más—. Creo que me está bajando la tensión. Ultimamente me pasa mucho.

Se quedó callada un poco y sacudiendo la cabeza volvió al semblante serio.

—¡Bueno! ¡Se te pasará!

—Sí.

—Te he traído algo muy interesante. Algo que encontré junto con un sobre... —continuó —en el que había una foto tuya... ¡Adivina cuál! —rió.

—Me imagino cuál. Necesito un café —me dije como para mí—. O una coca—cola.

—Pues bien —hizo oídos sordos—. Resulta que el sobre que tu recibiste no era el original, por supuesto. Lo abrí cuando llegó a tu consulta —volvió a reír—. Perdona. Iba a tu nombre. Pero no me pude resistir.

Comenzó a tamborilear con los dedos en la carpeta. Si seguía así la perdería del todo.

—¿No quieres saber que tenía dentro? —preguntó como una niña mala—. Es tannn interesante... —insistió al ver que yo no reaccionaba—. ¡Hay que ver las cosas que algunos pacientes te pueden llegar a enviar! Reconozco que me impresionó cuando lo leí. Era casi como leer una biografía. Pero claro, mucho de lo que ponía yo había escuchado ya en tus cintas de las sesiones.

—¿También has hecho eso? —pregunté incrédula— ¿violar la intimidad de la pobre gente que viene a pedirme ayuda? —sin querer, una lágrima logró resvalar por mi mejilla y me aseguré de que me mirara a la cara.

—No, Celia —reconoció—. Tú misma me decías que tus casos eran insulsos y sin sentido, por lo que no perdí el tiempo con ellos. Pero cuando recibiste esto, tuve que asegurarme de que lo que contenía era cierto. Que no era una invención de una mente loca y con demasiada imaginación.

—¿Algo más? —mi capacidad de asombro estaba alcanzando límites insospechados. No podía ser que no me hubiera dado cuenta de todo aquello.

—Pero entonces recordé que tienes una pequeña caja fuerte en la oficina, donde guardas las cintas hasta que cierras un expediente. Y ¡voielala! —sonrió de nuevo— ¡premio para el caballero!

—¿Cómo conseguiste...?

—Cielo —me cortó —si pretendes tener una caja fuerte, no guardes la combinación en la oficina. Ni aunque la pegues al cajón por fuera. Soy tu secretaria, ¿recuerdas? Nada de lo que ocurre en tu consulta se me escapa —alargó la mano para tocarme la mejilla, pero se frenó a escasos centímetros.

—Todavía no me has contestado —insistí.

—¿A qué?

—A porqué le dejaste.

—¡Ah, si! —volvió a cortarme. Estaba claro que no me dejaba hablar. No quería desviarse de lo que había planeado —que porqué dejé que te violara. Pero ya te he contestado. Era la única manera de que te dieras cuenta de los mezquinos que son todos. De que por fin reaccionaras y me dieras una oportunidad. Ya lo había intentado casi todo. Incluso asustarte con el robo para que vinieras a mí —la miré confundida—. Si, cariño. La del apartamento fuí yo. Perdona por el empujón, pero me pillaste “con las manos en la masa”, como se suele decir.

—¿Y porqué tantos? —la cabeza me estallaba por momentos. Marina no parecía tener límites en lo que era capaz de hacer.

—También te lo he dicho —torció el gesto. Se estaba enfadando—. No era lo que acordamos. Se supone que tenía que haberte llevado al hotel y tras drogarte, hacerte ver que te había violado. Ya sabes, algún moratón, ropa desgarrada y eso... Pero cuando me dijiste que la ginecóloga pensaba que habían sido varios, me fuí directamente a pedirle explicaciones.

—Ah, ¿si? —repliqué yo con ironía—. ¡Qué considerada por tu parte!

—Sí —rió maliciosa—. Y conseguí que desapareciera.

—¿Por eso Miguel me dijo que no lo encontraban? ¿También fuiste tú? ¿Qué hiciste?

—No mucho. Asegurarme de que viera el contenido de esta bonita carpeta.

—¿Cómo? —pregunté confundida.

—¡Sí! Sólo tuve que hacer eso. Pero lo entenderás mejor cuando la leas.

Se separó un poco de mí y desde lejos me tendió la mano en la que la llevaba. En ese momento me levanté para cogerla y no lo dudé. Me tambaleé y con rodillas temblorosas me caí al suelo.

Marina se acercó a mi sin dudarle.

—¡Celia! —me llamó—. Celia, ¿estás bien?

Al ver que no contestaba se apresuró a zarandearme un poco y a tratar de espabilarme con suaves cachetes en la mejilla.

—¡Por Dios, Celia! ¡Reacciona!

Su voz era de verdadera preocupación. La oí levantarse y encender la luz del baño. Al poco, el agua fría recorrió mi cara. Entorné un poco los ojos y mirando de un lado a otro, intenté incorporarme sin éxito.

—¿Qué te pasa? ¡Háblame!

—Yo... —susurré—. No lo sé. Estoy mareada.

—¿Qué necesitas? Dime, ¿qué puedo hacer?

—No... no sé —esperé unos momentos para volver a hablar—. La tensión. Tiene que ser la tensión—. Volví a intentar incorporarme—. Necesito café.

—¡No tengo café aquí!

—¡Creo que voy a vomitar! ¡Por favor, Marina! ¡Tráeme café! —la miré a los ojos y supliqué—. ¡Por favor! ¡Te lo suplico!

La vi sopesar la situación y finalmente accedió.

—¡Vale! Saldré a por un café.

—Te lo agradezco de verdad. Ayúdame a sentarme, por favor. Me da vueltas la cabeza.

Me ayudó a apoyarme en la cama y justo cuando iba a salir se volvió y me dijo:

—Tardo como mucho diez minutos.

—¡Gracias! —susurré mientras echaba la cabeza hacia atrás y me apoyaba en la cama con los ojos cerrados.

Si había dicho diez minutos, supuse que como mucho tendría cinco. Al poco de oír la puerta cerrarse me aseguré de que se había marchado y continué urgando en la cerradura. La carpeta estaba encima de la cama, pero la ignoré. Abrir la maldita esposa era mi prioridad. Giré el clip para uno y otro lado y lo apreté contra el fondo de la abertura.

Debí tardar más de lo que pensé, porque a los pocos minutos oí pasos al lado de la puerta. Casi en ese mismo momento la esposa por fin cedió y, no sabiendo muy bien que hacer, cogí lo único que podía mover y corrí hacia ella.

La cerradura hizo clic y la puerta se abrió de par en par, justo cuando yo, mesita de noche en mano, la levanté por encima de mi cabeza, dispuesta a asestar un golpe a Marina, pasara después lo que pasara. Por un segundo, la escena me pareció cómica. Menos mal que la mesita era menos pesada de lo que había imaginado.

Sin pensarlo dos veces, descargué un golpe a la sombra que vi atravesar el marco de la puerta y entrar en mi campo de visión. Una explosión retumbó en la habitación y una horrible quemazón me recorrió la pantorrilla. Instintivamente intenté tocármela con las manos pero caí hacia atrás, perdiendo el equilibrio y golpeándome la cabeza contra la pared.

Recuerdo perfectamente que soñé con Miguel. Se acercaba a mi cama y susurraba palabras que no llegaba a comprender. No podía verle. Estaba demasiado cansada para abrir los ojos. Pero su voz me reconfortaba.

Oscuridad. Todo era oscuridad. Intentaba parpadear, pero no podía. Como cuando estás casi dormida pero al mismo tiempo despierta y sabes que quieres abrir los ojos pero tu cerebro se niega.

¡Dr. Coyado! —escuchaba cerca de mí. Pero no llegaba a entender nada. Palabras sueltas que no tenían sentido: coma, dislocado...

Más oscuridad. Cansancio y oscuridad. Y Miguel. Su voz. Sentía su presencia. Aunque no lo entendiera. Pero estaba segura de que estaba cerca.

—¡Celia! —oía mi nombre una y otra vez—. ¡Celia, despierta! ¡Vamos, despierta!

Y yo lo intentaba. De veras que sí. Quería despertar. Quería contestarle, pero las palabras no llegaban a mi boca.

Y el cansancio volvía. Una y otra vez. Una, y otra, y otra vez.

CAPITULO 20

Cuando desperté, necesité unos segundos para poder enfocar mis ojos ya que todo era demasiado blanco y el sol me dañaba.

—¡Enfermera! —gritó Miguel, y lo oí correr.

—¿Enfermera? —me pregunté extrañada mientras parpadeaba e

intentaba situarme.

Cuando lo conseguí por fin, me asusté e hice ademán de levantarme, pero no pude. Miguel entraba en ese momento por la puerta y al verme se acercó corriendo hacia mí y me sujetó firmemente por los hombros.

—¡No! ¡No se te ocurra moverte! —me dijo sonriendo.

No conseguí articular ningún sonido, pero sabía exactamente donde estaba. En el Hospital. Lo que yo pensaba que era el sol dañándome los ojos no era otra cosa que la luz fluorescente que había justo encima de mí, en el cabecero de la cama.

Estaba confusa. Recordé la explosión, el dolor en la pantorrilla, pero nada más. El hombro derecho me dolía. Me miré. Lo tenía firmemente sujeto a mi cuerpo por unos vendajes. Con un gesto pregunté a Miguel qué había pasado.

—Tranquila, está sólo dislocado. Relájate, ¿ok?. Enseguida viene la enfermera.

Sonreí a ese ok. Volví a intentar hablar pero no pude.

—No te austes, Celia. Llevas una sonda en la nariz. Seguro que enseguida te la quitan —me cogió la mano y besándola suavemente me dijo: no sabes cuánto me alegro de que hayas despertado.

La enfermera entró y me hizo un chequeo como los que había visto tantas veces en las series de medicina en la televisión: la lucecita en los ojos; que si apriétame la mano; que si sabía dónde estaba... Y cuando pensé que ya había terminado, me puso algo en el suero que colgaba a mi lado y volví a dormirme. Gracias a Dios, esta vez no soñé.

Las primeras horas que pasé tras despertarme de nuevo se pasaron rápidas. Me alegré de que me quitaran la sonda cuando todavía estaba dormida. El pensar que debía estar consciente mientras sacaban un tubo larguísimo desde mi estómago, no era algo agradable. Pero el dolor de garganta si se quedó durante bastante tiempo, por lo que no conseguía hablar.

Miguel seguía allí y lo agradecí en el alma. No quería estar sola.

—¿Padress....? —conseguí susurrar.

—No los he llamado todavía. No estaba seguro de que quisieras. ¿Lo hago? —negué con la cabeza, no quería darles un disgusto y pensé que sería mejor llamarlos cuando pudiera al menos hablar.

—¿Maaa... rinaaa?

—Me niego a hablar de eso contigo ahora —lo miré enfadada. Necesitaba saber qué había pasado. Cómo había llegado hasta allí. Dónde estaba Marina y mil preguntas más—. Me da igual si te enfadas.

—¿Cóoomo salidoo? —me costaba horrores articular las palabras.

—¡He dicho que no! —me dijo muy serio—. Y si sigues insistiendo, llamo a la enfermera y te pone algo para dormir.

Le sonreí. Me hablaba como a un niño que hace algo malo y el padre lo amenaza con ver la televisión en toda la semana.

—¡Ok! —me resigné. Lo importante era que ya no estaba encerrada en la habitación. Ya no tenía la esposa en mi tobillo ni la cadena atada a la pared. Y sobretodo, que volvía a estar con él.

Lo que Miguel me contó a los pocos días, me dejó sin habla. Al parecer Marina me había tenido encerrada en los bajos de su edificio. En unas antiguas habitaciones que en la época de la posguerra habían heho de vivienda del conserje. Las había alquilado hacía un par de años y las había acondicionado “para mí”. Según me dijo, Marina llevaba más de dos años planeando todo aquel montaje.

—¿Dónde está ella? —pregunté.

—Está detenida. La van a acusar de secuestro, extorsión y varios cargos más.

—Fue ella la que hizo que Javier me drogara y me violara —susurré.

—Lo sé —lo miré interrogante y se sentó a mi lado en la cama—. Nos lo ha contado todo.

—¿Todo?

—Sí. Pretende hacer un trato con el fiscal.

—¿Un trato? —estaba cada vez más confundida.

—Si —volvió a afirmar—. Es largo de explicar, cariño.

Aquella palabra, dicha por alguien que no fuera Marina, después de tanto tiempo, fue como un delicioso bálsamo para mi alma. Me recosté sobre su hombro y le pedí que me lo contara todo.

—Ok —concedió —, pero relajada o me callo —asentí—. El día que desapareciste, y de eso hace ya dos semanas, te llamé al teléfono para quedar contigo pero fue ella quien respondió. Me pareció extraño así que le pregunté

donde estabas. Me dijo que habíais discutido y que te habías marchado olvidándote allí el teléfono. Me aseguró que estabas muy alterada y que no parabas de decir que nada valía la pena, que te habían pasado demasiadas cosas, y que ya no podías más. Me dejó entrever que pensaba que podías hacer alguna locura e intentar suicidarte.

—¿Cómo? —lo corté— ¿en serio que te dijo eso? ¡La madre que la parió! —solté, sentándome en la cama y poniéndome tensa de rabia.

—¡Eh! —me espetó— ¡he dicho que tranquila o no te lo cuento!—. Respiré hondo y le pedí que continuara—. Ok, a ver, ¿por dónde iba? Eso. Que me pareció muy extraño porque no me parecía para nada que tu estuvieras deprimida. Y más después de las últimas semanas que tú y yo habíamos pasado juntos. Estaba casi seguro de que tú y yo habíamos empezado algo genial y que tu vida parecía que mejoraba y que todo iba a salir bien.

Me acerqué más a él y lo besé.

—Si, así es.

—¡No me desconcentres! —me regañó, sonriendo—. El caso es que desde que la conocí que había algo en Marina que nunca me había gustado —lo miré sorprendida—. No me mires así —sonrió—. Llámalo instinto de policía, o mala espina, o lo que quieras. Siempre he tenido un sexto sentido para calar a la gente y saber por dónde van a salir. Y con ella me pasó desde el momento en que entré tu oficina por el tema de la fotografía y la advertencia. En cuanto abrió la boca para replicar supe que exageraba. El tono de su voz era demasiado melodramático. Y acerté. Al parecer fue ella la que tomó aquella foto, escribió lo de que tú serías la próxima y demás —quería replicar, pero me callé.

—Según nos ha contado, quería darte una “última oportunidad”, palabras textuales, antes de hacer que te violara Javier. ¡Malnacida! —refunfuñó por lo bajo.

—Sigue, Miguel —le pedí. Necesitaba oírlo todo.

—¡Ok! Fui a tu casa, pero no estabas, y me preocupé de verdad. Así que me obligué a tratar aquello como cualquier otro caso de desaparición. Hablé con tus vecinos, pero no sabían nada. Hice un barrido por hospitales, también sin resultado. No quería alarmar a tu familia antes de tiempo, así que fui a hablar directamente con Marina, ya que fue ella la última que había hablado contigo. Tengo que reconocer que sabe fingir muy bien la muchacha... Me hizo ver que estaba muy preocupada. Me dejó tu móvil para que comprobara las últimas llamadas, pero yo no sé tu PIN, así que poco podía hacer. Realmente

su cara era un poema. Casi parecía que se le iban a salir las lágrimas.

—Eso lo hace muy bien —se me escapó el comentario.

—¿El que?

—Fingir. Cuando me tenía encerrada en aquella habitación parecía mi amiga de siempre, atenta, cariñosa, preocupada por mi, pero cuando se descubrió ella misma al final, parecía otra persona completamente diferente. Fría. Calculadora. Casi psicópata —un escalofrío recorrió mi espalda al recordarlo y temblé sin poder evitarlo. Ya le había contado a Miguel lo que me pasó y lo había vuelto a repetir en la declaración oficial, que me habían tomado en el Hospital. Pero aun así, me seguía afectando más de lo que yo hubiera querido. El me abrazó con fuerza, pero yo le pedí:— continúa, por favor.

—Queda bastante por contar. Cuando me iba a marchar de su casa, por pura casualidad volví la cabeza para decirle que seguiría en contacto y a través del espejo que tiene en la entrada, en el que se refleja una de las habitaciones, vi en el suelo un bolso que me pareció muy familiar. No le hice mucho caso al principio porque pensé que ella lo habría llevado en alguna ocasión en que hemos quedado y la hemos visto, pero inmediatamente supe que era tuyo, porque de una de las esquinas sobresalía el libro rojo que me enseñaste en tu casa. Ese del club de sexo —sonrió mirándome a la cara y enarcando una ceja para hacerme sonreír a mi también.

—Fue entonces cuando me concentré en ella. Podía imaginar que si estabas enfadada te olvidarías del móvil, incluso que te dejaras también la cartera, pero el bolso completo no. Y que ella no me hubiera dicho nada de él, terminó de convencerme de que algo pasaba. Pero no quise ponerla sobre aviso y que sucediera algo. Todavía no sabía si tú te habías marchado por propia voluntad, porque querías estar sola una temporada, o si había sido ella la que te retenía, o lo que era peor, la que te había hecho desaparecer —suspiró y tomó aire.

—Los dos días siguientes fueron los peores que había pasado en mucho tiempo. No sabía nada de tí y tenía la sospecha de que Marina era la responsable. Hablé con mis superiores pero me dijeron lo típico de que había que esperar un tiempo para poner la denuncia por desaparición ya que eras una adulta y podías haber querido irte; que un bolso olvidado en casa de una amiga no probaba nada; que lo de la violación de hacía un año no tenía porqué estar relacionado, sino que podía ser el detonante de que te hubieras querido marchar; etc, etc, etc... O sea, las excusas de siempre para intentar ahorrar en

costes, porque había que recortar gastos y no podíamos permitirnos destinar efectivos a un caso que podía no ser caso al fin de cuentas. ¡Malditos burócratas! —espetó—. ¡Pero luego bien que si hay presupuesto para cenas y gastos de viaje de los altos mandos!

—Eh... —susurré—. que se supone que tengo que estar tranquila. Y no puedo si te enfadas —sonrió.

—¡Perdona! —respiró hondo—. Sigo. Pedí unos días libres y me concentré en Marina. Busqué antecedentes, pero no tiene. Busqué parientes con los que hablar, pero tampoco encontré nada. ¿Sabías que no tenía padres? Al parecer murieron cuando ella tenía once años, en un accidente. Pasó una temporada en una institución mental para niños en Avila, porque no hablaba con nadie. Pero al final la recogió su tía por parte de madre, con la que pasó los últimos veinte años, hasta que ella también murió y se trasladó a Madrid.

—Nunca me lo había dicho. Para mí que sus padres vivían en el Norte y no tenía contacto con ellos por problemas familiares de los que nunca quiso hablarme. ¡Por favor! —suspiré—. ¡no la conocía en absoluto!

—Menos de lo que imaginas. Durante esos días me llamó Andrea —lo miré confundida—. La amiga de Cris. La que me pediste que localizara.

—¿Qué tiene que ver Cris en todo esto? —ahora estaba totalmente perdida.

—Más de lo que desgraciadamente te gustaría. Por favor, mantén la calma cuando siga, ¿ok? No te va a gustar, pero creo que debes saberlo —asentí—. Pero antes, déjame que te cuente el final y luego sigo con Cris. O mejor dicho, sigues tú —ahora sí que no entendía nada—. Lo entenderás luego, Celia —me dijo muy serio.

—Bien —acepté.

—Tras la llamada y lo que me contó esa chica, comencé a hacer guardia en el apartamento de Marina. Y ahí llevaba casi cuarentay ocho horas, cuando, afortunadamente salió corriendo. Me di cuenta de que, siendo de noche y teniendo las ventanas levantadas, no había ni una luz en su casa desde hacía horas, así que debía de haber estado en algún otro sitio. No sé. Fue una corazonada. Se me encendió la bombilla y pensé que igual el edificio tenía bajos o trasteros. Y sin dudarle fui a mirar.

—Sabía seguro que sus otros vecinos estaban pasando la semana en la sierra. Lo había comprobado. Y fue una suerte que el apartamento que falta en la escalera esté vacío —lo interrogué con la mirada—. Si, mujer. Si el edificio tiene tres plantas, es un apartamento por planta, dos vecinos seguro

que no estaban y su apartamiento no había tenido luz desde hacía horas, de algún sitio tenía que salir ella tan precipitadamente.

—Vamos, Miguel— comencé a sonreír sin poder evitarlo—. eso es....

—Ya,— me cortó —una tontería. Pero una tontería que me llevó a encontrarte. Y doy gracias por ello.

—Gracias —asentí yo—. Gracias a tus corazonadas—. Levanté la cabeza y lo volví a besar—. Sigue.

—Entré corriendo antes de que la puerta se cerrara y como el edificio estaba a oscuras, me di cuenta de que en la planta de abajo había un resplandor muy tenue. Así que allí me dirigí. Eso también fue cuestión de suerte, porque Marina había “creado”, por llamarlo de alguna forma, una falsa pared acolchada, que con las prisas no había cerrado del todo.

—Por eso nadie me respondió cuando gritaba —me dije.

—El resto ocurrió muy rápido. Al fondo de un pequeño corredor había una puerta de la que salía luz por debajo y tenté mi suerte. Saqué la pistola de repuesto que llevo cuando no estoy de guardia y justo cuando abrí la puerta me golpeaste con la mesita de noche con tan mala fortuna que sin querer la pistola se me disparó. Por suerte la bala sólo te rozó la pantorrilla, pero te golpeaste la cabeza contra la pared y perdiste el conocimiento. Al poco Marina entró por la puerta, café en mano y aproveché su confusión para arrestrarla. ¿Quieres saber algo gracioso? La esposé con las mismas esposas que usó para retenerte —sonrió.

—¿Y Cris?

CAPITULO 21

Daniel levantó la cabeza de golpe y el pánico se apodero de mí. Sabía que no podía verme, pero me di cuenta enseguida de que había reconocido mi voz. Tenía que salir de allí. ¡Rápido! La adrenalina comenzó a bombearse hacia mi torrente sanguíneo y un sudor frío me empezó a recorrer la espalda.

No había tiempo para tener miedo. Debía salir. ¡Ya! Pero antes de mover un solo músculo de mis piernas, mi cerebro me ordenó que hiciera fotos. No sabía para qué. Pero juro que mi cerebro se centró en la cámara de mi móvil. Y no lo pensé. Acerqué la cámara al cristal y apreté el botón como una loca. Hacia la chica en el suelo. Hacia Daniel. Hacia el marcador del techo.

Y comencé a correr hacia la salida. Llevaba el móvil debajo del bolso de mano por lo que no se veía y por impulso, seguí haciendo fotos una y otra vez. Sin importarme a qué o si estaban enfocadas. Bajé rápidamente las escaleras y sin parar, pero sin correr para no llamar la atención, salí de allí. Sin aliento. Con la adrenalina todavía en la sangre. Sin entender, pero entendiéndolo todo al mismo tiempo. Salí por el mismo sitio por donde había entrado, dando gracias al cielo de que no me había encontrado con ningún tipo de los de seguridad, que estaba segura de que no andarían lejos.

El tren me dió un respiro para poner en orden mis ideas y pensar. Sabía que Daniel vendría a por mí en cuanto terminara en aquel lugar. Y tenía claro que si me encontraba me iba a matar. No dudé en ningún momento de que lo haría. Acababa de presenciar una venta, posiblemente a alguno de aquellos personajes que yo había visto entrar y salir de aquel edificio en varias ocasiones. Jeques y magnates del petróleo que venían a Londres a divertirse y de paso a llevarse algún “trofeo” consigo.

—¡Dios mío! —pensé—. ¡Daniel implicado en trata de blancas! ¡No! ¡Me niego! ¡No puede ser!

Pero por desgracia era cierto. Lo acababa de comprobar en persona. Necesitaba desaparecer. Pero no tenía dinero para un billete de avión. Aun así, no lo dudé. Llegué a casa, metí en una bolsa una muda, cogí mi pasaporte y salí corriendo hacia la estación de Waterloo, a comprar un billete en el Eurostar hasta Calé, que fue lo único que pude comprar con el dinero que llevaba encima. Desde allí llamaría a mi padre y le pediría que me recogiera, porque trabajaba en Lion desde hacía unos meses. Cosas de la crisis. Afortunadamente no le había contado a Daniel nada de eso, ya que desde que había cambiado, hacía ya tanto, no hablábamos en absoluto.

Pasé un par de años en Lion con mi padre. No le conté lo que había pasado. Lo conocía lo suficiente para saber que me habría obligado a ir a la policía. Y lo que yo realmente necesitaba en mi vida era que Daniel se olvidara de mí. A mi padre le dije que habíamos terminado muy mal porque él me había sido infiel en un par de ocasiones y que no quería volver a hablarle o a saber nada de él jamás. También le pedí que no le dijera nada a mi madre de que ahora vivía con él. Conociéndola, no lo entendería y me interrogaría hasta volverme loca.

No se lo dije a mi padre, pero sencillamente necesitaba tiempo. Tiempo para que Daniel no quisiera saber nada más de mí. Para que, con suerte, dejara ese trabajo y no tuviera la necesidad o la obsesión de acabar conmigo. ¡Lo conocía tan bien! Durante meses me había dejado claro que hacer que desapareciera habría sido muy sencillo. Al principio no lo entendí. ¿Cómo podía sencillamente hacerme desaparecer y que nadie se diera cuenta? ¿Que nadie encontrara mi cuerpo, ni hubiera investigación?

Pero ahora, tras lo que había descubierto, no lo ponía en duda. Era tan sencillo como drogarme, ponerme un vestido rojo, unos tacones de aguja, un collar de perro y llevarme a una de las ventas. Alguien me habría comprado, violado repetidamente y una vez se hubiera cansado de la novedad, me hubiera asesinado, o lo que es peor, me habría regalado como a un trofeo de caza a cualquier colega de negocios. Cientos de mujeres desaparecen al año sin dejar rastro y estaba convencida de que muchas de ellas habían pasado por aquel “Club del Dómino”.

Tras los primeros días, cuando conseguí por fin relajarme un poco, analicé con cuidado las fotos que había tomado. Además de las de la puja, habían un montón borrosas del suelo, de algún mueble y de la escalera. Y tras estas, entremezcladas con algunas demasiado en sombras como para poder ver nada, comenzaron a aparecer otras tan sexualmente explícitas que me sorprendieron. Durante mi trayecto a la salida, el móvil había captado a muchos de los personajes que yo ya conocía. Parejas, tríos, grupos. Había de todo. No me di cuenta en aquel momento, pero había pasado bastante tiempo en la habitación de la puja. Tanto, que el ambiente sensual del principio había dado lugar a toda una orgía.

¿Qué podía hacer con todo aquello? No tenía ni idea. Durante bastante tiempo le dí vueltas y vueltas. Inventé situaciones posibles en las que aquellas fotos podrían serme útiles y también situaciones en las que podrían complicarme más la vida. Finalmente decidí hacer copias y también imprimirlas. Las puse todas juntas en orden cronológico, conforme las había ido tomando desde el día en que seguí a Daniel hasta aquel maldito edificio. Al verlas todas así, juntas y por orden, me di cuenta de que contaban una historia. Una macabra historia de mujeres drogadas, denigradas y vendidas. Una historia de ambición, poder e impunidad.

Fue entonces cuando pensé en volver a España. Habían pasado más de dos años, no había vuelta a oír hablar de él y tenía algo muy poderoso en mi poder. Algo que podría utilizar si intentaba algo contra mí.

Doctora, lo que pasó después ya lo sabe. Mi madre me vió deprimida y me envió a usted. Yo vivía atemorizada, no deprimida. Todavía tenía a mi Pepito Grillo particular detrás de la oreja, recordándome que Daniel podría aparecer. Que todavía no estaba a salvo.

Tengo que agradecerle muchísimo la ayuda que me prestó. Quizás nunca lo supe demostrar y quizás en muchas ocasiones pensara que no valía la pena lo que estábamos haciendo. Pero sí valió la pena. Al menos para mí. Llevaba durante demasiado tiempo, demasiadas cosas dentro. Y hablar con usted me hizo mucho bien.

Pero al contrario que en muchas de las películas, la mía no ha sido una de final feliz. Ayer la vi en el centro. Al instante me alegré y fui a saludarla. Pero todos mis miedos, todo el pánico volvió a mi de golpe. ¡Daniel estaba con usted!

¡¡Con usted, doctora!! Me quedé bloqueada y tuve, literalmente, que escapar de allí. Creo que me vió. No puedo estar segura, pero creo que me

vió. No sé qué estaba haciendo usted con él. No consigo entenderlo. Pero tampoco tengo tiempo ni fuerzas para buscarle una explicación. Pasado mañana cojo el tren a Lion de nuevo y de ahí... Bueno, de ahí todavía no he conseguido averiguar que voy a hacer. Esconderme, imagino. Y luego ya veré.

Pero antes de coger el tren, he pensado mandarle este diario que llevo escribiendo desde que dejé Londres. Mucho de él ya lo ha oído de mis labios. El resto está aquí. Le he incluido una copia de todo lo que descargué del móvil, por si acaso la necesitara. Por si Daniel intentara algo con usted.

Tenga cuidado, Celia. Tenga mucho cuidado con él.

EPILOGO

Por fin he recobrado mi vida. Parece increíble, pero lo he hecho. He vuelto a abrir la consulta. El diario de Cris me dio nuevos ánimos para seguir ayudando a la gente. Y ahora soy más selectiva. Procuro hacer una evaluación preliminar del paciente y escojo con cuidado a quien doy cita. También he

comenzado a hacer voluntariado. Increíble, pero es así. Yo, voluntaria en una institución para jóvenes con problemas. ¿Quién lo hubiera dicho hace unos años?

Descubrir que Javier era en realidad Daniel me conmocionó al principio y me enfureció después. Según me fue contando Miguel, al parecer había estado buscando a Cris desde que salió del edificio la noche de la puja. Había contactado con su madre y al no tener suerte, había llamado a su amiga Andrea Maruenda, con la que había empezado una relación para poder tener noticias de ella si volvía a España. Así fue cómo la localizó.

El maldito imbécil la había seguido durante semanas, sin atreverse a hacer nada hasta averiguar qué sabía y si le había contado a alguien algo de lo ocurrido en la puja. Por Andrea también supo Miguel que la madre de Cris le había pedido en varias ocasiones que fuera a visitarme porque ella misma había sido mi paciente años atrás.

El malnacido de Javier se adelantó a la jugada y consiguió salir conmigo. Una buena forma de averiguar si Cris me había contado lo sucedido. Eso explicaba su interés “desinteresado” por el robo, por si tenía papeles comprometidos en la consulta y todo lo demás. Al saberlo me sentí tan herida. ¡Tan... usada! No consigo encontrar otra palabra mejor. Fuí usada. Usada, violada, atemorizada... Tantos calificativos llegan a mi cabeza ahora sobre todo lo que pasó, que todavía duele.

De Marina ya no se nada. Ni me interesa. Con sus enfermizos celos, me arruinó la vida durante meses. Incluso años, ahora que lo pienso mejor, al conseguir que mis anteriores parejas me dejaran. Esta es una herida que tardará en cicatrizar. Según averigüé por Miguel, había abierto el sobre que Cris me había enviado a la consulta y tras darse cuenta de quién era Javier lo chantajeó para poner en práctica su macabro plan para conseguir que me enamorara de ella. ¡Maldita idiota!

Lo último que supe es que iba a ser juzgada por secuestro. ¡El mío! ¡Dios santo! Todavía me parece una mala pesadilla. ¡¡Hacer que me violara para renunciar a los hombres por ella!!

Aunque, pensándolo en frío, tras dos años de reposo, en los que mi vida ha sido tranquila, me doy cuenta de que al fin y al cabo yo tuve suerte. Aquí la verdadera víctima fue Cris. Su accidente, como imaginaba, tras haber leído el diario, había sido obra de Javier. La pobre muchacha fue el cabo suelto que necesitaba ser cortado de raíz. Al parecer, Javier había sido localizado por fin. Había vuelto a Londres, a seguir trabajando en el “Club del Dómino”, a

controlarla entrada de “mercancía” y exponerla a los posibles compradores.

Miguel me contó que se había puesto una orden internacional de busca y captura. Al parecer, se llevó a cabo una investigación exhaustiva del material que Cris había juntado y que fue encontrado en el apartamento de Marina.

Aunque parezca extraño, mi anónimo libro rojo fue, según se supo tiempo después, escrito por uno de los fundadores del Club en Londres, hacía ya más de veinte años, y luego traducido al español por otro de los socios. Siempre pensé que las casualidades no existen, pero encontrar precisamente ese libro donde y cuándo lo encontré fue increíble. Así que se lo di a Miguel para que también lo aportara como prueba. Aun sin autor, seguro que podía dar alguna luz a cómo se creó el Club y cómo se conseguía entrar en él.

Todo ello, junto con el diario, consiguió llamar la atención de Scotland Yard. Tras varios meses de investigación, salió en las noticias. El escándalo fue monumental. Se vieron involucrados numerosos personajes públicos, algunos políticos y magnates extranjeros. Los titulares duraron más de un mes en casi todos los diarios. “Trata de blancas en Europa”, “Políticos londinenses involucrados...”, “Jeque árabe investigado por compra de mujeres...”

Javier, además de un malnacido, fue un estúpido avaricioso y al parecer, tras lo de Cris, volvió a su vida como ni nada hubiera sucedido. No dió la alarma. No contó a nadie que sabía que Cris podía causar problemas. El dinero que conseguía por cada puja era demasiado importante como para perderlo. Ahora se enfrenta a no se cuántos delitos, incluido el de asesinato.

¿Y yo? Bueno, yo por fin estoy bien. He copiado a Cris y me he puesto a escribir este diario. Esa chica me enseñó lecciones muy valiosas. Sobre coraje, perseverancia y justicia. Sobre todas esas cosas de las que nuestra sociedad carece tan a menudo. Perdió la vida por... yo diría que por amor. Si, creo que esa es la respuesta. Perdió la vida por estar tan enamorada de Daniel que quiso averiguar porqué una persona podía cambiar tanto de la noche a la mañana. Estoy convencida de que en el fondo, lo que ella pensaba es que si averiguaba lo que pasaba, podría hacer algo para cambiarlo. Podría convencerlo de que estaba equivocado y de que siempre podría contar con su amor.

Y ahora me marchó. He quedado con mi marido. Si. Ese guapo policía, que consiguió levantarme cuando estaba hundida. Que me demostró que el

verdadero amor consigue milagros. Que después de todo lo que pasé, la vida sigue y puede ser maravillosa.

Mañana ya escribiré de nuevo. Por ahora lo importante es que todo se convierta en un mal recuerdo con el paso del tiempo. Un recuerdo más en una tarde de lluvia, en la que una joven retraída y asustada entró en mi consulta para darme una lección sobre el amor y la valentía de enfrentarse al mundo .
